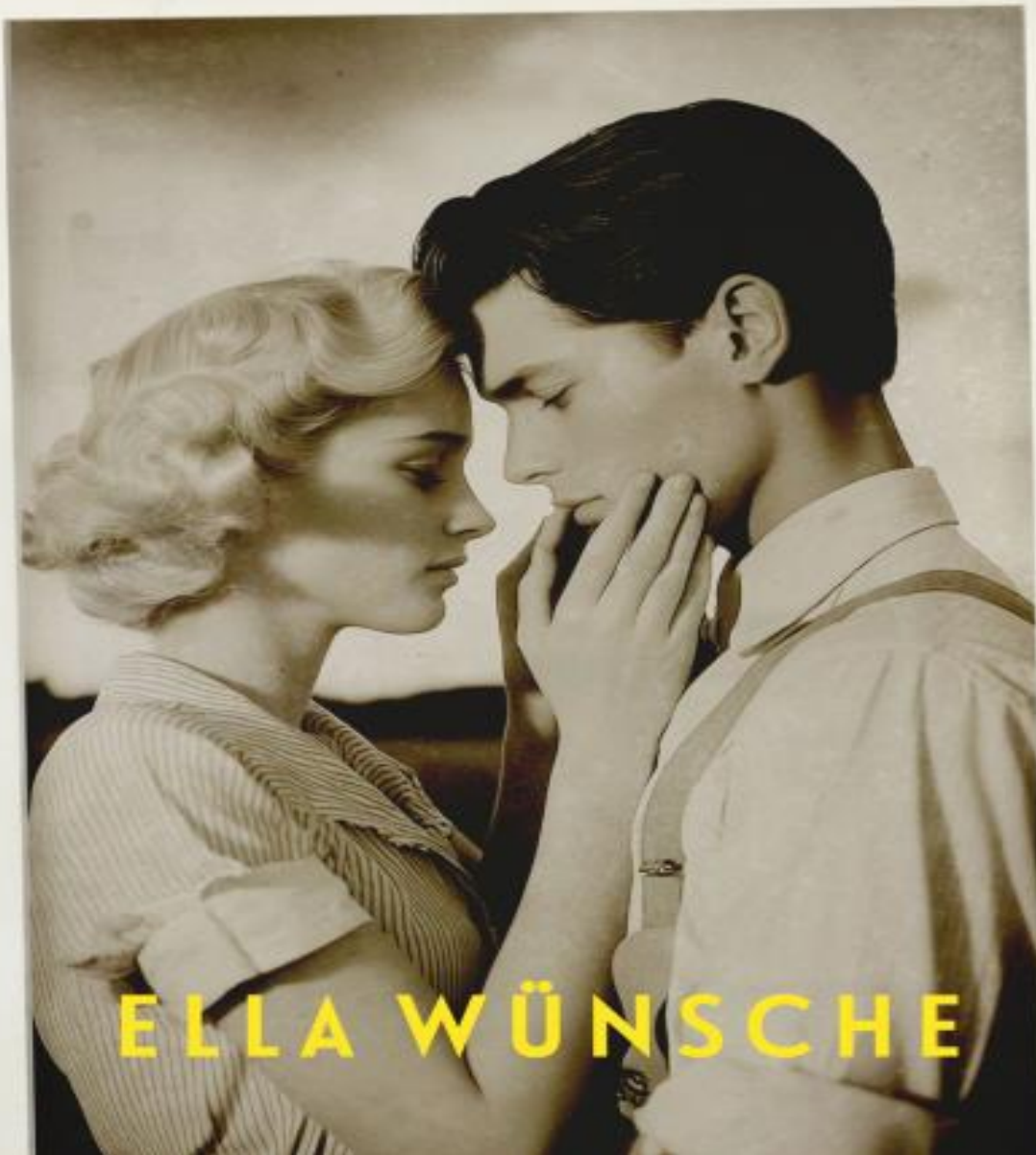
El secreto de los limones

DOS CORAZONES, DOS ÉPOCAS,
UN SECRETO ENTRE LIMONES.



ELLA WÜNSCHE

EL SECRETO DE LOS LIMONES

ELLA WÜNSCHE

© 2015, 2025 Ella Wünsche

Todos los derechos reservados

Título: El secreto de los limones

Autora: Ella Wünsche

Contacto: autorin@ella-wuensche.de

Diseño de portada: Daniel Morawek, utilizando imágenes de depositphotos.com (Vadmary, Nolonely, kriszta_farkas, Subbotina, alexkar08) y Midjourney.

Traducción del alemán: Problem Solved

Edición digital: Marzo 2025

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

1

Heidelberg, Alemania
2016

Frente a Julie, la interminable calle serpenteaba colina arriba. No conocía esta parte de Heidelberg. Por toda la ladera se alzaban casas antiguas con grandes jardines y altos muros de piedra. Todo le parecía tan irreal como en un mundo de cuento de hadas. ¿Un mundo en el que quizás también tendría lugar su propio cuento de hadas? Ese cuento de hadas que tanto necesitaba.

Julie notó que tenía las palmas de las manos húmedas por el sudor. Se detenía una y otra vez, buscando los números de las casas, que a menudo estaban discretamente colocados en pequeños nichos en las paredes. Número 10. Estaba buscando el número 30. Desde la llamada del albacea, no había podido dormir. Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sintió el frío metal de la llave. Así que no era un sueño. Sin embargo, nunca había conocido a esta abuela ni sabía nada de ella. Julie ni siquiera sospechaba que la anciana había poseído una casa en Heidelberg, tan cerca de ella.

Julie había llegado al número 20. Las casas se parecían entre sí, en su mayoría eran edificios de principios de siglo. Algunas recordaban a pequeños castillos.

La calle se volvía cada vez más empinada. Las hileras de casas se iban espaciando y cada vez había más árboles a lo largo del camino. ¿Habría más casas allá arriba?

En ese momento, apareció un edificio entre los árboles. Era tan antiguo como las otras casas de aquí arriba, cien años o más, y el yeso se desprendía de la fachada verde. Pero a cambio, tenía un maravilloso jardín delantero que descendía abruptamente por la ladera, atravesado por una escalera de piedra. Florecían tulipanes. En la fachada exterior, las vides trepaban hasta los gabletes del tejado. La hierba era de un verde intenso y parecía recién cortada. Julie estaba asombrada. Su abuela llevaba semanas muerta. ¿Había contratado a un jardinero más allá de su muerte?

Julie sacó la llave de su bolso y respiró hondo. La cerradura hizo clic cuando giró la llave. Empujó hacia abajo el pomo de la pequeña puerta oxidada. Cedió con un chirrido y dio su primer paso en la propiedad. En su propiedad. Julie se llenó de una gran reverencia al ver la enorme casa haciéndose cada vez más grande con cada paso que daba subiendo los escalones. No sabía nada sobre esta propiedad. ¿Había pertenecido siempre a la familia o la había comprado su abuela? A Julie le costaba imaginar que había tenido una abuela adinerada. Pero, ¿qué sabía ella? En

realidad, solo sabía lo que le había dicho el albacea: que su abuela había vivido en esta casa durante más de cincuenta años y que ahora le pertenecía a ella.

Su madre había renunciado a la herencia porque una de las condiciones era que la heredera debía vivir en la casa y no podía venderla. El abogado le había explicado a Julie que en su caso esto también tenía una ventaja. Como pariente directa, no tendría que pagar impuestos de sucesión siempre y cuando viviera al menos diez años en una casa heredada. Afortunadamente, la superficie habitable declarada era de solo ciento ochenta metros cuadrados, ya que todo lo que superara los doscientos también debía ser gravado. Así, Julie no tendría costos si aceptaba la herencia, seguramente no habría podido permitirse el impuesto de sucesión. Los gastos corrientes probablemente no superarían su alquiler actual, e incluso podría ahorrar algo para realizar las reparaciones necesarias.

Pero, ¿qué haría ella en una casa tan grande? Hasta ahora había vivido en un apartamento de una habitación cerca de Heidelberg, ya que los alquileres en la ciudad eran demasiado caros para ella. ¿Cómo iba a vivir sola en una casa tan grande? Quizás un pequeño piso compartido no estaría mal para empezar.

Julie se detuvo a mitad de camino y contempló su herencia. Era simplemente una locura: ella, una simple camarera, de repente viviría entre la alta sociedad de Heidelberg a sus treinta y un años. Todavía algo incrédula, dejó que su mirada recorriera el edificio.

Por un breve momento, tuvo la sensación de que una cortina se movía en el piso superior de la casa. Un escalofrío la recorrió. No creía en fantasmas ni nada parecido, pero ¿y si un loco hubiera encontrado refugio aquí? Apretó su bolso contra sí. Seguramente solo había sido el viento, tal vez hubiera corrientes en la vieja casa. ¿Quién iba a estar dentro? ¿El fantasma de su abuela, quizás?

Muy lenta y cuidadosamente se dirigió hacia la puerta. Cogió la segunda llave del llavero. También aquí la llave se deslizó fácilmente en la cerradura. Hizo clic y tuvo que hacer mucha fuerza para girarla. Entonces la puerta se abrió. Julie se detuvo una vez más y miró a su alrededor. Fuera se podían ver los primeros signos de la primavera. El sol brillaba, aunque todavía hacía frío. Esperaba un olor a cerrado, pero no lo percibió. No, olía de forma imperceptible, como si alguien hubiera ventilado. ¿Tal vez el misterioso jardinero? ¿Habría contratado el abogado a alguien para que cuidara la casa y se había olvidado de decírselo?

Con cautela, Julie dio un paso sobre el umbral de la puerta. Todo parecía ordenado. Lo que llamaba la atención eran las paredes del pasillo. Estaban pintadas. Motivos coloridos con un sol, flores, una pareja besándose... El estilo del dibujo le recordaba a Francia. ¿Habría tenido su abuela talento artístico?

En ese momento, Julie oyó un estruendo que provenía del primer piso. Su corazón empezó a latir de forma audible, como si fuera a saltar de su pecho. ¿Eran fantasmas, ladrones o simplemente un animal que se había extraviado en la casa?

Intentó serenarse. A la izquierda del pasillo estaba la entrada a la cocina. Julie vio una sartén colgada en la pared y la cogió instintivamente. Agarrando con ambas manos esta arma improvisada, subió lentamente las escaleras. Cada paso provocaba un fuerte crujido en los viejos peldaños de madera. Quienquiera que estuviera arriba, ya se habría dado cuenta de su presencia por los ruidos. Su corazón latía ahora aún con más fuerza.

Al llegar arriba, su mirada se posó en la puerta entreabierta, detrás de la cual debía estar la habitación donde se había movido la cortina. Con cuidado, empujó la puerta para abrirla. No se veía a nadie. Julie se sintió aliviada y avanzó con cautela hasta el centro de la habitación. Había una cama y un armario en la habitación. De repente, oyó pasos detrás de ella. Se dio la vuelta

apresuradamente.

Por el rabillo del ojo, vio una figura negra. Julie no pudo evitar pensar en los espeluznantes espectros del anillo de la película *El Señor de los Anillos*. Gritó con todas sus fuerzas y golpeó a la criatura en la cabeza con la sartén con toda su fuerza. La figura chilló y cayó al suelo.

Julie dudó por un momento si simplemente salir corriendo de la casa o si debería comprobar a quién había derribado. Miró al bulto negro que yacía inmóvil en el suelo. Definitivamente no era un fantasma, ni un monstruo, sino un hombre. No se movía.

Julie se asustó. ¿Lo habría herido gravemente o incluso... matado? Ahora se dio cuenta de que no se parecía en nada a un espectro del anillo. Simplemente llevaba una sudadera negra con capucha, tenía barba completa y el pelo largo y desaliñado. Su mirada se posó en algo metálico que brillaba bajo la pernera izquierda de su pantalón. Le tomó un momento entender qué era. ¡Una prótesis de pierna! ¡Había derribado a un hombre indefenso! ¿Tal vez era un pobre refugiado que había sido herido en la guerra? ¿O un ladrón? ¿Debería simplemente llamar a la policía? Pero, ¿cómo explicaría por qué le había golpeado en la cabeza con una sartén?

Julie se inclinó hacia él.

—¿Hola? ¿Hola? ¿Se encuentra bien?

Sacudió su brazo. No se movió. Julie se acercó aún más al hombre. Tenía que averiguar si estaba respirando. Agarró su muñeca. Tal vez pudiera sentir su pulso. De repente, su otro brazo se disparó hacia arriba y agarró su antebrazo. Tenía una fuerza increíble. Sus párpados se abrieron y la miró fijamente.

Julie se asustó. Gritó de nuevo y agarró la sartén con su mano libre para golpearle otra vez en la cabeza. Pero esta vez él logró levantar su brazo. Con toda su fuerza, ella golpeó su brazo. Ahora él gritó de dolor y soltó su mano.

—¿Está usted loca? —exclamó.

Julie se puso de pie de un salto y sostuvo la sartén en posición de ataque frente a ella. —No se acerque ni un paso más, o si no... —balbuceó.

—¿O si no qué, me va a matar?

Ella dudó. —No quiero matar a nadie —declaró finalmente.

Él se sujetó la cabeza. —Loca psicópata —murmuró.

—¿Yo? ¿Yo soy una loca psicópata? Usted acecha a mujeres en sus casas, imbécil demente —gritó ella.

—No acecho a nadie, vivo aquí y justo iba a regar las plantas.

Ella lo miró fijamente. Casi se echa a reír.

—¿Regar las plantas? ¿Qué clase de excusa tonta es esa...?

Pero se detuvo. El jardín definitivamente había sido cuidado.

Entonces preguntó: —¿Acaso el abogado lo contrató para esto? ¡La casa es mía!

—¿El abogado?

El hombre negó con la cabeza.

Probablemente el tipo era un vagabundo que había irrumpido en la casa vacía y se había instalado allí. Ciertamente lo parecía. Antes de que Julie pudiera poner sus pensamientos en palabras, él dijo: —Entonces usted debe ser la heredera codiciosa de Anna-Maria.

¿Cómo conocía este intruso el nombre de su abuela?

2

Julie dudaba de su cordura. Pero no quería darse por vencida tan fácilmente.

—¿Y usted? ¿Acaso pretende afirmar que era amigo de ella?

—Se podría decir que sí —respondió el hombre.

Con estas palabras, comenzó a incorporarse.

—Nada de trucos —le advirtió ella, extendiendo la sartén.

—Si va a acabar conmigo, al menos hágalo con algo más digno que una vieja sartén.

—No quiero matar a nadie —replicó Julie, mientras lo observaba—. Mejor llamo a la policía.

—¿La policía? —preguntó el hombre, todavía sujetándose la cabeza—. ¡Si acaso, debería ser yo quien llamara a la policía!

¡Claro! Probablemente la policía lo esté buscando y quiere engañarme con estas palabras, pensó Julie.

—Deberíamos dejar a la policía fuera de esto —añadió él.

Ajá, realmente lo está buscando la policía, pensó Julie. *¡Por fin me pasa algo bueno en la vida, y resulta ser esto! ¡Un criminal peligroso se ha instalado en mi casa!*

Él interrumpió sus pensamientos acelerados. —No soy un intruso, vivo aquí desde hace dos años. Incluso cuidé de Anna-Maria por un tiempo.

—No tiene pinta de cuidador de ancianos —objetó ella.

—¿A qué se refiere?

Parecía sinceramente confundido. A través de su barba tupida, solo podía adivinar su expresión. Pero, ¿qué sabía ella de asesinos?

—En realidad, ella me había prometido disponer en el testamento que yo pudiera seguir viviendo aquí.

Julie se rio. ¿Derecho de vivienda de por vida? ¡Seguramente no creía en serio que ella se iba a creer eso!

—Eso puedo comprobarlo rápidamente —respondió.

Tomó su teléfono y marcó el número del administrador de la herencia, mientras seguía manteniendo al tipo a distancia con la sartén.

—Señor Günther, buenos días, soy Julie Berger, la nieta de Anna-Maria Böhm.

Observó al joven e hizo un gesto con la cabeza hacia la sartén. Él puso los ojos en blanco.

—Dígame, ¿mi abuela mencionó algo sobre un joven que puede vivir en su casa? Parece un vagabundo. Es difícil decir la edad, quizás mediados de los veinte o algo mayor. Sí, tiene un aspecto extremadamente desaliñado.

El joven la miró con furia.

—De acuerdo. Hasta luego.

Luego Julie se dirigió de nuevo al desconocido: —Él no sabe nada al respecto, pero investigará el asunto. Además, sugirió que debería llamar a la policía si me siento insegura.

—Escuche —respondió el hombre—. Mi nombre es Marc Fiedler.

Le extendió la mano, pero ella no correspondió el gesto.

—Su abuela y yo éramos realmente amigos —explicó.

—¿Cómo dice que conoció a mi abuela?

—En la calle —contestó.

—Claro, dónde si no —replicó ella con un tono irónico.

Él quiso decir algo más, pero luego lo pensó mejor y guardó silencio.

¡No debo dejarme engañar por este tipo!, pensó Julie. Siempre había sido crédula y por eso había tenido que pagar el precio muchas veces en la vida. Pero esta vez no iba a permitir que le pasara. Sobre todo, no con un potencial criminal en la habitación.

De repente, sonó su teléfono. Era el abogado. Contestó y escuchó atentamente.

—En el testamento no hay nada sobre un derecho de vivienda —le explicó Julie a Marc después de colgar.

—Sé que hay un anexo, tengo una copia.

—¿Ah, sí? —preguntó Julie irritada. ¡Este tipo seguramente no creía en serio que ella le permitiría pasar una noche más en la casa! Pero por otro lado, no sabía qué hacer ahora. ¿Cómo podía echarlo de la casa? ¿Debería llamar a la policía después de todo? Muchas preguntas se agolpaban en su mente y empezaba a sentir un leve dolor de cabeza. ¡Vaya manera de empezar con esta casa!

—Sí, puedo ir a buscar los documentos ahora mismo —ofreció Marc.

Se dirigió hacia la puerta.

—Pero nada de trucos o si no... —señaló la sartén.

—Sí, sí, asesina del teflón.

Con esfuerzo, logró ponerse de pie. Julie estuvo tentada de ayudarlo, pero tal vez su torpeza era solo un truco. Por eso prefirió mantener la distancia.

—¿De dónde va a sacar ese papel?

—De mi habitación.

—¿Qué habitación?

—Tengo una habitación en la planta baja, por mi pierna.

Ella asintió. Está bien.

Él bajó las escaleras cojeando ligeramente.

—Qué mierda —murmuró.

Al verlo cojear así, casi sintió lástima por él. En principio, parecía inofensivo, un vagabundo molesto que no tenía malas intenciones.

Lentamente, lo siguió, manteniendo siempre una distancia prudente, por si acaso se volvía violento.

Marc entró en su supuesta habitación, que estaba justo al lado de la cocina. Las paredes de esta habitación también estaban pintadas. Los coloridos dibujos le parecieron a Julie como escenas oníricas abstractas. La pequeña habitación parecía muy ordenada. Marc abrió el estrecho armario en la esquina de la habitación y sacó una hoja de papel de un compartimento.

—Yo, Anna-Maria Böhm, concedo a Marc Fiedler el derecho de residencia en mi casa, Schlossbergweg número 30, Heidelberg. Mientras mis herederos legítimos no necesiten su

habitación, que se encuentra junto a la cocina en la planta baja, como espacio habitacional adicional, o hasta que el señor Fiedler decida mudarse por voluntad propia —leyó en voz alta.

Marc le entregó el documento manuscrito. Estaba firmado por Anna-Maria Böhm. La fecha era de hace aproximadamente seis meses. Julie no estaba segura de si un papel así sería aceptado como testamento.

—Cualquiera podría haber escrito esto —dijo ella con desconfianza—. ¿Cómo puedo saber que es de ella?

—Es su letra.

¿Era cierto? Julie no conocía la letra de su abuela. Al pensarlo, sintió una repentina tristeza surgir en su interior. Él no pasó esto por alto.

—Ah, ¿tampoco conoce la letra de su abuela?

—Eso no es asunto suyo.

Él puso los ojos en blanco nuevamente.

—Oiga, he invertido mucho trabajo en esta casa y he cuidado de Anna-Maria. Si alguno de ustedes, los maravillosos herederos, la hubiera visitado alguna vez, no estaríamos teniendo esta conversación ahora.

Eso dolió. Él pareció darse cuenta de que había tocado un punto sensible. Probablemente no podía imaginar por qué ella no había visitado a su propia abuela. Pero Julie nunca la había conocido y eso no era su culpa.

—Ah, olvídelo —exclamó él con enojo.

Se dio la vuelta y salió cojeando de la habitación.

—Sea feliz con *su* casa.

De alguna manera, Julie se sentía muy culpable. Había golpeado a un hombre sin hogar con una discapacidad. Y que sabía más sobre su abuela que ella, si lo que decía era cierto. ¡Estaba a punto de echar a la calle a un hombre con una prótesis en la pierna!

—Espere —gritó.

—¿Qué más? —preguntó él, volviéndose.

—Por mí puede quedarse unos días más. No me mudaré de inmediato.

Intentó sonreír.

—¿Es otra de sus tácticas?

—¿Qué táctica? Podría preguntarle lo mismo —respondió ella, arrepintiéndose ya de haberle dado un periodo de gracia—. ¿Qué diría usted si heredara una casa y en ella viviera un hombre del que nunca ha oído hablar y que afirma conocer a la antigua propietaria?

Él lo pensó. —Llamaría a la policía —admitió.

Ella no pudo evitar sonreír. Al menos era honesto. —Me voy ahora. Volveré el lunes. Me gustaría que no estuviera aquí para poder examinar la casa tranquilamente.

—Pero haga verificar el documento —le gritó mientras ella se iba—. ¡Por cierto, tengo una copia!

Julie luchaba consigo misma mientras salía a los escalones de la entrada. ¿Qué acababa de hacer? ¿Realmente le había permitido a este hombre seguir viviendo solo en la casa de su abuela? ¿Y si vaciaba todo cuando ella se fuera? Simplemente tenía demasiada compasión. Ese era su mayor problema. Aunque, en realidad, el mayor problema era que nunca terminaba nada.

De repente, oyó pasos detrás de ella.

—Espere —gritó Marc—. Puedo mostrarle la casa... y contarle algo sobre su abuela —añadió.

¿Qué pretendía ahora? ¿Estaba tramando algo? ¿Por qué de repente se mostraba tan amable?

Se dio cuenta de que todavía tenía la sartén en la mano. Tanto mejor. Sabía manejarla bien, y él también lo sabía a estas alturas.

—¿No prefiere tomar un cuchillo, por si acaso resulto ser un psicópata? —preguntó él cuando ella se dio la vuelta y se acercó.

—Buena idea —respondió ella y fue ostensiblemente a la cocina, donde sacó un cuchillo de un cajón. Ahora tenía la sartén en una mano y el cuchillo en la otra. Se sentía ridícula, pero de alguna manera también segura.

—Esta es mi habitación. Antes era el comedor —explicó él, señalando a través de la puerta de conexión que ahora estaba abierta.

En la habitación había una cama estrecha, una silla, un armario de dos puertas y algunas estanterías. Todos los muebles estaban hechos de madera, pero sin recordar a ningún estilo en particular, ya que eran muy sencillos. Junto a la cama había algunas pesas.

—¿Usted pintó esto? —preguntó Julie, señalando las paredes.

Él asintió.

—Anna-Maria insistió en que pintara las paredes para que no estuvieran tan vacías. Le gustaba contemplarlas —añadió.

Probablemente temía que ella lo pintara todo de nuevo cuando se mudara. Julie observó las paredes con más atención. Los mundos de ensueño mostraban diferentes motivos. Una pared estaba pintada con colores alegres. Amarillo, rojo, verde, todo parecía muy positivo. Pero una pared era muy oscura. A Julie le inquietaba. Tampoco podía distinguir de inmediato lo que representaba. Marc pareció notarlo.

—Creo que no hay mucho más que ver aquí —dijo y cerró la puerta.

Julie señaló hacia el pasillo. —¿También pintó eso?

Él asintió. —Anna-Maria lo quería.

Decía *Anna-Maria* como si hubiera sido su amante. Julie pasó junto a él hacia el pasillo, a las paredes con el paisaje, la granja y la pareja besándose. Pero Marc tampoco hizo ningún comentario sobre estos dibujos.

—Esta es la cocina —dijo en su lugar, indicándole que el recorrido por la casa debía continuar en esta habitación—. Todos los muebles son de los años cincuenta o incluso de los cuarenta.

Julie miró alrededor. No era difícil ver que los muebles eran muy viejos. El mobiliario de la cocina consistía en dos aparadores, una gran mesa con sillas, una estufa y un fregadero. Las paredes estaban pintadas de color menta. La pintura blanca del aparador de la cocina se descascaraba en algunos lugares. Parecía un poco desgastada por el tiempo, como si fuera intencional. Pero para una revista de decoración parecía demasiado tosco y de alguna manera demasiado anticuado. Pero la habitación era luminosa, había una gran ventana con vista al valle, eso le gustó.

—Enfrente está la sala de estar —explicó Marc, después de que Julie se quedara un rato en la habitación, pensando en cómo su abuela habría vivido aquí con este joven.

—¿Qué tan bien conocía usted a mi abuela? —preguntó ella.

—Bastante bien.

—¿Qué significa eso?

—Mejor que su familia —dijo él con un tono irónico.

—¿Qué quiere decir con esa estúpida insinuación?

—Lo siento, la conocía. Creo que la conocía bien, pero era una anciana que había vivido mucho. Tenía sus secretos.

Julie reflexionó. Le habría gustado conocer a su abuela biológica. Pero la madre de Julie, Elisabeth, nunca le había contado que sabía quién era su madre biológica. Hasta la semana pasada, Julie no tenía idea de que su madre y su abuela incluso se habían encontrado una vez. Sin embargo, la madre de Julie nunca había perdonado a Anna-Maria por haberla dado en adopción.

Ahora este extraño conocía a su abuela mejor que ella, pensó Julie. ¡Quizás su abuela debería haberle dejado todo a él!

La sala de estar tenía un hermoso suelo de madera antiguo que, aunque estaba en muy mal estado, no era irrecuperable. Sin embargo, los muebles de la sala no le gustaban nada. En el centro de la habitación había un viejo sofá floreado y dos sillones, además de un mueble oscuro de pared. En el armario empotrado había diversos adornos y muchos libros.

—¿Era esta su habitación favorita? —preguntó Julie.

Él negó con la cabeza. —Nos sentábamos con más frecuencia en la cocina, en la gran mesa de comedor.

Nos sentábamos, pensó Julie. ¿Realmente este tipo raro se había pasado todo el día sentado con su abuela?

—Pero el lugar favorito de Anna-Maria era otro —dijo él—. Venga.

—¿Adónde me lleva?

—Simplemente venga conmigo, Anna-Maria nunca hablaba de esta habitación. A pesar de eso, era su lugar favorito.

¿Por qué este tipo se ponía de repente tan misterioso? ¿Qué clase de lugar curioso podría ser este que su abuela solo había disfrutado en silencio?

El ambiente enigmático de la casa ponía nerviosa a Julie. Cuánto deseaba en este momento que hubiera alguien que pudiera llenar el vacío en su vida. Aunque solo fuera un recuerdo. El eco de una abuela que siempre hubiera estado allí, cerca de ella. Y que quizás se habría interesado por ella. Así debía ser, Anna-Maria debía haberse interesado por sus descendientes. ¿Por qué si no habría intentado contactar con Elisabeth? ¿Y por qué si no habría querido dejar la casa en herencia a sus descendientes?

Julie miraba a su alrededor con cada paso. Intentaba imaginarse a la anciana que se había sentado en estos sillones y que había paseado por estos pasillos. Pero no podía.

Julie simplemente no tenía una imagen viva de su abuela dentro de sí. Y eso la entristecía aún más. Tenía que descubrir más sobre los secretos de este lugar.

3

Marc condujo a Julie a un imponente invernadero en la parte trasera de la casa. Por primera vez, la joven pudo echar un vistazo al gran jardín detrás del edificio. Debía ser la cara soleada. A través de los grandes ventanales, la luz penetraba cálidamente en la habitación, bañando el invernadero con una suave luminosidad. La pintura blanca se desconchaba en los viejos marcos de madera de las ventanas, pero eso le daba a la sala un toque romántico. En el jardín había varias islas de lavanda que seguramente florecerían en un hermoso color púrpura en verano. Un poco más atrás se alzaba una gran caseta de jardín con tablas de madera encaladas y un techo puntiagudo. Todo el conjunto parecía un sueño del sur de Europa. Pero lo que más fascinó a Julie fue el contenido del invernadero. Por todas partes había grandes macetas con pequeños limoneros cargados de innumerables frutos.

—Guau —exclamó.

—Este era el refugio de Anna-Maria.

—No sabía que los limones crecieran tan bien en Alemania.

—Bueno —dijo él—. Después de todo, estamos en el sur de Alemania. En todo el Palatinado y hasta nuestra región alrededor de Heidelberg y Mannheim, el clima es bastante adecuado para el cultivo de limones, siempre que se sigan algunas reglas. Este invernadero es particularmente adecuado, por supuesto. Ofrece suficiente protección contra el clima y, como se puede ver, aquí llega mucha luz solar.

—¿Anna-Maria se encargaba de todo esto? —preguntó Julie.

—No —respondió Marc—. Fui yo. Pero fue su petición expresa cuando me mudé aquí, que me ocupara del invernadero descuidado. Y que cultivara limones aquí.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero los limones significaban mucho para ella. Este invernadero era una especie de refugio para ella.

—¿De qué se refugiaba aquí? —preguntó Julie.

—No tengo idea. Pero cuando le preguntaba a Anna-Maria sobre eso, siempre guardaba silencio y se ponía triste. Bueno, ahora supongo que será su secreto para siempre.

Julie deseaba poder resolver este enigma.

—Eso es todo aquí abajo —explicó Marc, y ella se alegró de que la distrajera de sus pensamientos—. Arriba están los dormitorios. Pero yo subía muy raramente. Ese era su reino.

—¿Debo subir sola? —preguntó Julie.

—Creo que no necesita un protector masculino —respondió él, señalando la sartén y el

cuchillo.

Se sintió ridícula, pero tampoco quería dejar sus instrumentos de defensa. Marc parecía haber conocido realmente a su abuela, pero tal vez también era simplemente un muy buen actor. Y un impostor.

Subió sola mientras Marc se quedaba en la sala de estar. ¿Podía confiar en este tipo? No lo sabía. No daba realmente miedo. Tampoco parecía un drogadicto. ¡Pero qué sabía ella de eso!

Sus pensamientos fueron distraídos por la casa. En el primer piso había tres habitaciones y un gran baño. Ya conocía una habitación. Aquí era donde había golpeado a Marc con la sartén. Parecía ser una habitación de invitados. Olía un poco a cerrado, pero por lo demás todo estaba muy ordenado. En el alféizar de la ventana estaban las flores que él probablemente había querido regar, y una pequeña y bonita regadera.

Julie entró en la siguiente habitación. Aquí había una vieja máquina de coser. Julie encontró muchas telas en un armario de roble de estilo Bauhaus. Por lo que parecía, su abuela había usado esta habitación como cuarto de costura.

La tercera habitación debía haber sido el dormitorio de su abuela. La habitación estaba repleta. Todos los muebles que faltaban en las otras habitaciones parecían estar aquí. Había una cómoda, un tocador y un hermoso armario grande de la época Biedermeier, una hermosa cama con una mesita de noche, además de sillas y sillones. Todo estaba cubierto con muchos bordados. Sobre las cómodas había algunas fotografías. La mirada de Julie se posó en una foto de su madre y en otra que la mostraba a ella misma cuando era una niña pequeña.

Estaba sorprendida. Nunca había visto estas imágenes. ¿Cómo había conseguido su abuela estas fotos? ¿A través de Elisabeth?

También había una vieja foto en blanco y negro amarillenta que mostraba a una familia frente a una casa de campo. Las personas se parecían a ella y a su madre. ¿Sería la joven del centro de la imagen su abuela y la pareja sus bisabuelos? Entonces el joven debía ser su tío abuelo. Ni siquiera sabía si había tenido un tío abuelo.

¿Por dónde debería empezar si quería saber más sobre su abuela? ¿Sabría su madre más de lo que le había contado? Probablemente no. Su abuela había dado en adopción a su madre justo después del nacimiento, eso era prácticamente lo único que Julie sabía con certeza. Había sido en la época de posguerra. Su madre Elisabeth era una hija ilegítima. Anna-Maria nunca se había casado. Solo podía especular por qué la mujer no había conservado a su hija. Tal vez porque en aquel entonces era una gran vergüenza dar a luz siendo una mujer soltera. Además, Anna-Maria probablemente era muy joven en ese momento.

Elisabeth no había conocido a su madre biológica hasta que fue adulta. Pero había cortado el contacto inmediatamente. No podía perdonarle la infancia no particularmente feliz con sus padres adoptivos.

Tal vez por eso Elisabeth nunca había querido tener hijos. Pero a principios de los ochenta, cuando ella misma tenía casi cuarenta años, se había quedado embarazada de todos modos. La relación con el padre biológico de Julie se había roto rápidamente, pero aun así el vínculo con esa mitad de la familia no se había perdido. Elisabeth quería seguir haciendo carrera en la universidad y por eso había dejado a Julie con sus suegros cuando era pequeña.

Eso fue un golpe de suerte para Julie. Sus abuelos le daban mucho más amor que su madre orientada a la carrera. Su padre entró en una nueva relación poco después y se mudó a Berlín Occidental, por lo que no pudo establecer una relación cercana con él. Aunque ya eran mayores, los padres de su padre habían cuidado bien de Julie. Pero lamentablemente, ambos habían fallecido en los últimos años, al igual que los padres adoptivos de su madre, con quienes nunca

había tenido una relación tan buena como con los padres de su padre.

Julie veía rara vez a su madre, que vivía en Stuttgart, por no hablar de su padre. A veces se sentía como la única persona en la Tierra.

La muerte de sus abuelos había dejado un gran vacío en ella. Había estudiado dos semestres de psicología y le habría gustado tratarse ella misma el vacío que sentía desde entonces. Pero no era tan sencillo. Su abuelo había sido la única persona que siempre la había animado cuando no sabía cómo seguir adelante. Julie había empezado dos carreras universitarias y tres formaciones profesionales, y las había abandonado todas. Sabía que quería emprender una carrera en la que pudiera ayudar a las personas. Pero, ¿cómo exactamente? Ya no lo sabía, había probado demasiadas cosas que finalmente se habían quedado en nada. Ahora simplemente vivía el día a día y se las arreglaba económicamente como podía. Su abuelo seguramente habría tenido un consejo para ella. Una palabra de aliento. Pero ya era demasiado tarde para eso.

Julie tomó la foto de Anna-Maria y su familia en sus manos. ¿Qué consejo le habría dado ella?

—¿Ya lo ha visto todo?

Julie se sobresaltó, se dio la vuelta y ya levantaba la sartén para golpear. Había estado tan sumida en sus pensamientos que ni siquiera había oído entrar a Marc en la habitación. Pero luego volvió a bajar la sartén.

—A la tercera va la vencida —la desafió él.

Ella lo miró y luego miró sus armas. —Las llevaré a la cocina —dijo.

Al notar sus miradas burlonas, añadió a modo de explicación: —No le oí subir.

—¿Por qué? ¿Porque solo tengo una pierna?

Ella se encogió de hombros y lo miró con aire de culpabilidad.

Para cambiar de tema, se acercó a la ventana. Luego miró hacia afuera y contempló el enorme jardín.

—¿Mi abuela era rica? ¿Cómo pudo permitirse esta propiedad?

—Eso no lo sé.

—Aquí hay una foto donde está frente a una granja. ¿Venía del campo? No sé nada sobre su familia —admitió Julie.

—Sí, había mencionado que provenía de una familia de agricultores. Pero más tarde trabajó como azafata en Lufthansa. Era muy buena en idiomas extranjeros. Y creo que viajó mucho.

Julie frunció el ceño.

—¿Azafata?

—Antes no había muchas oportunidades para que las mujeres hicieran carrera, solía decir —respondió Marc—. Y como azafata se gozaba de gran prestigio. Por cierto, su abuela era una mujer muy elegante y guapa.

—¡Pero con eso nunca se gana lo suficiente como para permitirse una casa en esta zona!

Marc se encogió de hombros. —No tengo idea.

En la cabeza de Julie se agolpaban los pensamientos. Sentía que toda la nueva información la abrumaba.

—¿No se encuentra bien? —preguntó Marc.

Julie se sujetó la cabeza.

—Uno se pregunta quién recibió el golpe —comentó Marc con ironía.

—De verdad lo siento —dijo Julie. Luego añadió—: Creo que ya he visto suficiente por hoy. Me voy a casa.

Se sentía aún más confundida que antes mientras bajaba las escaleras de la casa. Y más sola.

Acababa de enterarse de la existencia de su abuela y ya la había perdido de nuevo. Y había tantas preguntas. ¿Habría heredado rasgos de carácter de Anna-Maria que quizás también influyeran en su vida? Julie tenía tantos asuntos pendientes en su vida. ¿Se habría enfrentado Anna-Maria a problemas similares? ¿Cómo los habría abordado su abuela? Julie podría haber aprendido tanto de ella que quizás la habría ayudado a descubrir más sobre sí misma. Pero Anna-Maria se había llevado sus secretos a la tumba.

Sin embargo, Julie no quería conformarse con eso. Tenía que averiguar más sobre su abuela. Todavía no sabía cómo. Pero tal vez Marc podría ayudarla con eso.

4

Al llegar a su apartamento, le pareció terriblemente estrecho y sintió el impulso de salir a caminar. Así que tomó el autobús y regresó a la ciudad. Allí vagó sin rumbo por un rato para ordenar sus pensamientos, hasta que se dio cuenta de que estaba cerca de su lugar de trabajo, frente al café *Naturwunder*. Espontáneamente, decidió hacer una visita a sus colegas.

—¡Vaya, miren quién está aquí! —exclamó su colega Sylvie con su habitual franqueza al ver a Julie. La rubia de unos cincuenta y tantos años era toda una institución en el café. Siempre iba impecablemente arreglada y por su apariencia habría encajado mejor en una boutique elegante. Sin embargo, su lengua suelta y su forma directa animaban el ambiente en la cafetería y los clientes habituales la adoraban.

Su jefa Kathie estaba detrás del mostrador acomodando pasteles. —¿Nos echaste de menos? —preguntó guiñando un ojo.

—¡No van a creer lo que me ha pasado!

—¿Te encontraste con un director famoso y quiere contratarte para su próxima película? —preguntó Kathie.

Julie la miró asombrada.

—Déjame adivinar... ¡pisaste en caca de perro! —soltó Sylvie—. ¿O algo peor?

—Algo así —respondió Julie.

—Vamos, cuéntanos ya.

—La semana pasada recibí una carta de un abogado de mi abuela.

—¡Noooo! —dijo Sylvie.

—¿Qué *no*? —preguntó Julie.

—La encontraron descompuesta en su apartamento y su gato la había mordisqueado. Oh, chica, lo siento tanto.

—¿Qué?

—Lo sabía, lo sabía. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí tirada?

—Sylvie, no estaba tirada en ningún lado y ningún gato la mordisqueó.

—¿Un perro?

—No, déjame terminar.

—Sí, sí. Oh, qué emocionante.

—Me reuní con él y me enteré...

—...¿de que la abuela no está muerta? —la interrumpió Sylvie.

—Déjame terminar, por favor —dijo Julie.

—Sí, sí, está bien, es que es tan emocionante.

—...de que heredé una casa de mi abuela, en pleno Heidelberg.

—Ah, ya —dijo Sylvie, casi decepcionada.

—Así que hoy fui allí —continuó Julie.

—No nos contaste nada.

—No sabía si había alguna trampa. O si alguien me estaba gastando una broma.

—No nos dijiste que tu abuela había muerto —dijo Sylvie.

Julie miró al suelo. No respondió. ¿Debería explicar ahora que ella misma se había sorprendido por la existencia de su abuela?

Finalmente se recompuso y en su lugar les contó sobre la experiencia con Marc.

—¿No llamaste a la policía? —preguntó Kathie.

Julie negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

—No sé, de alguna manera le creí. Además, todavía tenía el cuchillo de cocina y la sartén.

Sus colegas se rieron.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—No lo sé, no puedo echarlo a la calle.

—Qué romántico —dijo Sylvie con un suspiro—. Ay, si una pudiera ser joven otra vez.

—Tonterías, el tipo es totalmente feo y...

—¿Y?

—Nada, no es para nada mi tipo.

—¿Porque le falta una pierna?

—Eres tonta, Sylvie —se defendió Julie.

—Bueno, entonces échalo —dijo Kathie.

—¿Tú crees?

—Claro. Eres demasiado crédula.

—Es verdad —suspiró Julie—. Siempre quería llevar a casa cada gato que veía en la calle.

—¿Quieres vender la casa? —preguntó Kathie.

—No, no puedo, solo la heredo si vivo en ella. Por eso mi madre rechazó la herencia. Ella solo quería venderla.

—Bueno, al menos no estarás sola en esa casa grande. Ahora tienes un sirviente jorobado —dijo Sylvie.

—No es jorobado, solo le falta una pierna.

—Como sea.

—Ya tomarás la decisión correcta —le dijo Kathie a Julie y le ofreció un bombón—. Toma, esto siempre ayuda.

Se sentía bien hablar con alguien como Kathie. Su jefa se había enfrentado a una cuestión existencial cuando su madre murió y la panadería familiar estuvo al borde de la quiebra. Había superado esa crisis y, junto con su marido, había construido uno de los mejores cafés de Heidelberg. Pero Kathie no podría resolver su problema por ella. Julie sintió que tenía que tomar una decisión por sí misma.

El fin de semana Julie tuvo que trabajar. Era una buena distracción para no estar pensando constantemente en su abuela, la casa o su actual ocupante. El lunes por la mañana, se propuso ir directamente a la casa y decirle a Marc que tenía una semana para buscar otro lugar. Pero antes de que pudiera salir de su apartamento, sonó su teléfono. Era el notario.

—Señora Berger, sobre la herencia y ese joven... Su abuela efectivamente redactó un anexo

hace medio año. Se quedó en el escritorio de la secretaria. No sé cómo pudo suceder. Realmente lo siento mucho.

Se aclaró la garganta.

—¿Quiere decir que es cierto que ese tipo puede seguir viviendo en mi casa? —preguntó Julie.

—Sí, desafortunadamente.

—Genial. Ese tipo es bastante espeluznante.

—Tu abuela no parecía pensar eso.

—¿Puede quedarse a vivir todo el tiempo que quiera?

—Sí. A menos que tengas tantos hijos que la casa se quede pequeña.

Genial, ¡ni siquiera tenía novio en este momento! Ella le dio las gracias y colgó.

Qué mierda. Todo este tiempo había estado pensando en cómo decirle a este tipo que se largara, ¡y ahora tenía que vivir bajo el mismo techo que él! ¡Con un bicho raro! Se le revolvía el estómago de solo pensarlo.

Pensativa, se puso en camino. Al llegar a la casa, tocó el timbre por precaución. Nadie abrió. Presionó el timbre repetidamente. Sin respuesta. Así que abrió la puerta y entró.

Julie se sorprendió al ver a Marc sentado a la mesa de la cocina. Se había preparado unos huevos revueltos y comía tranquilamente.

—Pensé que no estabas —dijo ella algo irritada.

—¿Por qué?

—Toqué el timbre.

—Nunca abro cuando alguien toca el timbre.

—¿Y qué dicen los vecinos sobre ti y tus rarezas?

—A los ricachones de por aquí les importa una mierda lo que pase al lado.

—Tenemos que hablar —respondió ella seriamente, sin entrar en el tema.

Él la miró. —¿Tengo que irme ahora mismo o puedo terminar de comer? —preguntó, empujando su plato a un lado.

Julie se sentó. —No, puedes lavar los platos, pero después deberías irte.

Él la miró seriamente.

—Era una broma. Bueno, me mudaré aquí la próxima semana.

—¿Y supongo que yo tendré que largarme?

—Bueno, no quiero echarte, pero apenas nos conocemos y...

—Entiendo, pero ¿podrías darme un poco más de tiempo? ¿Cómo voy a encontrar un apartamento en una semana?

—¿Ya estamos tuteándonos?

—Oh, lo siento, señora...

—Está bien —hizo un gesto con la mano—. Podemos tutearnos, soy Julie.

—Marc —dijo él, aunque ella ya lo sabía.

Ella asintió.

—¿No te ha llamado el señor Günther? —lo interrumpió.

—No. ¿Quién es el señor Günther?

—El notario. Ha aparecido el original del anexo. Puedes quedarte a vivir aquí por ahora.

—¡Ja!

—¿Qué significa ese *ja*?

—Significa que viviremos juntos aquí.

—Hasta que me case y tenga tantos hijos que necesite tu habitación.

—¡Ja! —dijo él de nuevo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada, parece que tengo algo de tiempo —respondió simplemente y sonrió.

Era la primera vez que lo veía alegre.

—Eso puede pasar bastante rápido —advirtió Julie.

—Claro —respondió brevemente y volvió a su desayuno.

—Si vamos a vivir juntos aquí, tendremos que establecer algunas reglas claras.

Él asintió.

—Yo ocuparé las habitaciones de arriba y te pido que no entres en ellas. ¿Aparte del baño de invitados, solo hay un baño en la casa?

—Sí.

—Entonces tendremos que hacer un plan estricto para eso también. Para la limpieza y las duchas y todo eso.

—Hmm —fue todo lo que dijo—. He mantenido la casa en orden durante dos años. ¿O crees que Anna-Maria lo limpiaba todo?

—Aun así, haré un plan para el uso de la cocina y el baño, y para la limpieza.

—Como quieras —respondió y volvió a sonreír.

Era una sonrisa de victoria. A Julie no le gustó nada. Tenía que pensar en algo para deshacerse de esta persona lo más rápido posible.

—Bueno, yo vivo... es decir, he estado viviendo en un apartamento de una habitación, podrías mudarte allí.

—¿Dónde está?

—En Edingen.

—¿Y en qué piso?

—Cuarto —dijo ella.

—¿Ascensor? —preguntó él.

Julie negó con la cabeza.

Marc señaló su pierna. —Preferiría algo en la planta baja.

Ella puso los ojos en blanco.

—Lo siento por tener solo una pierna.

—Oh, ¿ahora vas a dar lástima o qué? —preguntó fríamente.

—No. Pero es un hecho.

—Claro.

—¿Qué significa ese *claro*? —alzó la voz.

—Claro significa claro.

—Contigo no se puede hablar —dijo, tomó su plato y lo puso en el fregadero.

—¿Crees que me divierte andar por el mundo como un Robocop? ¡Vosotros, los ilesos, no tenéis ni idea de cómo nos sentimos *nosotros*! —desahogó su enojo.

Julie se sobresaltó. Su buen humor definitivamente se había esfumado.

Se quedó sentada observándolo. Al menos hoy llevaba una sudadera gris con capucha. Los mechones salvajes de su pelo seguían apuntando en todas direcciones.

—¿Tienes un trabajo o te pasas todo el día aquí sentado? —preguntó ella.

Él la miró fríamente de nuevo. —Tengo un trabajo, mantengo esta casa y el jardín en orden, y eso lleva su tiempo. Si te refieres a un trabajo de oficina, no, no lo tengo.

—Ajá —dijo ella.

—¿Qué significa ese *ajá*?

—Eso significa que vives de la asistencia social. Al menos es algo. Al principio pensé que eras un indigente que pasaba el invierno en esta casa.

Julie se sintió algo mezquina al decir estas palabras, después de todo, ella era la que menos derecho tenía a menospreciarlo. Pero el tipo simplemente la enfurecía.

Él estuvo a punto de decir algo, pero luego se contuvo.

—No te preocupes, me mudaré de aquí muy pronto —respondió secamente mientras salía de la cocina y cerraba la puerta de golpe tras de sí.

Menos mal, pensó Julie.

5

La semana siguiente pasó muy rápido. Julie estaba ocupada empacando sus cosas y buscando un nuevo inquilino, lo cual no era difícil en Heidelberg y sus alrededores. Encontró rápidamente a un estudiante que buscaba con urgencia un apartamento de una habitación económico, ya que había comenzado sus estudios a principios de mes y todavía se desplazaba desde Karlsruhe.

Su jefa le había recomendado dos estudiantes que la ayudaron a trasladar sus pocas pertenencias en una pequeña furgoneta a su nuevo hogar. Dos días antes, había elegido la habitación donde se encontró con Marc por primera vez como su dormitorio. Julie había pintado las paredes de color arena. Afortunadamente, solo había un pequeño armario que pudo mover sola para pintar detrás. Los demás muebles los movió con esfuerzo ella sola al centro de la habitación.

El día de la mudanza, su compañero de piso no se dejó ver. No se escuchaban ruidos desde su habitación, así que supuso que estaba fuera. Había pedido pizza para los ayudantes. Como habían sobrado algunos trozos, los dejó sobre la mesa y escribió en una nota: —Aunque no hayas ayudado, puedes tomar algo de pizza.

Julie no tenía muchos muebles, así que la mudanza transcurrió muy rápido. Su vieja cama, que chirriaba terriblemente y probablemente se habría roto pronto, la puso para que se la llevaran los basureros. El mayor trabajo fue sacar los viejos muebles de la antigua habitación de invitados. Julie pidió a los estudiantes que los depositaran primero en el ático. Solo dejó una pequeña cómoda.

Cuando los ayudantes se fueron, se tumbó en su nueva cama y respiró profundamente. Ahora estaba en su propia casa. Aunque todo se sentía increíblemente extraño y peculiar, de alguna manera estaba feliz. Pronto se sentiría cómoda aquí. Conscientemente no había ocupado la habitación de su abuela. Julie le tenía cierto respeto. Tampoco necesitaba la habitación todavía. La habitación de al lado, la antigua sala de costura, quería usarla como una especie de sala de estar personal.

Después de descansar un poco, Julie fue al baño. Los azulejos estaban recién limpiados y brillaban.

¡Se toma muy en serio la limpieza!, pensó.

Tuvo que admitir que su antiguo baño nunca había estado tan limpio. Ni siquiera se veían manchas de cal en el lavabo. ¡Y los grifos! Brillaban de verdad, a diferencia de los de su antiguo apartamento. Su casero se había quejado de que el baño estaba tan terriblemente calcificado que estaba considerando retener parte de su depósito. Tal vez debería preguntarle a Marc cómo lo

hacía.

No había ningún cepillo de dientes suyo allí. Quizás usaba el baño de invitados en la planta baja para cepillarse los dientes, seguramente más cómodo con su pierna. Solo había un gel de ducha y un champú en el borde de la bañera. En la puerta colgaba una toalla gris larga de un gancho. Minimalismo masculino. El armario con espejo estaba vacío. Le venía muy bien que tuviera tan pocos artículos de aseo, ya que ella necesitaba mucho espacio en el baño.

Julie colocó su cepillo de dientes, pasta de dientes, crema para los ojos, crema de noche, crema de día, leche limpiadora y todas las demás cosas de la caja etiquetada como *Baño* en el pequeño armario con espejo. Aunque estaba limpio, no se sentía cómoda con la idea de compartir el baño con un extraño. Era como cuando estudió tres semestres de filosofía y tuvo que compartir un baño con cinco mujeres en la residencia de estudiantes. Pero de todos modos había abandonado esos estudios. En su siguiente incursión en la universidad, vivía sola.

Cuando salió del baño, Julie escuchó pasos en la cocina. Pero tan pronto como bajó las escaleras, se cerró la puerta de la habitación de Marc. Él había tomado un trozo de pizza y había añadido a su nota: —¿Por qué no me preguntaste? Me habría gustado ayudar.

¿Le había juzgado mal? Tal vez era un buen tipo después de todo.

Julie puso agua para el té. Mientras tanto, desempacó sus dos cajas de cocina. En realidad, había de todo en la cocina, pero aun así quería beber de su propia taza. Vació algunos cajones y estantes y colocó sus cosas en ellos. Luego abrió el antiquísimo refrigerador. Estaba casi vacío, excepto por yogur, leche, un poco de mantequilla y embutido, no había nada más. Afortunadamente, había traído sus sopas instantáneas y algunas latas, por si acaso.

Después de guardar todo, llamó a la puerta de Marc.

—Voy a hacer la compra, ¿necesitas algo? —preguntó después de que él abriera.

—No.

—Vale —dijo y se dio la vuelta.

Cuando ya casi estaba fuera de la puerta, él le gritó un —¡Buena suerte!

Bicho raro, pensó ella.

También en los días siguientes, Marc se mantuvo principalmente en su habitación. Parecía que siempre intentaba asegurarse de no encontrarse con su nueva compañera de piso. Julie estaba ocupada vaciando sus cajas y amueblando las habitaciones.

En la cuarta noche estaba completamente cansada.

Ver una película y comer patatas fritas sería justo lo que necesito ahora, pensó.

Pero su nueva sala de estar aún no estaba completamente amueblada, sobre todo su televisor aún no funcionaba. No le entusiasmaba ver la televisión en el portátil. Así que fue a la sala de estar en la planta baja y encendió el viejo televisor de tubo.

Increíble que esta cosa vieja aún funcione, pensó. *Bienvenida al pasado.*

En ese momento, Marc entró en la habitación. Cuando la vio, quiso darse la vuelta.

—Siéntate —dijo Julie señalando un sillón.

—Eso es amable —dijo él.

—¿Querías ver la tele? —preguntó ella.

—Quizás.

—¿Qué querías ver?

—Tatort —respondió él.

Eso le pareció aburrido. La serie policíaca Tatort llevaba décadas emitiéndose en la televisión y seguía siendo uno de los programas favoritos de los alemanes. A ella personalmente no le gustaba, pero como no había ninguna buena película en los otros canales, asintió.

—Si quieres —dijo.

Él se sentó en el sillón frente a ella y ella cambió al canal *Das Erste* – 'El Primero'. Después de unos minutos, tuvo que admitir que este episodio de Tatort era bastante emocionante, mucho más entretenido de lo que Julie recordaba de la serie policíaca.

Marc se comportaba discretamente en su sillón. Ella le ofreció patatas fritas.

—No, gracias —fue todo lo que dijo.

Ella lo observaba mientras veían la película juntos. Una vez sus miradas se cruzaron y ambos apartaron la vista al mismo tiempo. Se preguntaba por qué una anciana habría acogido a un tipo como Marc.

—Ya sé quién fue —dijo Julie, volviendo a mirar la pantalla.

—Qué bien por ti.

—La novia —explicó.

—¿No puedes guardártelo para ti?

—Pero fue ella.

—Esto es una película policíaca y el sentido de una película policíaca es que no se sepa con certeza quién es el asesino hasta el final. ¡Esa es la gracia!

Para entonces, estaba realmente enfadado.

Qué amargado está, pensó Julie. Casi le daba miedo lo mucho que podía alterarse de repente. Pero como sabía por el último libro de autoayuda que había leído, ahora era apropiado mantener la calma y no responder a los gritos.

—No lo sabes, solo estoy dando mi opinión.

—Pero no quiero oírla —respondió.

—Ah, así que aquí la propietaria ni siquiera puede expresar su opinión. Además, no deberías gritar.

—No estoy gritando en absoluto —dijo en voz alta.

—Yo creo que sí estás alzando mucho la voz —replicó ella. Pero de alguna manera, los consejos del libro de autoayuda no parecían funcionar aquí, porque Marc se enfadó aún más.

—Dicen que respirar tranquilamente ayuda en estas situaciones.

Le sonrió alentadoramente.

Al principio se quedó callado, pero luego dijo: —Me voy a mi habitación.

—No, no, sigamos viendo.

—Ya no tiene gracia porque lo has estropeado todo.

—Tal vez fue el jefe.

—No, fue la novia —respondió irritado.

—¿Seguro que no quieres patatas? —preguntó Julie, ofreciéndole la bolsa.

—No, no como cuando veo una película.

Ahora casi estaba gritando de verdad.

—¿Por qué estás de tan mal humor?

—¿Por qué? Tienes mucha cara —dijo.

Julie se dio cuenta de que tal vez no era una buena idea poner en práctica ese manual. De alguna manera, los ejemplos del libro funcionaban mejor. Así que siguió su instinto y le ofreció patatas una vez más.

—¿Hacemos las paces?

Lo miró con sus grandes ojos azules. Él lo pensó.

—Prometo no adelantar nada más —dijo ella.

Luego se metió un puñado de patatas en la boca.

Marc asintió, pero no cogió patatas.

Cuando aparecieron los créditos, Julie dijo: —Tal vez yo también debería escribir una novela policíaca.

—¿Porque sabías quién era el asesino?

—Casi siempre lo sé —corrigió.

—Gran concepto —respondió y se levantó—. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó ella.

Tuvo que admitir que le divertía un poco molestarlo. No era culpa suya que él tuviera ese hastío vital y que, obviamente, no dejara que nadie se le acercara y se alterara inmediatamente ante cualquier estímulo del mundo exterior.

Julie apagó la televisión y subió las escaleras. Se preparó en el baño y fue a su habitación. Justo cuando se había metido en la cama, vio una araña enorme en el techo. Odiaba las arañas. Inmediatamente saltó, empezó a gritar y salió corriendo de la habitación. Antes de que pudiera pensar con claridad, se dio cuenta de que Marc subía las escaleras. Era rápido, a pesar de su prótesis de pierna.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Ella señaló la puerta de su habitación. Él la miró, luego abrió la puerta con cuidado y miró alrededor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó desconcertado.

—Ahí, ahí arriba —señaló el techo.

—¿Qué hay ahí?

—Pues esa araña espeluznante —dijo ella.

—¿En serio?

—Sí, es real y te agradecería que te deshicieras de ella, yo espero fuera —dijo.

Él fue al trastero y cogió una escoba. Luego ella oyó un "Ups".

—¿Qué pasa?

—Creo que se ha caído en tu cama.

—¿Quéee? ¿No puedes ni siquiera matar una araña como es debido? —preguntó horrorizada.

—Por eso se ha caído en tu cama —dijo ahora casi riendo.

—No te burles de mí, las arañas son peligrosas.

—La he atrapado en una caja y la soltaré en el jardín —dijo—. ¿Quieres verla? No parece capaz de matar a nadie.

Julie cerró los ojos cuando él pasó por su lado.

—Que tengas una buena noche —dijo.

—No puedo simplemente dormir en esa habitación ahora.

—Puedes ver otra película.

Julie notó que él la estaba observando. Solo llevaba unos shorts y una camiseta de tirantes. Con toda la agitación, ni siquiera había pensado en eso.

—Ya me las arreglaré. Buenas noches —dijo y cerró la puerta de la habitación.

Buscó una bata en su maleta. No estaba segura de si tenía algo así.

¿Quién sabía cuándo fue la última vez que ese tipo había estado con una mujer? Y ahora ella estaba sola con él en una casa. Ese pensamiento no le gustaba. Solo esperaba que se largara pronto. Lo mejor sería que finalmente conociera al hombre de sus sueños y quedara embarazada de inmediato, así podría declarar su habitación como cuarto del bebé y echarlo fácilmente. Pero en los últimos años, su búsqueda del hombre ideal no había tenido mucho éxito.

Quizás simplemente no soy lo suficientemente ideal, pensó, y se odió de inmediato por ese

pensamiento.

Julie se despertó en medio de la noche en el sillón de su habitación. Tenía sed, así que bajó a la cocina. Desde la habitación de Marc se oía algún tipo de música rock o techno, o tal vez una mezcla de ambos.

Julie intentó mirar por el ojo de la cerradura, pero no pudo ver nada. ¿Sufría de insomnio? Justo cuando estos pensamientos cruzaban por su mente, oyó que él se dirigía a la puerta. Salió corriendo de la cocina. ¿La habría oído? Subió rápidamente las escaleras y desapareció en su habitación.

6

A la mañana siguiente, Julie entró en la cocina y vio que había panqueques sobre la mesa. Al lado había una nota: —Aunque no hayas hecho el jardín, puedes comer de los panqueques.

Julie adoraba los panqueques. Y estos se veían muy bien. Sacó mermelada y jarabe de arce del refrigerador y comenzó a comer. Mmm, ¿había algo mejor?

Mientras comía, Marc entró. Como de costumbre, llevaba pantalones negros y una camiseta negra.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días —respondió Julie y añadió—: Touché.

Él solo asintió.

—Están muy ricos.

—Hm —gruñó solamente. Luego se sirvió un vaso de jugo, lo bebió de un trago y volvió a salir.

Julie se había tomado toda la semana libre. Así que aún tenía unos días para instalarse. Para hoy se había propuesto ordenar la habitación de su abuela. Después de desayunar, se puso manos a la obra. Abrió las persianas y luego las ventanas de la habitación, y cuando el sol entró, tuvo la sensación de que en cualquier momento podría entrar la antigua propietaria.

Primero, Julie miró tímidamente alrededor de la habitación, tratando de sentir qué tipo de persona había vivido allí. Luego se acercó a la mesita de noche. Era una mesa antigua de los años cincuenta, hecha de roble con un espejo plegable. Había dos fotografías pegadas en ella. Una era una imagen amarillenta de la madre de Julie. También había otra foto de Julie de niña.

Para haberse visto solo una o dos veces, mi abuela tenía muchas fotos de mi madre y de mí, pensó Julie.

Además, no sabía que Elisabeth le hubiera contado a su madre biológica sobre la existencia de Julie. Hasta donde ella sabía, fue Anna-Maria quien buscó el contacto con Elisabeth. Aunque se habían conocido, probablemente siguieron siendo extrañas la una para la otra. Y en realidad, a Julie le pasaba algo similar con su madre, aunque ahora se veían regularmente. Todavía había algo entre ellas que no se podía superar fácilmente.

—¿Por qué no os veíais más a menudo? —le había preguntado Julie a su madre cuando se enteró de la muerte de Anna-Maria.

—No lo entiendes. Mientras yo tuve que luchar para llegar a donde estoy hoy, esa mujer se escabulló y anduvo por el mundo. ¡Ni siquiera quiero saber de dónde sacó el dinero para esta propiedad! Esa mujer solo se amaba a sí misma. ¿Por qué iba yo a fingir que todo era

maravilloso solo porque ella quería aliviar su conciencia?

Su madre no quiso decir más sobre el tema, pero al menos era un comienzo. ¿Anna-Maria realmente solo se amaba a sí misma? Tal vez todas las mujeres de la familia eran incapaces de construir un vínculo afectuoso con otras personas. Sentía que tenía que descubrir algo sobre su abuela por sí misma si quería entender de dónde venía.

Julie descubrió una tercera foto en blanco y negro enmarcada en la pared de la habitación. Mostraba a una niña joven. La foto era seguramente de antes de la guerra. Debía ser Anna-Maria de niña. Julie pensó que había cierto parecido entre ella y su abuela.

Lentamente, Julie pasó sus dedos por los cepillos y horquillas. Todavía estaban ordenadamente colocados sobre una pequeña toalla en el tocador. Luego abrió el primer cajón. Dentro había un joyero con algunos anillos y collares. A Julie no le importaban mucho las joyas, así que no podía decir si eran valiosas o no. A continuación, abrió los cajones de la cómoda. Contenían ropa interior, calcetines, medias y bufandas, todo bien ordenado.

Julie no sabía por dónde empezar a ordenar. Podía llevar la ropa a una tienda de segunda mano o directamente a la colecta de ropa usada. ¿O debería guardarla como recuerdo?

Sobre todo, no estaba segura de qué hacer con esta habitación. Cuando Marc se mudara eventualmente y ella estuviera casada, esta sería su habitación. Pero por ahora se convertiría en su vestidor. Siempre había deseado tener un vestidor. Ah, qué bonito era ser propietaria de una casa. Sonrió.

Julie decidió tomarse un breve descanso y finalmente echar un vistazo tranquilo al jardín detrás de la casa. Era realmente hermoso, en algunos lugares un poco descuidado, en otros perfectamente cuidado. Los tulipanes mostraban su hermosa floración, por todas partes crecían nuevos tallos y hojas, sugiriendo lo bonito que se vería el jardín en mayo. Desde atrás, la casa se veía aún más hermosa. Y le pertenecía. No era un sueño.

En una esquina del jardín descubrió a Marc. Estaba podando un arbusto.

—¿Has aprendido a hacer esto? —preguntó ella.

Él la miró. —¿Hacer *qué*?

—Jardinería.

—Nop —respondió brevemente.

Se quedó allí unos momentos más, pensando qué más podría preguntarle, pero él estaba completamente concentrado en su trabajo. Así que regresó a la casa. Se preparó un té y subió de nuevo a la habitación de su abuela. Con cuidado, se sentó en la cama y miró alrededor. Su mirada se posó en el gran armario. Se levantó, abrió las puertas y observó los vestidos y blusas que colgaban dentro. Todos eran claramente las prendas de una anciana. El estilo era de otra época. Pero a Julie le gustaban los colores vivos de las blusas. El gusto de su abuela no había sido nada mojigato. Cuidadosamente, pasó los dedos por las telas e intentó imaginar cómo habría sido la persona que se vestía con ellas. Pero no lograba formar una imagen de Anna-Maria en su mente.

Julie suspiró. Entonces notó una pequeña maleta de niño en el suelo del armario. Se agachó y la tomó. Estaba forrada con tela roja y tenía una mariquita bordada.

Julie cogió la maleta, se sentó de nuevo en la cama y la abrió. Dentro había un diario. Era un cuaderno de notas normal y pequeño que parecía muy antiguo. Julie lo abrió. En la primera página decía: *Este diario pertenece a Anna-Maria Böhm. 1944.*

El corazón de Julie latía con fuerza. Había encontrado un diario de más de setenta años. ¡Y había pertenecido a su abuela! Lo contempló con una actitud casi reverencial. Luego comenzó a hojearlo. La caligrafía era muy ondulada y al principio difícil de leer para Julie. Tuvo que

esforzarse y concentrarse para entenderlo todo. Pero después de unas cuantas frases, se había acostumbrado a la letra de su abuela.

7

SÁBADO, 22 DE JULIO DE 1944

Por fin tenemos vacaciones escolares. Mamá me ha regalado un pequeño cuaderno que quiero usar como diario. ¿Qué puedo contar?

En las últimas semanas han llegado tantos alumnos nuevos a nuestra clase, enviados de las ciudades al campo, que apenas podíamos dar clases normales.

LUNES, 24 DE JULIO DE 1944

Ahora hace calor, mucho calor. Me he cosido un vestido con pequeñas flores rosas. Ha quedado realmente bonito. Pero en este momento a nadie le interesa mi vestido, ni siquiera a mí misma. Albert ha recibido hoy la carta de reclutamiento. Desde entonces, mamá no para de llorar. Dice que Albert es todavía un niño, que apenas tiene dieciocho años. A papá lo reclutaron el año pasado, aunque ya tiene cuarenta y cuatro.

Albert está contento. Le parece bien ir a la guerra por el Führer. Mamá le ha dado una bofetada cuando lo ha dicho. Yo estoy triste. El hijo de Helen Meier, Erwin, murió justo la semana pasada.

Julie pasó la página, tenía que seguir leyendo sin falta.

VIERNES, 28 DE JULIO DE 1944

Desde esta mañana, Albert se ha ido. Mamá llora sin parar. Tiene miedo de que él y papá no vuelvan. Albert ha intentado consolarla. Mamá le ha empaquetado ropa interior abrigada y comida. La despedida ha sido terrible. ¡No sé si volveré a ver a mi hermano!

De vuelta de la estación, mamá ha solicitado ayuda en el ayuntamiento para la granja. Pronto

es la cosecha y sin hombres fuertes apenas se puede manejar el trabajo en los campos. Quizás obtengamos trabajadores extranjeros. No lo entiendo. Envían a nuestra gente a la guerra y a cambio vienen extranjeros para hacer el trabajo de mi padre y mi hermano. He intentado discutir esto con mi madre, pero ella llora cada vez y me regaña. También le he preguntado de dónde vienen estos hombres. Mamá ha dicho que de Europa del Este o incluso de Francia, y que eso no importaba. Seguramente serían también personas pobres, que tienen que ayudarnos con el trabajo, pero al menos no tendrían que luchar en la guerra. Con eso terminó la conversación.

Lo mejor es que no diga nada. Solo soy una chica y molesto aquí. Lo que más me gusta es leer una novela en algún lugar bajo un árbol. Pero ahora apenas hay tiempo para eso. Aunque son vacaciones, ahora tengo que ayudar aún más a mi madre. Albert me pidió al despedirse que apoyara a mamá y que fuera fuerte. Yo asentí. Ojalá la guerra termine pronto y estén de vuelta aquí. No se lo he dicho a mamá, pero por supuesto yo también tengo mucho miedo por los dos. ¿Qué será de nosotras si les pasa algo?

Aquí en el campo no nos enteramos mucho de la guerra. Pero los niños en la escuela han contado a veces historias terribles que a veces me cuesta creer.

Julie fue interrumpida en su lectura por el sonido de su teléfono. Era su madre.

—Julie, ¿ya te has mudado?

—Sí.

—¿Y cómo es la casa vieja?

—Bastante bien.

—Bueno, al menos tu abuela hizo algo bueno por ti.

—Me habría gustado conocerla —dijo Julie.

Al otro lado de la línea reinó el silencio.

—¿Has tenido noticias de tu padre? —preguntó la madre de Julie.

—Sí, él también está bien. Por suerte su novia tiene una buena pensión —dijo Julie.

Pero su madre replicó: —Sí, porque nunca trabajó de verdad.

El reproche apenas disimulado en sus palabras molestó a Julie. Su madre no podía evitar menospreciar a su padre porque no había logrado mucho en la vida. Escuchar esto constantemente era agotador.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—¿La querías?

—¿A quién? —preguntó su madre confundida.

—A la abuela Anna.

De nuevo se hizo el silencio al otro lado de la línea. —Ni siquiera nos conocíamos —respondió su madre escuetamente.

—Me habría gustado conocerla —dijo Julie.

—Cariño, tengo que colgar.

—¿Estás trabajando otra vez?

—Bueno, solo estoy supervisando un proyecto en la universidad.

—¿No puedes simplemente disfrutar de tu jubilación?

—Ya lo hago —dijo ella—. Pero no puedo quedarme sentada sin hacer nada esperando a morirme.

—Vale. Adiós, cuídate —se despidió Julie.

—Adiós, cariño.

Su madre decía esta última frase en cada llamada telefónica. Pero a Julie le sonaba de alguna

manera hueca. Su madre estaba jubilada, después de todo pronto cumpliría setenta años, pero su trabajo seguía siendo increíblemente importante para ella. Todavía trabajaba en la universidad de Stuttgart y le encantaba. Su madre asesoraba a empresas o estudiantes en sus trabajos. Estaba increíblemente en forma, cuidaba su alimentación, hacía deporte y parecía diez años más joven. Julie quería a su madre, pero no podía pasar más de dos días con ella. Simplemente eran demasiado diferentes.

Después de la llamada telefónica, Julie examinó más de cerca el pequeño diario. Era más bien un cuaderno escolar que contenía notas breves. Anna-Maria no había escrito algo todos los días. A veces no había entradas durante más de una semana. A veces, en lugar de entradas, había simples dibujos de diseños de ropa o nombres de otros países y ciudades. A Anna-Maria aparentemente le gustaba coser y soñar con el mundo lejano. En una página había una lista de países. El título era "Países que me gustaría visitar".

Julie volvió a poner el cuaderno en la maleta y lo devolvió al armario. Se preguntó si Marc conocía este diario. Se quedó un rato más pensativa junto a la ventana.

De repente le rugió el estómago y bajó. Cuando llegó a la planta baja, Marc estaba en la cocina cocinando. Se había recogido el pelo y se había quitado la sudadera con capucha.

Julie se detuvo y lo observó. Tenía una espalda ancha, lo que se notaba claramente bajo la camiseta. Se podían ver algunas cicatrices en los brazos.

Probablemente tuvo un accidente y así perdió la pierna, pensó.

Lo miró de reojo y notó que no tenía un aspecto tan tenebroso como había pensado al principio. Todo lo contrario. Tenía un bonito perfil.

De repente, Marc se dio la vuelta.

—¿Estás pensando en cómo deshacerte de mí? —preguntó.

Julie se sonrojó. —Tonterías. Solo estaba viendo qué cocinabas.

—Sopa de ajo de oso —respondió él.

—Suena delicioso.

—Sí, todos los ingredientes son de nuestro jardín.

—¿En serio?

—Sí, casi. Detrás de la valla empieza el bosque y allí hay mucho ajo de oso ahora. Las patatas y las cebollas son todavía del otoño pasado.

—Vale, entonces ¿eres pintor, jardinero, agricultor y también chef gourmet?

—Sí, mi propio cocinero.

—¿Qué estudiaste?

—Estudié algunos semestres de deportes. ¿Y tú?

—Oh, esto y aquello —respondió Julie brevemente.

La mayoría de la gente arrugaba la nariz cuando les contaba que había empezado varias carreras y formaciones, pero no había terminado ninguna.

—Trabajo como camarera —añadió entonces.

Él asintió. —Interesante.

—Realmente no es interesante, pero está bien.

Tampoco la llenaba, aunque en realidad era una bonita profesión. Su jefa Kathie se entregaba por completo a su papel de dueña del café. Pero Julie quería ayudar realmente a la gente, no solo curarles la sed de café y el hambre de tarta. Hace solo unos meses, había hecho un último intento de dar un nuevo rumbo a su vida y había comenzado un estudio privado nocturno como terapeuta naturista en psicoterapia. Pero en la tercera noche, el instructor del seminario había organizado un juego de roles en el que Julie debía asumir el papel de paciente. Delante de todos los demás

participantes, la había sometido a un interrogatorio de media hora sobre su historia familiar.

Julie nunca volvió al curso. Esa noche se había sentido tan vacía. Y expuesta. El instructor del seminario incluso le había explicado delante de todos los presentes por qué nunca encajaba realmente en ningún lugar y no terminaba ninguna formación. En su opinión, se debía al menos en parte a su situación familiar poco clara, a esa sensación de no saber exactamente de dónde venía. Según él, esto llevaba a que no tuviera una sensación de quién era y adónde pertenecía. Y luego estaba el hecho de haber sido pasada de mano en mano cuando era niña. Le había faltado estabilidad, el amor maternal constante y fiable, y por eso incluso hoy le faltaba perseverancia.

Lo peor es que tenía razón, pensó Julie ahora.

—¿Quieres comer conmigo? —preguntó Marc de repente.

—Si hay suficiente...

Le resultaba un poco incómodo volver a devorar su comida, pero al fin y al cabo él la había invitado. Y quizás esta fuera también la oportunidad de saber más sobre su abuela.

—Cuéntame un poco más sobre Anna-Maria —pidió Julie.

—Era una mujer muy interesante que desafortunadamente pasó por mucho en la vida. Nos entendimos desde el principio.

—¿Cómo era ella?

—¿A qué te refieres?

—¿Era amable, estricta, se reía?

Él reflexionó. —Era estricta, pero siempre muy amable. No se reía con mucha frecuencia. Era más bien del tipo reflexivo.

Julie todavía no podía hacerse una imagen completa, pero quería descubrir más sobre su abuela a toda costa. Marc sirvió la sopa y se sentaron a la vieja mesa de la cocina.

—Está deliciosa —elogió Julie.

Marc asintió.

—¿Qué lleva?

—Ajo de oso, patatas, cebollas y algunas especias más —respondió él.

—Mañana puedo cocinar yo —ofreció Julie.

Él la miró y dijo: —Vale.

Ella lo observó mientras comía. No era incivilizado. Le hizo pensar en una película en la que un hombre crecía con los animales en el bosque y luego intentaba adaptarse a la civilización.

¡Qué pensamientos tenía! Se avergonzó de sus prejuicios. ¡Solo porque alguien tuviera barba y el pelo enmarañado no significaba que fuera un salvaje!

Marc también parecía estar examinándola, porque en algún momento durante la segunda porción sus miradas se cruzaron. Ambos apartaron la vista, avergonzados.

—Yo recojo.

—Vale —dijo él de nuevo.

Ella recogió la mesa y empezó a lavar los platos en el pequeño fregadero. Él se quedó de pie un momento y luego se fue a su habitación.

Cuando terminó de fregar, llamó a su puerta.

—¿Te molesto?

—Sí, ¿por qué? —preguntó él.

—¿Quieres que me vaya?

—¿Entonces me has molestado para nada?

—Quería preguntarte si sabes algo sobre la juventud de mi abuela.

Se encogió de hombros. —Quizás un poco.

—¿Me lo contarías?

—No sé. Tal vez más tarde.

¿Qué quería decir con eso?

—¿Por qué más tarde?

—Porque no te conozco.

—Es mi abuela.

—¿Y qué?

Julie no lo entendía. Qué había de malo en contarle algo sobre su propia abuela.

—Entonces supongo que te he molestado para nada —dijo enfadada.

—Parece que sí.

Se fue furiosa. Así que sí era un idiota después de todo. Y quería molestarla. Ya no se dejaría engañar por sus habilidades culinarias.

Julie subió a la habitación de su abuela. Simplemente seguiría leyendo el diario. De alguna manera tenía que poder averiguar qué tipo de persona había sido Anna-Maria.

8

DOMINGO, 6 DE AGOSTO DE 1944

No he tenido tiempo de escribir nada hasta hoy. Tengo que ayudar tanto a Mami desde que Papi y Albert se fueron. Mami fue otra vez al alcalde y le dijo que necesitábamos ayuda urgentemente. Al fin y al cabo, otras granjas tienen al menos dos prisioneros como trabajadores. Pero hoy es domingo y tengo un poco de tiempo para descansar.

Echo de menos a Papi y a Albi. Espero que regresen pronto sanos y salvos. ¿Por qué el Führer tiene que seguir haciendo la guerra? Había prometido que sería muy rápido. Papi ya era escéptico. Al principio de la guerra le dijo a Albert: —La guerra nunca es buena y siempre afecta al hombre común. Albert se enfadó entonces: —Esta vez es diferente y el Führer sabrá lo que hace. Por fin liberará a Alemania del yugo de otros pueblos.

Mami ya no dice mucho desde que estamos solas. Trabaja todo el día. Ya no llora tampoco. Ahora va a menudo a la iglesia y reza.

El viernes Mami fue al alcalde. Más tarde me lo contó. Nos han asignado un francés. Mami estaba decepcionada de que solo le dieran un ayudante y que el francés ni siquiera fuera granjero, sino un señor fino, como ella dijo.

—¿De qué me va a servir?

Pero el alcalde se mantuvo firme. —O él o ninguno, los demás están distribuidos en las granjas más grandes.

—Solo porque es mejor amigo de los otros, solo por eso. ¡Este adulador! —me dijo Mami. ¡Nunca había oído tales palabras de ella!

—El francés tiene las manos más delicadas que yo —le dijo al alcalde, pero a él no le importó.

—Pasaremos el lunes con él —dijo otro hombre, que al parecer está a cargo de la asignación. Se divirtió con el hecho de que mi madre estuviera alterada. —A todos los granjeros de Francia ya los reclutaron para el servicio de trabajo el año pasado. Ahora solo les quedan algunos estudiantes con dos manos izquierdas que pueden enviarnos —dijo encogiéndose de hombros.

—Todo esto me lo ha causado el Führer —me dijo Madre.

No entendí lo que quería decir.

—Menos mal que estás aquí —dijo—. Tienes que ayudarme. Ni siquiera sé cómo

comunicarme con el francés. Ahora puedes demostrar lo que has aprendido en la escuela.

Me quedé atónita. Hacer un examen en la escuela era una cosa. ¿Pero hablar con un francés de verdad? ¿Un hombre?

—Pero Mami —quise objetar.

—Sin objeciones —dijo ella—. Ahora todos tenemos que hacer nuestra parte.

No quiero hablar con el hombre. Pero Mami no me deja opción. Ya viene mañana.

LUNES, 7 DE AGOSTO DE 1944

Esta mañana llamaron a la puerta. Era el hombre encargado de los trabajadores extranjeros.

—Aquí está su ayudante, a partir de ahora tiene que alojarlo, en el granero o en el establo.

Entonces ÉL entró. Tiene ojos oscuros, es alto y tiene el pelo negro, mucho más largo que el de otros hombres del pueblo. Mi corazón casi se detuvo. ¡Nunca había visto a un hombre tan guapo!

Mi madre le preguntó: —¿Hablas alemán?

Él pareció entender lo que quería decir y negó con la cabeza. —Non, Madame.

Ella se rio y dijo: —¿Yo una Madame?

Él estaba desconcertado.

—Mami, Madame significa *señora* en francés —expliqué.

Ella me miró. —¿Ves? Sí que puedes. Pregúntale qué puede hacer.

Sentí que mis manos sudaban. ¿Cómo iba a hablar con él? Salí del rincón de la cocina donde me había escondido. Ni siquiera me había visto cuando entró. Nuestras miradas se cruzaron. Sus ojos oscuros me miraban tan seriamente como mi madre. Seguramente tiene más de veinte años y se ve tan diferente de los jóvenes que conozco. Sentí calor y frío. Nunca he sentido algo así con ninguno de los chicos del pueblo.

Pero, ay, para el francés probablemente solo soy una niña de estos terribles alemanes contra los que quería luchar. Sin embargo, sé que me he enamorado del prisionero y que esto siempre tendrá que ser mi secreto.

—Bonjour Monsieur —dije en francés.

Pareció alegrarse de que alguien hablara su idioma.

—Vous parlez français, Mademoiselle? —Lo dijo tan rápido que apenas pude entenderlo.

—Euh... un peu. Je l'apprends à l'école —respondí insegura y me sonrojé.

Mi madre pareció captar la situación de inmediato. —Anna, sabes que es nuestro enemigo.

La miré y me hubiera gustado salir corriendo, tan avergonzada estaba de mi madre.

—Comment? —preguntó él.

—Comment... comment vous appelez-vous? —tartamudeé.

—Jean —respondió con una leve sonrisa.

—Anna-Maria —respondí, aunque no me lo había preguntado.

—Se llama Jean —le expliqué a mi madre.

—Madame —le dijo a Madre. Le tendió la mano. Mi madre no estaba segura de si debía aceptarla. Él notó su vacilación y retiró la mano.

—Explícale que tiene que ir conmigo al campo y ayudarme con los cerdos y las gallinas.

—Pero eso no lo he aprendido en la escuela —dije.

—Ah, ¿y qué aprendéis allí?

—Otras cosas.

—¿Y para eso caminas tres kilómetros de ida y tres de vuelta?

Sentí la crítica de Mami, que probablemente pensaba que estaría mejor en casa si de todos modos no aprendía nada en la escuela. Así que intenté preguntarle a Jean con gestos si podía trabajar.

Me dijo que era estudiante en una universidad. No entendí qué estudiaba, simplemente habla demasiado rápido.

—Dile que vendrá conmigo al campo. El tío Karl también nos ayudará.

De alguna manera, logré explicárselo. Luego se fueron. Me quedé en la puerta, mirándolos alejarse. Él se dio la vuelta brevemente y me sonrió. Sentí mariposas revoloteando en mi estómago.

Cuando ya no pude verlos, corrí arriba y me miré en el espejo. ¡Me veo tan infantil con estas trenzas de niña y esta ropa de niña pequeña! Él nunca se fijará en mí. Y eso que llevo horas pensando solo en él.

MARTES, 8 DE AGOSTO DE 1944

Ayer pensé en él más veces durante todo el día que en papá y Albi. Me siento culpable por ello y aun así no puedo evitarlo. Por la noche, mamá regresó con él y el tío Karl. El tío Karl ya sirvió en la Gran Guerra y se lesionó la pierna. Por eso no tuvo que ir al campo en esta nueva gran guerra.

Puse sobre la mesa el guiso que había cocinado. El francés parecía bastante exhausto. Mi tío y mi madre se burlaban de él.

—Esperemos que no se nos muera de agotamiento, el fino Monsieur.

Jean, por supuesto, notó que hablaban de él. No dijo nada. Serví agua a todos. Él solo dijo: —Merci. Yo sonreí.

Mi madre me miró seriamente.

—No debes sonreírle.

—Pero...

—Nada de peros.

El tío Karl asintió en señal de aprobación. —Nada más que problemas con estos franchutes.

Jean nos observaba. De alguna manera, parecía entender que hablábamos de él.

Por la noche no pude dormir. Todo el tiempo veía a Jean en mis pensamientos. Pero, ¿qué valor tienen estos sueños? ¿Cómo va a fijarse en mí? ¡Si solo soy una cría! Y aunque me amara, nuestro amor no tendría futuro. Y aun así, no puedo dejar de pensar en él una y otra vez.

9

Julie se sintió decepcionada al ver que las notas terminaban aquí. Las siguientes páginas estaban llenas de dibujos, flores prensadas y poemas. Luego había algunas conjugaciones de verbos franceses. No había nada más sobre Jean y la guerra.

Quería desesperadamente saber cómo continuaba la historia, pero no encontró más entradas en el cuaderno. Tenía que haber más diarios en alguna parte, seguramente Anna-Maria no había dejado de escribir sobre Jean de repente.

Algunos de los dibujos en el diario parecían ser retratos de *él*. Pero lamentablemente Anna-Maria no había sido una dibujante talentosa y Julie no podía hacerse una idea clara de cómo se veía. ¿Cómo habría terminado la historia entre ellos?

Julie se levantó y comenzó a revisar todos los cajones en la habitación de su abuela. Miró debajo de la cama, debajo del colchón, detrás de la cómoda y en el armario. Pero no encontró nada. ¿Tal vez Marc sabía algo? Al menos podría buscar más libros con ella en la casa.

Pero a él no le caía bien y seguramente no la ayudaría. De alguna manera, Julie también podía entenderlo, después de todo, para él ella era la intrusa aquí. Tal vez podría hacer que fuera más amable de alguna manera. Seguramente le gustaría el pastel y los bombones de *Naturwunder*. Entonces podría preparar un buen café o incluso traer vino. Eso sería doblemente útil, porque el vino hace que la mayoría de las personas sean más comunicativas.

Antes de irse a la cama, buscó en Internet para ver si podía averiguar más sobre el tema de los trabajadores extranjeros. Julie nunca había oído hablar de que los franceses tuvieran que ayudar en la agricultura en Alemania durante la guerra. No tardó mucho en encontrar algunos sitios web sobre el ‘Service du Travail Obligatoire’, el servicio de trabajadores extranjeros que los alemanes impusieron al gobierno de Vichy para obtener cientos de miles de trabajadores extranjeros para Alemania a partir de 1943. En las fábricas alemanas y en la agricultura faltaban trabajadores, ya que cada vez más hombres estaban en la guerra. Algunos trabajadores vinieron voluntariamente, algunos eran prisioneros de guerra y muchos eran trabajadores forzados. Al principio, todavía había profesiones que estaban exentas y no eran reclutadas para el servicio de trabajo en Alemania, pero estas excepciones se fueron eliminando cada vez más. Así fue como le sucedió a Jean, el estudiante.

Al día siguiente, Julie tomó el autobús temprano por la mañana hacia Weststadt y fue a *Naturwunder* para preparar un buen desayuno. Compró pasteles, brioches, croissants y panecillos y dos mermeladas caseras. Como empleada, obtuvo todo al precio de costo.

Julie se apresuró a volver a su casa, porque quería estar allí antes de que Marc se despertara y

se preparara algo él mismo. Cuando llegó, escuchó la ducha en el baño de arriba. Julie se apresuró a preparar un café. Dispuso todo bellamente en la mesa del comedor. Luego corrió al jardín y recogió algunas flores. Cuando Marc bajó, ella ya estaba sentada a la mesa sirviéndose café. Él la miró sorprendido.

—Buenos días. ¿Has dormido bien? —preguntó ella.

—Sí.

—Me desperté temprano y pensé que podría traer algunas delicias de la tienda donde trabajo.

Él observó la mesa.

—Vamos, siéntate, he preparado un café maravilloso. Nuestra pastelería obtiene los granos de la mejor tostadora de todo Heidelberg.

Él se sentó. —Eh, no bebo café.

—Es una lástima. Está realmente bueno.

—Me haré un té.

Genial, pensó Julie. *¡Ahora compro un café caro y ni siquiera lo bebe!*

Después de poner el té, se sentó y tomó un croissant.

—¿Y? —preguntó ella.

—Bueno —dijo él.

—¿Cómo que *solo* bueno?

—¿Muy bueno? —dijo con una mirada interrogante.

—Oye, fui especialmente a Weststadt y subí todas estas cosas por la colina, ¡incluso mermelada casera!

—Eso es muy amable. Por supuesto, aquí también hay mermelada casera.

Se levantó y abrió la puerta de un armario. Dentro había al menos veinte tarros de mermelada. Ella puso los ojos en blanco.

—No hay forma de complacerte.

—¿Por qué? Todo está bien.

—No, no quieres el café, no te gusta el croissant, la mermelada tampoco es lo suficientemente buena. ¿Sabes cuál es tu problema? ... estás demasiado solo.

Él la miró y tragó el bocado de su croissant.

—Bueno, si es así. Nunca se deja de aprender. Venga, dame ese café.

Se sirvió una taza y untó la mermelada en el resto del croissant. Luego tomó un gran sorbo. Marc hizo una mueca, pero dijo: —Deliciosamente cafeínico.

Ahora Julie tuvo que reír.

—No tienes que beberlo si no te gusta.

—No, no, todo está genial.

También comió un brioche y un panecillo, y con eso Julie estaba casi reconciliada.

—Muchas gracias por el desayuno, me gustaría retirarme de la mesa ahora —dijo entonces.

Ella sonrió.

—Te lo permito.

Él se levantó y se fue al jardín. Después de que Julie recogió la mesa, lo siguió.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó ella.

—Estoy cavando algunas cosas. Puedes hacer otro ramo de flores, ya tienes experiencia en eso —le guiñó un ojo—. Anna-Maria deseaba que siempre hubiera flores frescas en las mesas de la casa.

Así que caminó por el jardín, observando las flores y pensando qué ramo quedaría más bonito. Mientras tanto, seguía mirando a Marc, que acababa de quitarse la sudadera con capucha

y se la echó sobre el hombro. Se había vuelto a atar los rizos largos hasta los hombros en la nuca y estaba cavando la tierra. De vez en cuando se limpiaba el sudor con su camiseta. Debajo se podía ver su torso desnudo. Julie no podía apartar la mirada. Tenía hombros increíblemente anchos, brazos fuertes y un hermoso perfil.

¿Cómo se le ocurrían tales pensamientos? Probablemente había pasado demasiado tiempo sin novio. Pero su constitución era asombrosa. Parecía un atleta. Seguramente eso no venía solo de cavar el jardín de vez en cuando, ¿verdad? Probablemente entrenaba con las pesas que había en su habitación. Cuando se quitaba la prótesis y usaba muletas en su lugar, seguramente necesitaba mucha fuerza en los brazos.

Julie se dio cuenta de que nunca antes había conocido en la vida real a un chico con un físico tan atlético. Los tipos con abdominales así solo los conocía de la publicidad. Era un tipo extraño, este Marc. Cuando se percató de hacia dónde vagaban sus pensamientos, sacudió la cabeza con fuerza.

Julie, definitivamente te estás volviendo loca, se reprendió y volvió a dedicarse a su tarea.

Pronto había armado un hermoso ramo, entró a la casa, puso las flores en un jarrón y decidió llevarle un vaso de agua a Marc afuera. Tenía auriculares en las orejas y escuchaba música con un walkman, ¡quién diría que esas cosas aún existían!

Él se sobresaltó ligeramente cuando ella apareció de repente frente a él, y se mostró visiblemente sorprendido de verla de nuevo.

—Gracias —dijo mirándola.

—Ya que estás trabajando en el jardín —comentó ella.

Él se bebió el agua de un trago. Julie no quería seguir interrumpiéndolo en su trabajo, así que volvió a entrar en la casa y se dedicó a buscar los diarios de Anna-Maria en las otras habitaciones. Pero tampoco encontró nada allí. Sin embargo, descubrió otras cosas bonitas, como fotos de su madre. Anna-Maria había hecho un pequeño álbum con fotos de su hija. La madre de Julie era morena y tenía ojos oscuros, eso seguramente no lo había heredado de su abuela. Julie, sin embargo, era rubia y de ojos azules. Una vez más, se sorprendió por el parecido entre ella y su abuela. Ciertamente, su padre también era rubio, pero de su madre no había heredado mucho.

Frustrada, Julie abandonó la búsqueda de más diarios. Se llevó el álbum de fotos a su habitación.

Más tarde, Julie oyó a Marc entrar al baño. Se estaba duchando de nuevo. Por la noche, lo encontró en la sala de estar, sentado en el sillón frente al televisor.

—Puedes acompañarme si quieres —dijo él.

—Si no es una película policíaca ni una historia de amor.

—¿Un programa sobre animales?

—Vale —dijo ella y se sentó en el sofá.

Julie se puso cómoda con té y papas fritas. Le ofreció papas a él también, pero volvió a rechazarlas. Estaban pasando un programa sobre suricatas.

—Se parecen mucho a nosotros —comentó él.

—Es cierto —dijo ella—. Pero son tan adorables.

Él estaba sentado allí con el pelo aún algo húmedo. Su barba estaba mucho más corta que antes. Ahora también llevaba una camiseta blanca, por primera vez.

—¿Es cómodo el sillón? —preguntó ella.

—No, se siente cada resorte.

—Puedes sentarte en el sofá si quieres, no muerdo.

—Qué amable, porque antes de que llegaras, ese era mi lugar habitual.

Él se sentó en el extremo más alejado del sofá y ella se movió más cerca del otro extremo. Podía oler su loción para después del afeitado. Olía a hombre. Se preguntó cuánto tiempo llevaba soltera. En realidad, a sus treinta y un años, solo había tenido dos relaciones serias y tampoco habían durado mucho. Tenía que cambiar eso pronto. Con Tim había pensado que era el indicado. Pero esa relación también había durado solo dos años. Ahora Tim estaba casado y esperando su primer hijo. Se preguntaba si era culpa suya que sus relaciones acabaran en nada. Tal vez su problema era que se las arreglaba muy bien sola. O al menos no estaba mejor con novio que sin él.

Se quedaron sentados así un buen rato, simplemente viendo la película.

En algún momento, Julie preguntó: —Voy a buscar un vinito, ¿quieres?

—No bebo alcohol.

—Me lo podría haber imaginado.

—¿Cómo dices?

—Nada —sonrió a medias.

Así que con alcohol no lo haría hablar.

—¿Acaso alguien no es guay a tus ojos solo porque no bebe alcohol ni café? —preguntó Marc.

¿Por qué reaccionaba de repente tan irritado?

—¿Hay que hacer todo lo que los demás nos dictan? —preguntó él.

—No, pero con el café y el vino me gusta ser como todos los demás.

De alguna manera, le hubiera encantado echarse a reír, pero intentó mantenerse seria.

—Bueno, yo voy a buscar una copita, espero que no te importe.

—Me da igual —dijo él y se levantó.

—Vaya, qué sensible es el señor —murmuró ella cuando él desapareció en su habitación.

Su primer intento de sacarle más información sobre Anna-Maria había sido un completo desastre. Pero, ¿cómo se podía hablar normalmente con un ermitaño así?

Julie se sirvió su vino de todos modos y vio un episodio de *El inspector Barnaby*. Después, ella también se fue a la cama.

En algún momento de la noche se despertó. Tenía sed y fue a la cocina a buscar un vaso de agua. Vio luz en la habitación de Marc. Al parecer, él tampoco podía dormir otra vez.

Julie se dio cuenta de lo poco que sabía sobre su compañero de piso. Tal vez debería averiguar algo más sobre él primero, para luego descubrir cómo sacarle información sobre otras personas.

10

—¿Cuántos años tienes en realidad? —le preguntó Julie a Marc a la tarde siguiente, mientras se preparaba un café.

Él ya casi había terminado su merienda —un muesli con manzanas del jardín, como había enfatizado— y la miró sorprendido. Parecía que tenía que pensarlo.

—Treinta —respondió finalmente.

Con el pelo largo y la barba, ella lo habría estimado mayor.

—¿Y tú?

—Eso no se le pregunta a una dama —replicó Julie.

—¿Pero a mí sí me puedes preguntar?

—Tú no eres una dama.

—Pero soy un caballero —respondió él.

Ambos tuvieron que reír.

—Treinta y uno —dijo ella entonces.

Julie notó que su café estaba listo.

—¿Eres de por aquí? —preguntó después de una breve pausa.

—¿Esto se está convirtiendo en un interrogatorio?

Ella se encogió de hombros. Realmente no era muy hablador.

Este tipo es un hueso duro de roer, pensó.

¿Debería rendirse en su intento de llegar a él, si siempre se ponía a la defensiva cuando le preguntaba algo? Pero él era su única conexión con la información sobre su abuela.

Decepcionada, se levantó y tomó su taza de café. Mientras salía, él dijo: —¿Podrías sacar tu ropa de la lavadora, por favor? Yo también quiero lavar.

Julie puso los ojos en blanco. —Sí, lo haré enseguida.

Esto es como en los viejos tiempos del piso compartido de estudiantes, pensó. *¡Me pregunto a quién pertenecerá la casa!*

Cuando estuvo en su habitación, Julie pensó, siguiendo un capricho, que debería arreglarse y lanzarse a la vida nocturna otra vez. Tal vez hubiera un concierto en el club de música de la piscina al que podría asistir de manera espontánea. O en el centro cultural Karlstorbahnhof, la estación de tren de Karlstor. Era hora de socializar y conocer hombres nuevos. ¡Cómo se había quedado embobada mirando a Marc cuando trabajaba en el jardín! No podía permitir que algo así volviera a suceder. Su última relación había terminado hace casi un año, tenía que cambiar eso urgentemente. Además, necesitaba formar una familia si quería sacar a Marc de la casa algún día.

Por supuesto, esto no funcionaría de la noche a la mañana, pero al menos tenía que encontrar finalmente a la pareja adecuada. Y si Marc vivía con ella hasta su matrimonio, al menos tendría la oportunidad de obtener información sobre su abuela.

Para esta época del año, hoy hacía un calor inusual. Julie ya estaba frente al espejo de su armario comparando dos vestidos de verano cuando recapacitó. Sostuvo uno de los vestidos frente a ella y se miró en el espejo. Así había empezado la última vez que había buscado novio. Y tantas veces antes. Conocidos de la vida nocturna, tipos geniales que a la luz del día y con el tiempo de repente ya no eran tan geniales.

Julie se sentó en la cama y pensó. ¿Tal vez debería intentarlo de otra manera? ¿No prometían las agencias de pareja que procedían de manera estrictamente científica y que evaluaban sus complejos cuestionarios según algoritmos rigurosos? ¿Quién podría engañar a la ciencia?

Julie se sentó frente a su portátil y creó un perfil en un sitio de citas por primera vez en su vida.

Después de aproximadamente una hora, alguien llamó a la puerta.

—¿Sí?

—¿Podrías sacar tu ropa de una vez? ¿O quieres que la saque yo?

Julie se levantó y salió de su habitación.

—Sí, madre —dijo al pasar junto a Marc.

Después de colgar su ropa en la terraza, contempló el jardín y se preguntó por qué su abuela había vivido precisamente en esta casa. ¿Qué la había traído aquí? ¿Por qué había comprado una propiedad tan grande, siendo soltera? ¿Por qué era tan importante para ella el misterioso jardín de limones? Marc le había contado una vez que Anna-Maria nunca había hecho nada con los limones. Simplemente le encantaba sentarse durante horas en el invernadero y mirar fijamente los frutos dorados.

Pero sobre todo, surgía la pregunta de cómo Anna-Maria había podido permitirse la casa. Era difícil imaginar que hubiera ganado el dinero necesario como azafata. Y una herencia parecía improbable a Julie, si realmente provenía de una pequeña granja administrada por solo dos hombres.

Julie tuvo que admitir que su abuela se convertía en un enigma aún mayor con cada pequeño detalle que descubría sobre ella. Miró al espejo e intentó imaginar, basándose en las fotos que había visto de Anna-Maria y en su propio reflejo, cómo habría lucido su abuela a su edad. Pero los contornos de esta imagen permanecían borrosos. Julie podría parecerse a Anna-Maria, pero seguían siendo extrañas. Sintió un dolor ardiente en su estómago y una vez más esa soledad que amenazaba con consumirla.

¿De dónde venía, cuál era su destino? Una pregunta filosófica tonta sobre la que los estudiantes de humanidades solían bromear porque sonaba tan banal. Pero para Julie no lo era. En ese momento le parecía la pregunta decisiva, que sin embargo no podía responder por más que lo intentara.

Cuando se levantó a la mañana siguiente, escuchó que Marc estaba en el baño. Por eso fue primero a la cocina y notó que la puerta de su habitación estaba abierta. Al principio, miró fugazmente a través de ella, pero luego se preguntó si otro diario podría haber terminado en esa habitación. En una esquina había una estantería. Julie miró a su alrededor y luego entró en la habitación. Pero a primera vista no pudo ver nada especial entre los libros.

—¿Buscas algo?

Ella se sobresaltó.

—Ah, eh, solo quería echar un vistazo —balbuceó—. Ya sabes, si alguna vez me caso y

tengo una familia, esto podría convertirse en una habitación infantil.

¡Qué excusa más estúpida!, pensó.

—Hm —fue todo lo que respondió él.

Rápidamente, salió de la habitación.

Por la noche, ella estaba sentada de nuevo en el sofá viendo la televisión. Cuando él pasó por allí, le preguntó si quería verla con ella. Él se acercó sin decir nada y se sentó en el sillón. Vieron una película de misterio porque no había nada mejor.

—Pero por favor come tus patatas fritas solo y sin hacer ruido, y no digas quién es el asesino —dijo Marc después de unos minutos.

—Como si yo fuera a hacer algo así —respondió Julie.

Él sonrió. Al menos eso.

A Julie se le ocurrió una nueva idea sobre cómo ponerlo de buen humor, pero difícilmente funcionaría aquí frente al televisor.

Debería salir de casa de nuevo, pensó.

—Vaya, todavía somos jóvenes, pero en lugar de salir y divertirnos, estamos sentados aquí como un viejo matrimonio —comentó Julie.

—¿A dónde podríamos ir? —preguntó él.

—Podríamos ir al cine.

—No sé —respondió él.

—Vamos, no seas así. Yo invito.

Después de otra vacilación, finalmente accedió.

De manera impulsiva, tomaron el autobús hacia la ciudad. Al llegar al cine, pasaron mucho tiempo decidiendo qué película ver.

—Me parece muy atractivo este drama —dijo Julie.

—Oh, no, ya tengo suficiente drama en la vida, quiero ver algo divertido.

La discusión duró unos minutos más hasta que Marc dijo: —Ah, mejor volvamos a casa, allí no tenemos que decidir nada.

—¿Qué tal si vamos a un bar a tomar algo? —intentó persuadirlo Julie.

—Yo no bebo alcohol.

—También tienen otras cosas...

—Ah, no, volvamos —dijo él.

Y así caminaron de regreso, subiendo la colina. Marc cojeaba, pero estaba muy en forma a pesar de su prótesis.

Sin embargo, después de unos metros, comenzó a llover y para cuando llegaron a casa, estaban completamente empapados. Julie temblaba de frío.

—Quítate rápido la ropa mojada —recomendó Marc.

Él se quitó su jersey. Pero Julie, de tanto tiritar, se enredó con su propia chaqueta. Marc intentó ayudar y la tocó accidentalmente. Se miraron como si se vieran realmente por primera vez. Pero entonces Julie recobró la compostura.

—Ya está —dijo y se fue algo desconcertada a su habitación. Allí se cambió de ropa. Después de unos minutos se encontraron de nuevo en la planta baja. Julie preparó un té y luego se sentaron bajo una manta y vieron el *Heute Journal*, las noticias de hoy.

—En casa se está mejor —dijo Marc.

Ella no pudo evitar reírse. De alguna manera, tenía razón. Ella también se había acostumbrado casi a esta vida de ermitaña en el sofá. Y tenía que admitir que era bastante agradable estar con Marc, ahora que estaba de buen humor. Reprimió el extraño momento de

antes.

—Dime, ¿cuánto tiempo llevas sin estar entre la gente? —preguntó Julie.

—Desde mi accidente.

—¿Fue entonces cuando pasó lo de tu pierna?

Él asintió. —Bueno, por suerte aún me queda una.

—¿Accidente de coche? —indagó ella.

Por fin, una vez no estaba cerrado. Era casi como si la lluvia y la larga caminata colina arriba le hubieran hecho bien.

Marc asintió de nuevo.

—¿Qué edad tenías entonces?

—Veintitrés, en plena carrera de deportes, una novia estupenda, una vida maravillosa... Y ahora estoy aquí.

—¿Terminaste la carrera?

Él se rio irónicamente.

—¿Para qué me sirve una carrera de deportes? —señaló su pierna.

—Yo tampoco terminé de estudiar —respondió ella encogiéndose de hombros. Julie se sirvió una copa de vino—. Lo intenté varias veces, pero nunca lo llevé a cabo.

—No todos tienen que tener un título —opinó Marc.

Ella levantó su copa y dijo: —¡Por los que no estudiaron!

Volvieron a reír juntos.

Cuando Julie se despertó esa noche y se levantó para ir a buscar algo de beber, descubrió un pequeño paquete frente a su puerta. Dentro había un pequeño cuaderno. Julie lo miró. ¡Era uno de los diarios de Anna-Maria!

Se olvidó de su sed, volvió a su habitación, se sentó en la cama y comenzó a leer.

11

JUEVES, 10 DE AGOSTO DE 1944

Jean se está comportando valientemente. Su rostro y sus manos están completamente oscurecidos por el trabajo en el campo. Mami piensa que es muy trabajador y ciertamente no es tonto. Intento aprovechar cada oportunidad para verlo. Es diferente a los otros hombres, tiene modales. ¡Tan solo ver cómo toma la sopa con la cuchara! Podría observarlo durante horas. A veces llevo el pelo suelto con dos horquillas. Ya no quiero andar por ahí como una niña pequeña siempre con dos trenzas. Pero Mami tampoco debe darse cuenta. Por suerte, tiene tanto que hacer que a veces solo me ve por la noche.

Esta noche me ha mirado. Mami quería acompañar al tío Karl a la puerta cuando yo estaba poniendo más pan en la mesa. Él había terminado de comer y me miró amablemente. Había algo en su mirada, como si quisiera contarme algo. Pero yo solo le devolví la mirada brevemente.

Entonces dijo —Merci—, y me puse roja como un tomate.

Me atreví a levantar la mirada y volver a mirarlo a los ojos. Fue como si intercambiáramos nuestros secretos más íntimos. Sentí como si lo conociera desde siempre. Nos miramos solo por unos momentos, pero se sintió como una eternidad en otro mundo. Al final, rozó fugazmente mis dedos, que aún estaban sobre el pan. Para mí, se sintió como una pequeña descarga eléctrica. Fue lo más hermoso que me ha pasado jamás. Entonces escuché a mi madre. Él tomó la rebanada de pan y yo me fui rápidamente a la cocina, donde ella ya estaba esperando.

—No tienes que darle todo nuestro pan. ¡Y no lo mires siempre así! Anna, no me avergüences. Somos una familia decente, ¿me has oído? —preguntó.

Solo asentí. Pero las palabras de mi madre perdieron su efecto tan pronto como volví a mirarlo. Me di cuenta de que ya no era la pequeña hija de mi madre. Me sentía como una mujer que ha encontrado el amor, todo lo demás perdió su importancia. Solo Jean importaba.

SÁBADO, 16 DE AGOSTO DE 1944

¿Habrá notado algo Mami? Ayer me envió, de repente, a casa de la tía Marta en Bad Soden im Taunus. Está a casi cien kilómetros de casa. Nuestro vecino tenía que ir a Frankfurt en su furgoneta y Mami le pidió que me llevara. Me dejó en casa de mi tía.

—Pasarás los últimos días de vacaciones con la tía Marta, después veremos —había dicho mi madre.

Estoy tan triste. Aunque antes siempre me gustaba estar con mi tía, ahora soy taaaan infeliz aquí. Todo me parece tan infantil e inútil. Ni siquiera el pastel de manzana de la tía Marta puede hacerme feliz.

Lo que más me gusta es pasear sola, entonces puedo pensar en Jean durante horas, conversar con él en mis pensamientos, imaginar nuestro futuro. Entonces me siento tan cerca de él.

LUNES, 25 DE AGOSTO DE 1944

Pronto terminarán las vacaciones de verano. Después de diez días, que para mí se sintieron como un siglo, me permitieron volver a casa. El trabajo era demasiado para mi madre. Me necesita. Esa fue la noticia más hermosa para mí. Además, la tía Marta le había informado que también en Bad Soden la situación se está volviendo cada vez más peligrosa. La escuela ha vuelto a abrir allí, pero quién sabe por cuánto tiempo, los ataques aéreos a Frankfurt están aumentando y cada vez más bombas se extravían hacia las zonas circundantes. Varias veces me he despertado por la noche debido a las sacudidas y al resplandor brillante de los árboles de Navidad, las luces que los pilotos lanzan para alcanzar sus objetivos.

Estoy tan feliz de estar en casa de nuevo. Pero sobre todo, apenas podía esperar para verlo a *él*. Cuando llegué esta tarde, mi madre me recibió. Estaba sola y se alegró de verme. Inmediatamente me puse a hacer las tareas de la casa. Por la noche, mi corazón ya amenazaba con salirse del pecho, los trabajadores de las granjas vecinas regresaron de los campos. Pero él no estaba allí. Estaba destrozada. Cuando fui al gallinero para cerrarlo, escuché un: —Buenas tardes, señorita Anna—. En alemán con un fuerte acento francés.

Era Jean.

Estaba aquí, estaba en el patio cuidando al caballo. Aparentemente, durante los días que estuve fuera, había aprendido algunas palabras en alemán. Me hubiera encantado lanzarme a sus brazos y besarlo. Pero eso estaba prohibido, para él y para mí, y probablemente también hubiera sido muy indecoroso. Luego continuó hablando en francés y me preguntó cómo estaba. Le conté brevemente cómo habían sido mis vacaciones. Elogió mi francés. Yo también había practicado diligentemente, pero no se lo dije.

Aunque su ropa estaba desgastada y estaba quemado por el sol, se veía impresionante. ¡Como una estrella de cine! Cuando pasé junto a él, volvió a tocar mi mano muy suavemente. Solo la punta de su dedo me tocó y me sentí como en el cielo.

¿Es esto amor? En cualquier caso, es maravilloso. Soy tan feliz. Toda la guerra y el miedo por mi padre y mi hermano están tan lejos. Estoy enamorada. Flotaba hacia el gallinero. Él vino conmigo y me ayudó.

—¿Cómo te va aquí?

Me miró y al principio no dijo nada. ¿Había hecho algo mal? Pensé que lo había ofendido.

Pero de repente sonrió. —Me va bien. Tu madre es una buena persona. También me ha enseñado algunas palabras en alemán.

Exhalé. —Me alegro. Haré todo lo posible para que estés bien —dije y enseguida me sonrojé.
—Cuando te veo, me siento bien —dijo y me sentí muy cálida por dentro.
En ese momento escuché a mi madre llamar.

12

Julie se despertó con los rayos del sol. Era hermoso que por fin todo se volviera más cálido y brillante. Incluso podía oír a los pájaros cantar a través de la ventana entreabierta. Pero entonces se dio cuenta de que tenía que trabajar hoy. Corrió al baño, se vistió y unos minutos después ya estaba saliendo de la casa. Guardó el segundo diario en su mesita de noche. Desafortunadamente, solo había podido leer unas pocas páginas antes de quedarse dormida de nuevo.

Al llegar a *Naturwunder*, Julie se encontró con una Kathie algo molesta.

—Julie, llegas tarde otra vez.

—Lo siento, mi despertador no sonó.

—Ay Julie, siempre dices eso. A veces tengo la impresión de que en realidad no quieres trabajar aquí. Es realmente molesto cuando no puedo confiar en ti.

—Sí puedes, de verdad, no volverá a ocurrir, por favor.

Kathie puso los ojos en blanco. —Bueno, si vuelve a pasar, tendré que pensar en algo.

—No volverá a pasar —dijo Julie mientras se ataba el delantal.

Media hora después, el enojo de Kathie ya se había disipado.

—¿Y cómo va todo con tu compañero de piso? —preguntó.

—Bien —dijo Julie.

—¿Bien? ¿Qué significa eso?

—Es bastante agradable, como un ama de llaves. Es ordenado, cocina, limpia y cuida el jardín.

—¿Qué más se puede pedir? —preguntó Kathie sonriendo.

—He descubierto los diarios de mi abuela.

—Qué emocionante.

Entonces Julie le contó a su jefa lo que había leído. Kathie casi tenía lágrimas en los ojos.

—Oh, qué romántico. ¿Cómo terminó?

—Todavía no lo sé.

Cuando Julie llegó a casa, Marc estaba en su habitación. Ella llamó y él abrió. Llevaba puesta una camiseta muy vieja cubierta de salpicaduras de pintura, probablemente la había usado muchas veces para pintar.

—Traje sopa de calabaza del trabajo —dijo Julie.

—Bien.

—Cenaremos en quince minutos.

—Bien —repitió él. Luego cerró la puerta.

—De nada, un placer —le dijo Julie a la puerta y se fue a la cocina. Esta se veía muy ordenada. En la mesa todavía estaban las flores que Julie había recogido. Olían bien.

Mientras la sopa se calentaba en la estufa, miró afuera y vio que la lila ya estaba floreciendo. Estaba llena de racimos de un color lila claro. Era un verdadero espectáculo de flores. ¡Este era ahora su árbol, esta era su casa! Julie sintió una alegría desbordante por ello.

—La lila es muy hermosa —dijo cuando Marc entró. Él se paró a su lado. Juntos contemplaron el jardín.

—Nunca antes había tenido un jardín —contó Julie.

—Ahora tienes uno de los más hermosos de Heidelberg.

Sus miradas se cruzaron por un momento. Luego ambos volvieron a mirar hacia afuera.

—¿No deberíamos comer afuera? —preguntó Julie.

—Tendríamos que arreglar un poco los muebles del jardín primero —respondió él—. Normalmente lo hacía en los primeros días cálidos, pero este año...

Julie no quería que el hermoso ambiente se arruinara con recuerdos tristes, así que sugirió: —Entonces hagamos un picnic.

—¿Un picnic de sopa?

—Exacto —respondió Julie y se rió.

Poco después, estaban sentados en una manta junto al colorido esplendor de la lila, tomando su sopa con cucharas.

—¿Cómo aprendiste a hacer jardinería? —preguntó ella.

—Anna-Maria me explicó muchas cosas y yo experimenté y compré un libro en la ferretería.

—Impresionante.

Mientras Julie apenas había terminado la mitad, Marc ya puso su cuenco vacío sobre la manta.

—Bien cocinado.

—Se lo diré a Frank, mi jefe.

—Fue una buena idea, pero tengo que terminar algo —dijo Marc.

Le costó levantarse y Julie intentó ayudarlo.

—Puedo solo.

Ella asintió y lo soltó.

—Gracias por el diario —dijo ella.

Él hizo un gesto con la mano. —Anna-Maria lo guardó conmigo. Creo que no quería que acabara en el papel viejo cuando ella ya no estuviera. ¿Ya lo has leído todo?

—Todavía no.

—Yo tampoco lo he leído nunca. Bueno, no más que las primeras una o dos páginas —dijo él —. Sentía que no era asunto mío.

—Dime —preguntó Julie—, ¿conoces toda la historia? De Anna-Maria y ese Jean.

—No, Anna-Maria no hablaba mucho del pasado.

—Me encantaría saber si ese Jean sigue vivo. Podría ser. Tal vez pueda contarme más sobre mi abuela.

Marc se encogió de hombros.

Cuando entraron en la casa, sonó el timbre.

Julie fue a la puerta. Afuera había una mujer y un hombre de unos cincuenta y tantos años. Julie los miró con curiosidad. ¿Serían testigos de Jehová?

—Buenas tardes, ¿está Marc? —preguntó la mujer.

—Un momento. Marc, es para ti.

Él se acercó a la puerta y miró sorprendido a los visitantes.

—¿Qué hacéis aquí?

—Queríamos ver cómo estabas —explicó la mujer.

—Estos son mis padres —presentó Marc a los dos. Los invitó a entrar, pero no parecía particularmente feliz.

—Soy Julie —dijo Julie y extendió la mano a los invitados.

Los dos se miraron y sonrieron.

—Petra.

—Wolfgang. Esta es realmente una casa hermosa —dijo el hombre. Así que era la primera vez que venían.

—¿Y hace cuánto conoces a nuestro hijo? —preguntó Petra.

—No mucho, unas pocas semanas —respondió Julie.

—Voy a hacer café, ¿cuánto tiempo os quedáis? —preguntó Marc.

—Tu padre me ha regalado un viaje a la Selva Negra y, por supuesto, queríamos ver cómo está nuestro hijo.

—Bien —respondió Marc escuetamente—. Podéis pasar al salón.

—Bueno... entonces me voy —dijo Julie y se dio la vuelta.

—No, no, quédate. Marc no es precisamente el más hablador —replicó Petra.

—¡Ja! ¡A quién se lo dices! —soltó Julie mientras guiaba a las visitas al salón.

—Pero siempre ha sido así, no solo *ahora*. Aun así, era bastante popular en la escuela, las chicas hacían cola. Sí... *ahora*... —dijo su madre, pareciendo algo triste.

Julie sabía que con *ahora* se refería al tiempo después del accidente y su discapacidad actual. Por suerte, Marc entró en la habitación con el café.

—Podrías haber hecho té —dijo Wolfgang.

—No, a Julie también le gusta el café.

—Soy adicta, lo admito —declaró Julie, sonriendo para alegrar el ambiente.

—Yo también, yo también —respondió la madre de Marc, riendo fuerte.

Wolfgang se limitó a sentarse sin decir mucho. Estaba tecleando en su smartphone.

—Cariño, ¿podrías dejar ese maldito aparato a un lado? —pidió Petra.

—Solo quiero ver cómo ha terminado el partido de tenis.

—Eso puedes hacerlo más tarde. ¿Qué va a pensar Julie de nosotros?

—También he traído un poco de pastel del trabajo —dijo Julie.

—¿Dónde trabajas?

—En una cafetería con pastelería propia y fabricación de bombones. El *Naturwunder*.

—Ah.

—Es una tienda ecológica con bistró —dijo Marc.

—Ah —repitieron los padres.

—Soy camarera.

Ahora ambos la miraron con algo de lástima.

—Oh, eso es duro para las piernas, y sobre todo no es un trabajo adecuado si quieres tener hijos.

—Mamá —intervino Marc—. Esa es decisión de Julie.

Aunque discutían un poco, Julie tuvo que admitir que le habría gustado formar parte de esta familia tan normal. Siempre había deseado algo así.

—¿Cuál sería un buen trabajo? —preguntó.

—Lo mejor sería maestra de primaria, los niños aún son agradables, tienes muchas

vacaciones y está muy bien pagado.

—¿Eres maestra?

—No, pero ojalá lo fuera —respondió Petra y suspiró—. Soy secretaria. Hoy lo llaman asistente de dirección.

Wolfgang no apartaba la mirada de su teléfono.

—Eso está bien.

Mientras tanto, Marc había traído el pastel de la cocina, una deliciosa tarta de chocolate, y todos comían con gusto.

—El café está muy bueno —elogió Petra.

—Me alegro.

—Pero ahora hablemos de vosotros, contadnos, ¿cómo os conocisteis?

Julie sonrió. ¡Petra realmente pensaba que ella y Marc eran pareja!

—Heredé esta casa —dijo Julie—. Marc ya vivía aquí.

—Qué romántico.

—No, mamá, estás entendiendo mal —intervino Marc.

—Sí, sí, ¿crees que soy tonta? Veo cómo la miras.

Julie casi se atraganta con su trozo de pastel.

—Mamá, ya basta con esas tonterías.

—Dios mío, ¿en qué siglo vives, hijo? No somos de ayer.

Le guiñó un ojo a Julie.

Julie se divertía con este malentendido. Marc no dijo nada más. Solo la miró disculpándose y esperando, probablemente, que sus padres se fueran pronto.

—Patrick preguntó por ti —explicó Petra.

Las facciones de Marc se endurecieron.

—¿Qué quiere de vosotros? —preguntó.

—Nada, solo tiene remordimientos de por vida.

—Ah, ¿los tiene?

—Seguramente.

—No quiero hablar de eso, además no quiero saber nada de él —siseó Marc.

Petra parecía querer decir algo más al respecto, pero luego cambió de tema y habló de trivialidades. Después de pasar un rato en el jardín y de que Petra obtuviera varios consejos de jardinería de su hijo, el padre de Marc finalmente guardó su teléfono en el bolsillo y dijo: —¡Djokovic ha ganado! —Luego añadió—: Bueno, entonces nos vamos. Ha sido agradable verte, grandullón.

—Si hiciera la mitad del deporte que ve, sería Iron Man —comentó Petra.

Wolfgang se defendió. —Antes hacía mucho deporte.

—Sí, sí, antes. ¿Cuándo? ¿En la escuela primaria? —Se volvió hacia Julie—. Apenas jugaba un poco al ping-pong cuando lo conocí. Marc, en cambio, siempre ha sido un as del deporte. No sé de quién lo habrá sacado, yo tampoco era una estrella en deportes.

Julie encontraba a Petra muy agradable, aunque era un poco directa. Tal vez eso era precisamente lo que le gustaba. Entre ella y su madre, todo se callaba simplemente.

Marc parecía inseguro cuando acompañaron a sus padres a la puerta. Petra y Wolfgang lo abrazaron. Él no sabía bien si debía corresponder y se quedó algo rígido. Luego fue el turno de Julie. El padre de Marc tampoco sabía muy bien cómo despedirse de ella, así que solo hizo un breve gesto con la mano. Petra y Julie iban a darse la mano, pero entonces Petra dijo: —Ven, Julie, déjame abrazarte.

Wolfgang ya había abierto la puerta y salía.

—Ha sido un placer conocerte, Julie, cuida de él. Es un chico estupendo —dijo Petra.

Julie sonrió. Después de que Marc cerrara la puerta, Julie se tumbó en el sofá.

—Cariño, ¿podrías traerme un cojín, por favor? —le gritó.

Él se acercó a ella. —Disculpa, mis padres son realmente vergonzosos.

—Qué va, fueron muy amables. Además, siempre quise tener un rompecorazones en casa.

—Qué tontería. Yo no era ningún rompecorazones.

—Te creo de inmediato, tampoco puedo imaginármelo.

Él le lanzó el cojín y ella se rio.

—Pero quizás a las chicas de hoy les gusten los pelos alborotados y la barba larga —comentó ella.

Él le lanzó otro cojín. Ella se lo devolvió.

—El llamado *look homeless* —siguió pinchándole y recibió el cojín de nuevo.

Luego se levantó. Al pasar junto a él, le revolvió el pelo. Él le sujetó la mano.

—¡Deja en paz mi *look homeless*! Además, pensaba que las mujeres se fijaban en los valores internos.

Julie quiso replicar y por primera vez le miró conscientemente a los ojos. Eran verdes, casi color oliva. Era la primera vez que lo notaba. De la sorpresa, se olvidó de hablar.

Él le soltó la mano y apartó la mirada. Era otro de esos momentos en los que su rostro se volvía rígido y sus emociones eran ilegibles.

—Claro, las mujeres queremos ambas cosas, el aspecto y los valores —dijo Julie para relajar el ambiente.

—Igual que nosotros los hombres —respondió él—. Todos somos iguales.

Ella se fue a su habitación. Marc seguía recogiendo, podía oírlo por lo fuerte que manejaba los platos y cerraba de golpe los armarios de la cocina. Se preguntó si quedaría algún plato intacto con ese estruendo.

Cada vez que pensaba por un breve momento que en realidad era un buen tipo con el que se podía convivir bien, volvía a perder los estribos. Era para volverse loca.

Se sentó frente a su portátil y navegó un poco para distraerse. Cuando entró en la página de citas, descubrió que alguien había respondido a su anuncio.

13

Julie estaba sentada en un café del casco antiguo. Frente a ella estaba Ben, un informático de treinta y tres años. No había publicado ninguna foto suya en internet, por lo que se sorprendió mucho cuando apareció en el punto de encuentro acordado.

—No te ves como un informático —comentó Julie.

Él se rio. —Quieres decir que no me parezco a Bill Gates.

—Tampoco llevas una cola de caballo larga, ni gafas, ni siquiera la camisa por dentro de los pantalones.

—Menos mal que no me conociste hace unos años. Entonces sí que me veía exactamente así.

—¿Cómo se produjo el cambio?

—Fui a una asesoría de imagen.

—¿En serio?

Él asintió. —Claro. Si se hace algo, se hace bien.

Ella se rio.

—¿Y quieres liarte con una camarera? —preguntó Julie.

—En cualquier caso, mejor que con una informática.

Le gustaba. Además, no estaba nada mal. Para ser una primera cita online, daba muy buena impresión. Después de casi una hora de agradable charla, se despidieron y acordaron un nuevo encuentro.

Cuando Julie llegó a casa, Marc estaba sentado en el sofá.

—¿Ya de vuelta? ¿Tengo que ceder mi asiento?

—No, no, puedo sentarme en el sillón por una vez. ¿Qué estás viendo?

—La continuación de la serie de las suricatas.

Se sentó. —Tienes razón, este sillón es incómodo, tenemos que cambiarlo sin falta. Me voy al sofá.

Se dio cuenta de que no llevaba la prótesis de la pierna. En su lugar, había dos muletas junto al sofá y la pernera del pantalón colgaba flácida desde la mitad del muslo.

—Así solo tengo que doblar una pierna —explicó Marc al ver su mirada.

Julie no sabía si debía reírse de eso.

—Era una broma —dijo Marc.

—Gracioso —respondió ella algo avergonzada.

Una y otra vez, le echaba miradas de reojo.

—¿Te incomoda? —preguntó él.

—No, no —respondió ella.

Pero después de un rato, preguntó: —¿Cómo es no tener una pierna?

—Te acostumbras. Pero durante mucho tiempo, al principio, es una mierda total.

A ella le hubiera gustado saber más sobre su accidente y el tiempo después, pero no siguió preguntando.

—¿Te apetece un té? —preguntó en su lugar.

—Claro.

—¿Alguna preferencia?

—Me da igual.

—Entonces haré uno de hierbas, los otros no me dejan dormir.

—Yo de todos modos no puedo dormir —respondió él.

—Aun así, haré uno de hierbas.

Julie volvió al sofá con el té.

—¿Llevas mucho tiempo soltero? —preguntó mientras daba un sorbo a su taza.

—Sí, una eternidad.

—No suena bien. Esta noche he conocido a un tipo agradable.

—¿Agradable? —preguntó Marc.

—Sí, agradable, mucho de hecho.

—¿Eso no significa *aburrido* en el lenguaje de las mujeres?

—No, no sé cómo se ha arraigado ese rumor entre los hombres.

—Entonces dime, ¿dónde se sitúa ese *agradable* en una escala del menos 10 al más 10?

Ella lo pensó. —No sé, aún no lo conozco tan bien.

—¿Ves?

—Oye, no me arruines la cita.

—¿Yo? No, de ninguna manera.

—Tú también necesitas urgentemente una novia.

—Con eso ya he terminado.

—Ay, Dios mío. ¿Cuántos años tienes? ¿Cien?

—¿Quién quiere a un tipo sin pierna? Además, me gusta estar solo.

—El exterior no lo es todo.

—¿Ah, no?

—No, no lo es *todo*, no es irrelevante, pero no lo es todo.

—¿Ves?

—Vamos, es solo una pierna —dijo, y le hubiera gustado retirar sus palabras en cuanto vio su expresión facial.

—Claro, ¿qué es una pierna?

—No lo he dicho con esa intención.

—Está bien.

—Deberías sacar más partido a tu tipo.

—Ah, ¿sí?

—Sí, por ejemplo, tu peinado, la barba y en general tu ropa.

—Vaya, gracias.

—¿Sabes qué? Mañana haremos de ti un tipo atractivo. Y muchas chicas tienen el síndrome del salvador, seguro que encontramos a alguna.

Él tuvo que reírse.

—Seguro que tienes ganas de acostarte con alguien por fin —dijo ella.

—Oye, no seas tan indiscreta.

—Buscaré por internet para ti.

—No, mujeres de internet, eso no.

—Tonterías. ¿Cómo crees que conocí al tipo de esta noche?

A la mañana siguiente, llamó a su puerta.

—¿Listo para la transformación? —preguntó.

Marc abrió. Ya estaba vestido, pero aún parecía bastante adormilado. —¿Lo decías en serio?

—Claro.

—Las mujeres deberían aceptarme tal como soy —explicó Marc.

—Qué tontería, tú también prefieres una mujer que se cuide en lugar de una descuidada.

Julie lo agarró del brazo y lo sacó de la habitación.

Luego salieron de la casa. Ella lo llevó hasta un viejo Citroën 2CV oxidado que estaba estacionado en la empinada calle.

—¿Desde cuándo tienes coche? —preguntó Marc irritado.

—No es mío —dijo ella—. El coche pertenece a Moritz, el hermano ecologista de mi jefa. Quiere probar por un tiempo si puede arreglárselas sin coche, así que me lo prestó para no caer en la tentación.

—Suena como un tipo raro —dijo Marc.

—Parece que solo conozco a tipos raros.

—Muy graciosa.

Marc parecía nervioso.

—¿No podemos ir en autobús? —preguntó.

—¿Por qué?

—No me gusta ir en coche.

Ella lo miró por un momento.

—¿Por el accidente? —preguntó Julie.

Él no respondió.

—Bueno, entonces deberíamos superar esto también —declaró ella, abrió el coche y lo obligó a entrar. Luego giró la llave y arrancó. No había recorrido ni cien metros cuando Marc, que se hundía cada vez más en el asiento, le pidió que se detuviera.

—¿Qué? No puedo parar ahora.

—Para el coche ahora mismo —gritó casi, y ella notó que se habían formado gotas de sudor en su frente.

—Me estoy orillando, cálmate.

Esta vez se había pasado con su activismo.

—Lo siento —dijo ella.

Él salió inmediatamente después de que ella se detuvo. Ella corrió tras él.

—Lo siento mucho.

—¡No puedes simplemente transformar a las personas en otras!

—Pero si no quiero hacer eso —dijo Julie.

—No te preocupes, me mudaré.

—No se trataba de eso.

Enojado, subió la calle hacia la casa. Julie lo siguió.

—Solo quería ayudarte.

—Todos solo quieren ayudar, ya no puedo soportarlo —dijo y siguió caminando.

Aunque arrastraba la pierna con la prótesis, aun así aceleró considerablemente. Julie jadeaba

detrás de él.

—Vaya, qué ritmo llevas. ¿Quieres matarte?

—Si fuera tan fácil —dijo irónicamente.

—Oye, tengo una nueva propuesta —gritó ella, pero Marc no le hizo caso.

14

Marc estaba sentado a la mesa de la cocina y Julie le cortaba el pelo. ¡Realmente se estaba dejando hacer! Ella aún no podía creerlo, después de lo enfadado que había estado antes por lo del coche.

—¿Dónde aprendiste a hacer esto? —preguntó él.

—Ah, empecé un curso de peluquería una vez. Cielos, menuda melena tienes.

Bueno, el curso de peluquería estaba condenado al fracaso desde el principio. En realidad, solo lo había empezado por desesperación. Le había gustado más la formación en cuidados geriátricos, allí realmente se podía cuidar a las personas. Pero luego empezó a tener problemas de espalda.

—Pero no demasiado corto, ¿eh? —dijo él.

—Hm —respondió ella, trabajando con gran concentración.

—Es bueno que hayas aprendido a cortar el pelo en tu formación —comentó él.

—Bueno, en realidad no lo aprendí del todo, eso no se aprende en el primer mes.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre observaba cómo lo hacían.

—¿Y cuántas veces has cortado el pelo a otros?

—Siempre me he cortado el flequillo y también le cortaba el pelo a Leo —dijo ella, siguiendo con el corte.

—¿Tu ex novio?

—No, no, el perro de una vieja amiga.

—¿Qué? —se levantó de un salto.

—Oh, ¡mierda!

—¿Qué?

—Ahora me he equivocado. ¿Por qué te levantas así?

—Porque nunca has cortado pelo.

—Bueno, tampoco es tan difícil. Y ahora tendremos que cortar un poco más.

Él corrió al espejo y frunció el ceño al ver el flequillo torcido que ella le había cortado. Respiró hondo.

—Está bien —dijo—. Entonces termínalo.

Se sentó y ella cortó y cortó y parecía que no iba a terminar nunca. Todo el suelo estaba cubierto de pelo.

—¿Por qué hago todo esto? —preguntó él.

—Porque quieres conocer a algunas mujeres agradables —respondió ella sonriendo.

Después de unos minutos de silencio, en los que solo se oían las tijeras, Julie preguntó: —¿Por qué no has tratado esta fobia?

—¿El miedo a los coches? Hay tantas cosas que arreglar en mi vida que conducir era lo menos importante.

—Una vez leí que hay que enfrentarse a los miedos. Entonces desaparecen.

—Eso hice hace un rato y no sirvió de nada —dijo él—. Por cierto, ¿de dónde sacaste tus conocimientos de psicología? ¿También estudiaste psicología alguna vez?

—Más o menos... Bueno, empecé una vez. Pero no pude superar todas las clases de estadística en los dos primeros semestres —admitió—. Pero sigo muy interesada y he leído algunos libros sobre el tema para seguir formándome.

—Ajá —dijo él.

—¿Qué quieres decir con *ajá*?

—Pues *ajá* —respondió él con desdén.

—¿Quieres decir que todos han escrito tonterías en sus libros de texto?

—No.

—Pues eso.

—¿Cómo que *pues eso*? Querían ganar dinero.

—¡Pero si son todos psicólogos!

—Precisamente por eso —respondió él obstinadamente.

—¿Eh?

—No tienen ni idea.

—¿Y tú lo sabes mejor que ellos?

—No, solo puedo decir que he estado con algunos de ellos y tenían más problemas que yo.

—Contigo simplemente no se puede discutir —dijo Julie.

—Tú solo quieres cambiarme porque no puedes lidiar con tus propios problemas —replicó él.

—¡Oye, ¿estás loco?! —exclamó ella involuntariamente.

—Solo digo... ocúpate primero de tus propios asuntos antes de tiranizar a otras personas.

—En serio... —comenzó ella enojada.

—Pero no me vas a dejar calvo ni nada, ¿verdad? —la interrumpió.

—¿Debería?

—Para vengarte.

Buena idea, pensó ella.

Una vez más, se había convertido en una bestia en cuestión de minutos. Realmente era hora de echar al patán. Ahora incluso pensaba que podía entrometerse en su vida.

Julie lo pensó por un momento. Todavía había una forma de deshacerse de él, sin presión alguna. Si jugaba bien sus cartas, él se iría voluntariamente y ni siquiera se daría cuenta de que ella era la responsable. Le gustó la idea.

—Listo —anunció, bajando las tijeras.

No había quedado completamente calvo, pero sí bastante corto. Aunque la había sacado de quicio con sus comentarios, tenía que admitir que el corte de pelo corto le quedaba bien.

—Tendrás que afeitarte tú mismo. No quiero cortarte el cuello por accidente.

Marc fue al baño y se miró en el espejo. —Te has vengado, ¿verdad?

—Un poquito —respondió ella en voz baja.

Le había dejado unos mechones largos en la parte de atrás.

—Un poco de mullet, retro, ya sabes —gritó ella.

—La barba no me la quito —dijo él.

—Sí, tiene que desaparecer. Molesta a las mujeres al besar.

—Me da igual, que me acepten como soy —dijo él.

—Está bien —dijo Julie y luego barrió el suelo.

Los días pasaron y Julie tuvo que admitir que la convivencia ya funcionaba bastante bien. Su malhumorado inquilino no era tan malhumorado. Al menos no las veinticuatro horas del día.

En las siguientes semanas, intercambió correos electrónicos de vez en cuando con Ben, que estaba trabajando en un proyecto en Gran Bretaña. Aunque había recibido más solicitudes en su perfil en línea en el sitio de citas, ninguno de los hombres le parecía realmente interesante.

Una mañana, mientras se preparaba un café en la cocina, oyó entrar a Marc. Se dio la vuelta.

—¡Ahora también ha desaparecido esta parte de mi personalidad! —dijo, y a ella casi se le cae la taza de las manos.

—¡Qué pasada! —se le escapó.

Si se lo hubiera encontrado en la calle, apenas lo habría reconocido.

—Qué locura. Bueno, la parte inferior de tu cara, donde estaba la barba, está un poco más clara que la frente, pero tal vez deberías cubrir la frente y la nariz.

—Parezco un idiota —declaró él.

—No, no, te ves bien —lo contradijo ella.

Marc definitivamente había pasado mucho tiempo al sol y el degradado de color en su rostro se veía algo gracioso, pero una vez más era innegable que Marc era un hombre realmente atractivo.

—Pronto te ligarás a alguien —dijo Julie.

—¿Ah sí? ¿También trabajaste en Parship?

—No, pero una vez leí un libro sobre relaciones cuando empecé un curso de formación como asistente médica con un psicoterapeuta.

Él sacudió la cabeza. —Estás llena de sorpresas.

—Qué va, solo llena de formaciones abandonadas.

Al día siguiente, Julie vino con una hoja de papel y se la entregó a Marc, que estaba pintando el armario de la cocina.

—¿Qué es esto?

—Es una máscara que he hecho para ti, para tu barbilla. Con esto puedes tumbarte al sol.

Él la miró desconcertado. —¿Qué se supone que debo hacer?

—Para que te broncees uniformemente.

Él la miró primero a ella y luego a la hoja. Julie se encogió de hombros y se fue a su habitación sin decir una palabra más. Marc seguía mirando fijamente la hoja.

En los días siguientes llegaron varios paquetes. Si quería llevar a cabo su plan, no podía conformarse con un nuevo peinado. Marc estaba a mitad de camino hacia el aspecto de caballero, ahora no podía rendirse.

—Marc, te he comprado dos pantalones, tres camisas y una chaqueta —explicó Julie.

—¿Estás loca? No tengo dinero para ropa.

—No te preocupes, todo es de segunda mano. Tampoco tienes que darme el dinero. Puedes cocinar para nosotros los próximos días.

—Siempre me he comprado mi propia ropa.

—Y ahí es exactamente donde está el problema con vosotros los hombres. No tenéis ni idea de moda.

—Oye, no digas eso, antes del accidente trabajé como modelo.

Julie lo miró incrédula.

—En aquella época, con dos piernas, estaba bastante cotizado.

Ella se rio.

—Pensaba que los modelos eran tipos narcisistas que se depilan las cejas.

—Pagaban bien y me las depilaba la maquilladora.

—Con tus cejas actuales no ganarás dinero. Puedes cambiarte aquí tranquilamente —dijo ella cuando él quiso ir a su habitación—. Me daré la vuelta.

Ella miró por la ventana.

—Primero tengo que ponerme una máscara en media cara, ahora tengo que ponerme unos pantalones de chica. Parezco realmente maricón —oyó su voz.

—No, para nada. Te ves genial —respondió ella cuando se volvió hacia él.

Le había comprado unos vaqueros desgastados por quince euros y una camisa a rayas.

—¡Te queda totalmente bien!

Estaba encantada con su trabajo como asesora de estilo.

—Podría convertirme en estilista.

Lo miró por un momento. Realmente podría haber sido modelo. Marc se miró en el espejo y pareció gustarle lo que vio.

—Hay otra sorpresa —dijo ella.

Él la miró.

—He organizado una cita para ti.

—¿Qué?

—Con Marion. Es una conocida mía y enfermera. Nos encontramos por casualidad y me contó sus penas, eso de estar soltera desde hace tiempo y todo eso.

Marion era soltera, pensó Julie, pero tenía una personalidad muy cautivadora. Cuando viera a Marc con su nuevo atuendo, lo atraparía inmediatamente y no lo soltaría. Julie estaba segura de que era exactamente la adecuada para su plan. Por fin tendría la casa para ella sola y al mismo tiempo haría algo bueno por Marc y Marion. No podía ser mejor.

—¿Cuándo?

—¿Qué te parece esta noche?

—¿Qué?

—Mira, no nos hacemos más jóvenes. Tenemos que tomar las riendas de nuestras vidas ahora. Para que no sea demasiado raro, también he invitado a Ben.

—¿Quién es Ben?

—Ben es mi cita.

Podía ver que se estaba poniendo nervioso.

—Tienes mucha prisa por verme fuera —dijo Marc.

Ella se encogió de hombros.

—Ah, sí, cocinas tan bien. Así que prepáranos algo delicioso. Yo me encargaré del postre.

—Estoy totalmente fuera de práctica —dijo él.

—¡Pero si cocinas todos los días!

—No, me refiero a las mujeres.

—Es como montar en bicicleta —dijo ella sonriendo.

—He olvidado cómo montar en bicicleta —dijo Marc señalando su prótesis—. ¿Y qué vas a hornear?

—¿Yo, hornear? Compraré algo en el *Naturwunder*.

15

A las siete de la tarde sonó el timbre. Era Ben. Su cita de Internet había llegado puntual y traía una botella de vino. Ben se había arreglado, llevaba el pelo peinado, se había puesto una buena colonia y vestía unos elegantes pantalones chinos y una camisa a rayas.

—Bonita casa —dijo saludando a Julie.

Ella también se había arreglado y llevaba un largo vestido de verano estampado sin tirantes. La combinación de colores verde y rosa le sentaba muy bien, pensó Julie. Encima llevaba una chaqueta ligera. Llevaba el pelo suelto y un maquillaje suave.

—¡Vaya! Estás estupenda —dijo Ben—. ¿La casa es realmente tuya?

Ella asintió.

—Soy un buen partido —comentó.

—¿Y vives aquí completamente sola?

—No, tengo un inquilino. Es decir, lo heredé junto con la casa.

Fueron a la cocina.

—Marc, este es Ben. Ben, este es Marc, mi inquilino. También es una especie de conserje, cocinero...

—Esclavo doméstico —la interrumpió Marc.

Julie notó que Ben examinaba a Marc.

Lo llevó aparte y le mostró la sala de estar.

—Oye, ¿hubo algo entre vosotros dos? —preguntó Ben.

Julie se rio. —¿Es una broma? Es mi inquilino.

—Perdona, es que parecéis muy cercanos.

—Lo somos inevitablemente porque compartimos la cocina y el baño.

Los hombres son tan territoriales, pensó Julie. *¿De verdad cree que Marc y yo podríamos tener algo? ¡Ja!*

El timbre volvió a sonar. Julie se alegró de tener la oportunidad de interrumpir la conversación en ese punto.

—Marion. Qué alegría que hayas venido —dijo al abrir la puerta principal.

Marion era una vieja amiga del colegio con la que se había reencontrado por casualidad en el *Naturwunder*. Allí habían entablado conversación. Marion tenía la misma edad que Julie, tenía unos kilos de más, pero le sentaban muy bien. Sobre todo, tenía un rostro hermoso que irradiaba calma. Marion se había quedado en la ciudad del Neckar después de su formación. Llevaba una túnica larga y ancha con leggings debajo.

Es tan guapa, pensó Julie. *Podría ser realmente algo para Marc.*

Y por fin se libraría de su inquilino si Marion se lo llevaba. Aunque últimamente se había vuelto bastante tratable, ella quería elegir con quién vivía.

Después de que Marion le contara tristemente sobre sus años de soltería durante una de sus últimas visitas al café, Julie había desarrollado esta idea.

Con una sonrisa pícara, recordó su encuentro en el *Naturwunder*.

—Bueno, tengo un inquilino que también está soltero —le había contado Julie a Marion en un momento tranquilo.

—¿Y por qué no te lo quedas tú? —respondió con desconfianza.

—Una relación con el inquilino nunca es buena, además somos muy diferentes. Está muy guapo. Incluso fue modelo una vez.

—¿Y por qué no tiene novia? ¿Es gay?

—Bueno, tuvo un accidente y perdió una pierna.

Eso no pareció asustar a Marion. Como enfermera, seguramente había visto cosas peores.

—Bueno, se parece un poco a Colin Farrell.

—¿Quién es Colin Farrell?

Julie recordó que a Marion nunca le había entusiasmado mucho el cine. Por suerte, Sylvie estaba presente y buscó el nombre en su smartphone.

—Este Colin Farrell está para comérselo. ¿Y qué importa una pierna? Lo importante es que funcionen las otras partes del cuerpo —dijo Sylvie.

Hoy Marion se había arreglado de verdad. Parecía haber ido a la peluquería, llevaba el pelo corto teñido de rojo y un maquillaje perfecto. Ella también echó un vistazo a la casa.

—Gracias por la invitación. La casa es realmente bonita.

—Gracias.

—Estoy bastante nerviosa —le susurró Marion.

—Qué va, no tienes por qué estarlo, estás genial, además he invitado a Ben, mi cita.

Marion respiró hondo. Cuando llegaron a la cocina, Marc seguía ocupado cocinando.

—Marion, este es Marc, mi compañero de piso, y este es Ben.

Todos se saludaron y Julie notó que Marion examinaba a Marc de arriba abajo.

—Cenaremos en la cocina porque aquí está la única mesa de la casa —explicó Julie.

Marc parecía incómodo con la situación, así que apenas hablaba, se concentraba en cocinar como si se tratara de un trasplante de hígado.

—¿Y tú eres amiga de Julie? —comenzó Ben la charla.

—Sí, nos conocemos desde hace mucho tiempo, aunque nos perdimos de vista y ahora estoy en su casa.

—¡La cabaña es impresionante! —comentó Ben.

—¡Esto no es una cabaña! —dijo Marc sin levantar la vista de su asado.

—Era una broma —explicó Ben.

Julie intervino. —En cierto modo es una cabaña, solo que algo más grande.

Ben y Marion sonrieron. Su conversación fue fluyendo. Julie ofreció bebidas a todos. Los demás aceptaron encantados un Hugo, solo Marc se quedó con un zumo con agua.

Se sentaron.

—Me encanta el Hugo —dijo Marion.

—Para mi gusto es un poco dulce, pero si anima el ambiente —opinó Ben.

Entonces Marion susurró. —No se parece necesariamente a Colin Farrell, pero no está mal, nada mal.

—Te lo dije —sonrió Julie. Simplemente tenía un don para formar relaciones. También había presentado a su ex novio Tim con su actual esposa Simone. Ella había sido una agradable compañera de trabajo. Aunque eso no había sido realmente intencional, pensó Julie.

Estaba sentada al lado de Ben, y Marc al lado de Marion en los lados largos de la mesa.

—¿Y a qué te dedicas, Marion? —preguntó Ben.

Ella habló sobre su trabajo como enfermera.

—Yo también trabajé una vez en un hospital —explicó Julie—. Durante mi año de voluntariado social. Bañaba, cambiaba y pesaba a los bebés poco después de nacer. Fue bastante agradable, pero al final decidí no seguir ese camino.

—Tienes que imaginarte a Julie un poco como Leonardo DiCaprio en *Atrápame si puedes* —le explicó Marc a Ben.

Este sonrió. —¿Por qué?

—Cada año tiene una profesión diferente.

—¿Ah, sí?

—Eso no es cierto —protestó Julie.

—No me sorprendería si en algún lugar también hubiera trabajado como cirujana.

Marc se rio.

¿Se estaba vengando porque ella había concertado una cita en contra de su voluntad? ¿Quería ahora arruinar su cita? Bueno, si quería pelea, la tendría. Ella le endosaría a Marion, por mucho que se resistiera. Esta misma noche estaría en sus brazos y no podría liberarse de sus garras. Y antes de que se diera cuenta, ella se lo llevaría a su casa, él se mudaría con ella y Julie tendría finalmente la casa para ella sola.

—La comida está excelente —dijo Marion.

—Sí, Marion, Marc es un cocinero dotado —elogió Julie sus virtudes.

Marion sonrió cortésmente.

—Ella exagera otra vez —Marc hizo un gesto con la mano—. Me gustaría poder decir que tú también eres una cocinera dotada, pero desafortunadamente sería mentira. Así que Ben, supongo que tendrás que encargarte de cocinar y hornear.

Ben sonrió inseguro.

Sin embargo, no se dejó desanimar completamente por los toscos comentarios de Marc, sino que cambió de tema y contó algo sobre su trabajo como informático. Pero fue interrumpido repetidamente por las pullas mutuas entre Marc y Julie. Julie notó con irritación que Ben y Marion se miraban con frecuencia e incluso se sonreían. Alrededor de las diez, después de haber vaciado dos botellas de vino, Marion anunció que debía marcharse.

—¿Tan pronto? Todavía es temprano. ¿No dijiste que mañana tenías el día libre? —intentó Julie convencerla de que se quedara.

—No, tengo que irme. El último autobús sale en quince minutos.

—Puedo llevarte —ofreció Ben espontáneamente.

—Oh, no es necesario.

—No, no hay problema. ¿Adónde tienes que ir? —preguntó Ben sonriendo.

—A Wieblingen, normalmente voy en bicicleta.

—Sí, en bicicleta... yo también voy siempre en bicicleta —explicó Ben.

—Hay una tienda fantástica de bicicletas en Ladenburg —dijo Marion.

—¿Sí? Oh, tienes que darme la dirección, necesito un asiento nuevo.

Con eso, los dos comenzaron a hablar animadamente sobre bicicletas. Julie y Marc se miraron.

Si las miradas mataran, pensó Julie, su compañero de piso sería ahora un pollo asado.

Marion y Ben se despidieron pocos minutos después.

—Pero si te lleva en coche, podéis quedaros un poco más —hizo Julie un último intento a medias para retenerlos. Pero sin éxito: Marion incluso se cogió del brazo de Ben mientras bajaban sonriendo los escalones del jardín delantero y desaparecían juntos en la noche.

—Lo has hecho a propósito —siseó Julie a Marc después de cerrar la puerta principal.

—¿El qué? —Se encogió de hombros—. Los dos hacen una pareja perfecta. Creo que deberíamos abrir juntos una agencia matrimonial. Así tendrías algo nuevo para tu currículum.

—Muy gracioso.

—Oye, ¿por qué estás tan molesta? Yo soy el que estuvo dos horas en la cocina, el que se cortó el pelo y se afeitó solo para que ellos tuvieran la cena perfecta.

Marc le sonrió ahora, tan encantador que la ira de Julie se disipó. ¿Cómo lo hacía? Un momento se comportaba como un imbécil y al siguiente era un buen chico. Uno al que Julie quería ayudar. No por ella, para que la casa quedara vacía, sino por él, para que volviera a la vida.

Respiró profundamente. Después de todo, él era el herido aquí, el decepcionado por el mundo.

—Ven, compré postre, nos olvidamos completamente porque estábamos tan ocupados viendo a las tortolitas —dijo Julie.

—No tendrías que haberlo comprado, ya pagaste por mi ropa...

—Oh, lo hice con gusto.

—Bueno, entonces —dijo él—. Pero entonces, para el postre, friego el suelo de tu habitación en la próxima limpieza general, así estamos en paz.

—Está bien, el pastel estaba a mitad de precio, es del día anterior.

—Sí, solo lo mejor para la cita —se burló Marc.

Se rieron. Por primera vez en la noche.

—Creo que ahora empieza un episodio de *El inspector Barnaby* —dijo Julie—. Prepararé un té de hierbas.

Luego se sentaron en el sofá, ella extendió la manta sobre ambos y vieron la serie policíaca mientras comían pastel.

—Gracias —dijo Marc en medio de la película.

—¿Por qué?

—Por permitirme participar en la vida...

Ella no pudo evitar sonreír. —De nada —respondió Julie.

—Me parece que te ves jodidamente sexy con ese vestido, no entiendo cómo ese tipo se largó con Marion —dijo Marc.

Ella lo miró. —Gracias. Tú también, por cierto.

Y entonces se dieron un beso, de manera casual, como si no fuera nada fuera de lo común. Solo cuando ella se echó hacia atrás, se dio cuenta de que esto no era normal entre inquilinos y propietarios. Ambos se sintieron incómodos. Se produjo un silencio embarazoso y se esforzaron por pensar cómo salir de esta situación. Se aclararon la garganta e intentaron olvidar el momento con más silencio.

—Eh, lo de recién —balbuceó Julie.

—¿A qué te refieres? —preguntó Marc, también avergonzado.

—Ah, olvidémoslo.

Julie miró hacia el televisor. En la pantalla, el inspector Barnaby investigaba un asesinato en

un pueblo idílico. Julie se dio cuenta de que ya no estaba molesta por la cita fallida con Ben. Estar sentada aquí en el sofá con Marc, con una taza de té caliente en la mano, mientras se emitía una agradable serie policíaca, se sentía tan bien, tan adecuado. El pequeño desliz de hace un momento, lo reprimió. Pero notó que cada vez tenía más sueño. Ya no se enteraba de nada de la trama.

16

Cuando Julie abrió los ojos, estaba acostada en el sofá cubierta con una manta. Escuchaba a Marc trajinando en la cocina.

Le dolía la cabeza. ¿Sería posible que ella hubiera bebido la mayor parte del vino?

Apenas eran las siete de la mañana. Pasó por delante de la cocina y miró a través de la puerta abierta. Marc estaba preparando tostadas. Lo observó.

Todo esto es una locura, pero de alguna manera se siente bien, pensó más tarde mientras desayunaban juntos.

A lo largo del día, Marion pasó por el *Naturwunder*.

—¿Y cómo te fue anoche? —preguntó Julie.

—Ah, no voy a andarme con rodeos. Marc es un tipo genial, pero demasiado complicado para mí.

—¿Qué tiene de complicado, por favor?

Marion lo pensó un momento y luego dijo:

—Es demasiado misterioso para mí.

—¿Eh? ¿Y Ben era mucho menos genial y complicado? Él era *mi* cita.

—Solo charlamos amistosamente. Lo mejor será que llames a Ben y aclares las cosas con él.

—¿Qué se supone que debo aclarar con él?

—Lo de la cita —dijo Marion. Sonaba algo avergonzada.

—Hm. Una quiere ayudar, ¿y qué obtiene a cambio? —se indignó Julie.

—De verdad que no era mi intención, pero contigo y Marc uno tiene la sensación de que todos los demás sobran, se complementan tan bien.

—Sylvie, ¿puedes atender a la señora, por favor? No me encuentro muy bien —le dijo Julie a su compañera. Luego salió de la tienda dejando a Marion perpleja. Furiosa, llamó a Ben.

—Ah, eres tú.

Sonaba sorprendido.

—¡Sorpresa! Quería saber si te gustaría volver a quedar conmigo, quizás mejor solo nosotros dos.

—Julie, eres una mujer estupenda, demasiado estupenda para mí.

—¿Qué clase de rechazo es ese? ¿Te has puesto de acuerdo con Marion?

—No, no, pero Marion encaja mejor conmigo. Es el tipo de mujer con la que puedo ser yo mismo.

—¿Y conmigo no podrías serlo?

—Bueno, probablemente en algún momento me dejarías plantado.

—¿Cómo dices?

—Julie, no entiendo por qué te pones así... si no pegamos nada.

—¡¿Cómo puedes saberlo?! —preguntó ella acaloradamente.

—Se nota. Además, creo que tu compañero de piso te va mucho mejor.

—Gracias —respondió ella irónicamente.

—Lo digo en serio. Ya parecéis un matrimonio.

—No tengo por qué aguantar semejante descaro.

Colgó.

Después de calmarse, Julie volvió al café y se disculpó con Marion por haberla dejado plantada. Julie dejó que la razón se impusiera y le aseguró a su compañera de clase que estaba bien si seguía viendo a Ben. Marion estaba encantada.

Julie intentó tragarse su rabia. ¿Por qué todo el mundo quería entrometerse en su vida y decirle qué era lo mejor para ella y quién le convenía o no?

Por la noche, le contó a Marc lo sucedido. Él se rio.

—Te lo dije. Por eso he renunciado a las mujeres. Las relaciones no son para almas atormentadas como nosotros.

—¿Quién está atormentado aquí? —preguntó Julie irritada.

—Al menos tu ex cita piensa que eres genial, y tu amiga cree que soy misterioso —respondió Marc encogiéndose de hombros.

—Debe de haber visto demasiados romances de vampiros —murmuró Julie.

Después de cenar, se sentaron juntos en el sofá, como todas las noches. Él leía una revista y ella hojeaba un libro.

Tras unos minutos de silencio, de repente dijo:

—Tu abuela estaba muy triste por no haberte conocido nunca.

Julie lo miró confundida.

—Me contó que tuvo que dar en adopción a su hija porque no estaba en condiciones de cuidarla —continuó—. Quería ofrecerle una vida mejor. Pero tenía que encontrar trabajo. Y en aquella época, una madre soltera y menor de edad no tenía ninguna oportunidad en el mercado laboral. En aquel entonces no se era adulto hasta los 21 años, y ella solo tenía 17 cuando nació tu madre.

A Julie se le saltaron las lágrimas. Las palabras de Marc la conmovieron profundamente.

—Mi madre lo veía de otra manera, por lo visto. Me habría encantado conocer a mi abuela.

—Aun así, Anna-Maria no estaba enfadada con tu madre, lo entendía.

—Me gustaría tanto poder hacer algo por ella, pero ya es demasiado tarde.

Marc parecía bastante perdido ante este arrebato emocional.

—¿Quieres que veamos algo divertido? —interrumpió el incómodo silencio.

—¿Cómo dices? —preguntó Julie, con las lágrimas aún corriendo por sus mejillas.

—Solo digo. Para que te distraigas.

Julie negó con la cabeza.

—Estoy muy triste porque me cuentas sobre mi abuela, a quien tú conociste mejor que yo, ¿y quieres que vea algo divertido?

—A mí a veces me ayuda —dijo él.

Julie se encogió de hombros y él encendió la televisión. En ZDF estaban poniendo una comedia.

—¿Alguna vez tuvo una vida feliz? —preguntó Julie.

—Al menos vio mucho mundo.

—Gracias —murmuró Julie.

—¿Por qué? —preguntó él.

Por contarme sobre mi abuela, pensó Julie, pero guardó silencio.

—¿Ya has leído todo el diario? —preguntó él.

—Todavía no —admitió Julie—. No hay nada que me interese más, pero aun así me resulta difícil leerlo. No sé... Mi vida se siente como un rompecabezas en el que se han perdido algunas piezas y ya no se pueden encontrar.

Marc asintió. Julie le estaba agradecida de que se abstuviera de hacer más comentarios. Le reconfortaba que no le dijera que estaba loca o algo parecido. Últimamente, cada vez que tomaba el diario en sus manos, lo dejaba a un lado poco después sin abrirlo.

—Tu abuela era una mujer maravillosa. Y tú te pareces mucho a ella. Te pareces a Anna-Maria. Sobre todo cuando uno mira las fotos de su juventud —dijo Marc mientras se levantaba y se dirigía a su habitación.

Estas palabras le calentaron el corazón a Julie.

Esa noche, abrió el cajón de la mesita de noche y sacó de nuevo el delgado cuaderno. Lo sostuvo en sus manos por un momento, pensativa. Entonces decidió ir al jardín de los limoneros.

Julie bajó lentamente las escaleras hasta la planta baja y entró en el invernadero. Los limones brillaban dorados y jugosos incluso bajo la luz de la bombilla. Julie deambuló por la habitación, dejando que sus dedos se deslizaran sobre las hojas de los pequeños árboles. Luego se sentó en el banco de madera. Se imaginó que Anna-Maria siempre se había sentado aquí, justo como ella ahora, dejando vagar sus pensamientos.

Julie abrió las páginas, buscó el lugar donde se había quedado y comenzó a leer.

17

VIERNES, 4 DE SEPTIEMBRE DE 1944

¿Le habré entendido correctamente? ¿Le gusto tanto como él a mí?

La noche después de nuestra última conversación, no me costó hacer las tareas del hogar. Más tarde, cuando me retiré a mi habitación, practiqué francés con ahínco.

Si tan solo pudiera averiguar de alguna manera si Jean también siente algo por mí.

En la escuela ahora somos cincuenta niños, en lugar de los quince que éramos antes. El aula está a reventar. Me resulta muy difícil concentrarme en matemáticas y alemán. Cada minuto tengo que pensar en él. Cuando recuerdo cómo habla alemán, se me pone la piel de gallina. Amo todo de este francés. Mis amigas de repente me parecen tan infantiles cuando hablan de los chicos del pueblo. Soy un año mayor que la mayoría porque estuve enferma casi un año cuando era niña, pero no creo que sea por eso. He conocido el amor verdadero y ellas solo tienen enamoramientos.

Durante los recreos, lo que más me gusta es pasear. Mis amigas piensan que estoy tan pensativa por mi padre y mi hermano. Me dejan en paz. Ya no puedo reírme de las bromas escolares. Lo peor es en el BDM, la Liga de Muchachas Alemanas. Es la subdivisión de las Juventudes Hitlerianas para chicas, a la que nos envían a todas a partir de los catorce años. Todo el tiempo incitan el odio contra los extranjeros. Antes no lo notaba tanto. Pero justo hoy han hablado despectivamente de Francia. Me ha dolido mucho. Espero que nadie lo haya notado.

Después de la escuela, Helene preguntó: —¿Te gustaría venir a nuestra casa más tarde?

—No, tengo que ayudar a mi madre —respondí.

Esa es mi excusa para todo en este momento. Aunque mi madre insiste en que siempre asista diligentemente al BDM, es una carga para mí.

Me alegré tanto cuando finalmente llegué a casa. Primero hice mis tareas y luego ayudé en la cocina de inmediato. Incluso horneé una trenza de masa dulce. Espero que le guste. Cuando estuve segura de que mi madre y los demás se habían ido a ayudar con la cosecha a casa de los vecinos, me atreví a ir al establo. Jean siempre atiende primero a los animales antes de ir al campo.

Me acerqué con cautela. Pero el establo estaba vacío. Los animales estaban afuera. Decepcionada, estaba a punto de salir cuando vi que él salía de detrás de una bala de paja.

—Mademoiselle Anna, ¿cómo está usted?

Me sonrojé de inmediato.

—Bien —susurré.

—¿Ha comenzado la escuela? —preguntó. Su alemán ha mejorado mucho. Me encanta su acento francés.

—Sí.

—¿Es divertida?

—Más o menos —respondí sin atreverme a mirarlo a los ojos.

—¿Por qué?

—Ay, todos son muy infantiles y siempre se trata del Führer.

Él asintió. —En nuestra universidad también se ha vuelto cada vez más difícil. Desde que los alemanes tomaron el control de nuestra ciudad, solo ha empeorado. Algunos de mis compañeros huyeron a tiempo a las montañas, probablemente a la Resistencia.

—Resistencia. ¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Luchan por su cuenta contra los alemanes. Pero yo no podía dejar sola a mi madre enferma. Luego fue demasiado tarde. En febrero vinieron a la universidad y simplemente se llevaron a todos los hombres jóvenes y nos trajeron a un campo de trabajo en Alemania. Hasta que me trasladaron aquí.

Guardó silencio por un momento. Pero luego sonrió de nuevo. —Eres una mademoiselle inteligente, hermosa Anna. Eres lista y además bonita. Seguramente tienes muchos admiradores.

Me reí nerviosamente. —No, no tengo admiradores. Mamá los ahuyentaría a todos.

—Tiene razón —dijo Jean—. ¿Qué aprenden sobre el Führer?

—Ah, lo mismo cada año. Siempre tenemos que escribir un ensayo sobre su vida. Ya me lo sé de memoria.

—¿A ti también te gusta el Führer? —preguntó con sarcasmo.

No sabía qué decir.

—Si quieres, puedo contarte algunos secretos —dijo.

Asentí. Creo que notó que estaba insegura. Entonces tocó mi mejilla.

—Tú no eres mala —dijo Jean.

—¿Qué quieres decir con eso?

Me sentí culpable. Él lo notó y luego me dio un pequeño beso en la mejilla.

—En otro mundo, te diría que me he enamorado. Pero debemos seguir trabajando. Si alguien nos ve, podría terminar mal para mí y tal vez también para ti.

No sabía si llorar o saltar de alegría. Los demás acababan de regresar a casa de la granja vecina. Los oía afuera. Me envió fuera del establo y corrí al encuentro de mi madre.

—Hola, mami.

—¿Ya terminaste con las tareas de la casa? —preguntó ocupada.

—Sí, incluso horneé una trenza de mantequilla.

—Niña, no seas tan derrochadora con los alimentos.

—Solo quería darte una alegría.

Me avergoncé porque le mentía, ya que sabía que no estaba siendo completamente honesta. En realidad, había hecho el pastel para Jean. Cuando amasé la masa, tuve dificultades para concentrarme. Había que hacerlo todo bien para que subiera y quedara esponjoso. Pero mis pensamientos se desviaban constantemente hacia Jean. Al final, había que entrelazar tres rollos de masa para formar una bonita trenza. Creo que, a pesar de todo, el pastel me salió bien.

Mi madre me acarició la mejilla.

—Perdona, hija, está bien.

Mi madre ha envejecido años desde que papá y ahora también Albert se fueron. Siempre fue una mujer hermosa, pero ahora tiene muchas arrugas en el rostro. Apenas se ríe. Solo de vez en cuando, por ejemplo, cuando Jean pronuncia algo mal.

Durante la cena, solo éramos tres: Jean, madre y yo. Los demás comían en la granja vecina.

—Es un buen pastel —elogió Jean.

—Lo he horneado yo. Pero en realidad, mamá hace la mejor trenza de mantequilla del mundo —dije, y mi madre sonrió.

Él tomó un trozo del pan de levadura y olió la corteza dorada.

—Y huele realmente maravilloso —dijo.

—En nuestra casa siempre lo tenemos los domingos —expliqué.

—Mi madre siempre hacía tarta de limón —contó él.

—¿Qué es eso? —preguntó mi madre.

—Un pastel de limón. Tenemos muchos limones en el jardín —dijo con entusiasmo.

El rostro de mi madre se iluminó. Quizás le parecía tan emocionante como a mí escuchar sobre su tierra natal, donde crecían frutas exóticas, no solo ciruelas y manzanas. Pero la conversación se interrumpió antes de que ella pudiera preguntar algo más. Alguien llamó a la puerta. Era Herbert, la mano derecha del alcalde. Tiene más o menos la edad de Jean, unos veinticincos años, pelo muy corto y es muy alto. Herbert ha sido nombrado recientemente líder de los agricultores locales. Ahora puede controlar a los agricultores aquí en el pueblo y decidir quién recibe cuántos trabajadores forzados, o quién debe entregar qué cantidad de su cosecha para abastecer al ejército y a la población urbana. Desde entonces, siempre pasea por el pueblo con su uniforme marrón. Creo que muchos agricultores del lugar ahora le tienen miedo, porque podría denunciarlos en cualquier momento.

Mi madre lo invitó a entrar.

—Herbert, ¿qué te trae por aquí?

—Quería ver cómo estaban y cómo se desempeña el prisionero.

—Es trabajador. No es un agricultor, pero es trabajador.

Herbert entró y me saludó.

—¿Es esta Anna?

Asentí.

—¡Se ha convertido en toda una mujer!

Sonreí. Mi madre lo observó detenidamente.

—Cómo pasa el tiempo —dijo Herbert. Sonriendo, sacudió la cabeza—. ¿Han tenido noticias de Albert y tu marido? —preguntó luego.

Mi madre negó con la cabeza. —¿Puedes hacer algo al respecto? —preguntó ella.

—Lamentablemente no. Todavía no.

Luego me miró de nuevo. Jean ya se había levantado e indicó a mi madre que iba a ver a los animales. Ella asintió.

—¿Él come con ustedes?

Herbert lo siguió con la mirada.

—¿Dónde más va a comer? ¿Con los animales? Somos una casa cristiana —respondió mamá. Se lo agradecí mucho.

La mirada de Herbert volvió a mí. —¿Cuántos años tienes ahora? —me preguntó.

—Dieciséis —respondí de mala gana.

Mis mejores amigas están enamoradas de Herbert, es alto, fuerte y tan orgulloso. Pero a mí

me pareció muy descarado. Creo que mi madre pensaba lo mismo, pero se contuvo. Ni de lejos era un caballero refinado como Jean. Jamás me casaré con él, eso lo tengo decidido. Pero me temo que ha puesto sus ojos en mí, porque se quedó un rato más con nosotros e intentó entablar una conversación conmigo. Debo evitarlo a toda costa en los próximos días.

¿O debería coquetear con él para que mamá no se dé cuenta de que estoy enamorada de Jean?

18

Cuando Julie despertó por la mañana, sus pensamientos seguían girando en torno a su abuela.

Había hecho cálculos. Su madre Elisabeth había nacido en 1945, poco después del final de la guerra. El padre era desconocido. ¿Podría ser este Jean? ¿O acaso era Herbert? Esta idea no le gustaba nada a Julie. Incluso hojeó hasta el final del diario, pero las entradas terminaban en octubre de 1944 y Julie se quedó sin respuestas.

¿Qué habría sido de Jean después de la guerra? Se imaginaba que era su abuelo, un anciano sabio con una boina, que caminaba apoyado en un bastón y le sonreía en sus pensamientos.

Julie bajó a la planta baja. Encontró a Marc en el jardín de limoneros. Estaba regando una maceta tras otra. Julie encontraba asombroso lo cariñoso y cuidadoso que era en su tarea. Ella nunca habría podido concentrarse tanto en un trabajo.

—Señor jardinero, ¿todo crece y prospera? —preguntó ella para hacerse notar.

—Siempre me parece increíble cómo de las semillas nacen pequeñas plantas. Mira, de un núcleo así surge un arbolito que da frutos. Fascinante.

Ella lo miró y sonrió. *De alguna manera es bastante dulce,* pensó.

—Oye, ¿tienes más diarios? —le preguntó entonces directamente.

Él negó con la cabeza.

—¿Ya has terminado el libro? —preguntó él.

—Es tan emocionante. Apenas me atrevo a seguir leyendo.

—La emoción es buena.

—No, odio la tensión. En una novela, siempre leo el final primero para poder leer el resto de la historia relajada.

—¿Qué? ¡Qué tontería! ¿Y para qué lees novelas entonces?

—Porque disfruto leyendo.

—No lo entiendo.

—Esta vez también hojeé hasta el final, pero termina antes de que Anna... Es decir, más de nueve meses antes del nacimiento de mi madre. Todavía tengo tantas preguntas sin respuesta. Incluso me imagino que este Jean podría ser mi abuelo. ¿Crees que estoy loca?

Marc se encogió de hombros. Pero luego le sonrió. —Quizás un poco. Pero el aura de loca de los gatos te sienta bien.

—Idiota —dijo ella y le dio un golpecito juguetón en el hombro—. ¿Sabes qué se me ha ocurrido? Tal vez este Jean aún viva. Entonces podríamos conocerlo.

Él la miró desconcertado. —Entonces seguramente ya tendría cien años.

—No, tonterías. He hecho cálculos. Si entonces tenía poco más de veinte años, ahora debería tener algo más de noventa. Hoy en día la gente vive cada vez más...

—Todo es posible —respondió Marc.

Julie apenas se atrevía a albergar esperanzas. Si pudiera localizar a este Jean, tal vez podría resolver las preguntas sobre su origen que tanto la atormentaban.

—Si tanto significa para ti, podemos buscarlo —dijo Marc—. Quizás pueda ayudarte.

—Gracias —dijo ella y lo abrazó.

—Vaya —dijo Marc, pero correspondió al abrazo.

Tal vez se había equivocado con él y en realidad era un buen tipo cuando no estaba sumido en su melancolía personal.

Luego sus pensamientos volvieron a Jean. *Lástima que nunca haya trabajado en una agencia de detectives,* pensó. Estaba tan emocionada. Sentía que de alguna manera necesitaba distraerse para no volverse loca.

—¿Te apetece ir a tomar un helado? —le preguntó espontáneamente.

—¿No hace un poco de frío hoy para eso?

—Bah, nunca hace demasiado frío para un helado. Además, hoy es domingo. Podríamos tomar el coche para ir a la ciudad.

Él lo pensó. —Está bien, vamos a tomar un helado, pero iremos en autobús.

—De acuerdo, tomaremos el autobús, pero en algún momento tendremos que abordar esta fobia al coche.

—Sí, doctora, pero antes deberías superar tu aracnofobia —respondió él.

—Oh, alguien conoce sus términos técnicos. Eso lo tienen todas las mujeres —replicó ella.

—¿Ah, todas las mujeres tienen miedo a las arañas?

—Bueno, entonces muchas, lo necesitamos para proteger a nuestra descendencia.

—Eres una sabelotodo —respondió él.

Julie reflexionó. En la escuela primaria siempre la habían insultado llamándola *empollona*. Al menos entonces tenía buenas notas y estaba motivada.

—Solo quiero ayudar —dijo entonces.

Él se echó a reír.

—¿Quizás debería ayudarte entonces a superar tu miedo a las arañas?

—Touché —se rindió Julie.

Se bajaron en Karlstor, una de las puertas históricas de la ciudad, y pasearon por las callejuelas del casco antiguo en dirección a la plaza del mercado. Poco antes del ayuntamiento, de repente oyeron una voz detrás de ellos.

—¡Hombre, Marc! ¿Eres tú? ¡No me lo puedo creer, eres tú! ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—¿Christian? —preguntó Marc sorprendido.

Un tipo de la edad de Marc con una camisa polo y una gran cámara de fotos colgada al cuello se acercó a ellos. A su lado caminaban una mujer y dos niñas pequeñas.

Se presentaron mutuamente. Resultó que Christian era un viejo amigo de Marc de su pueblo natal, que más tarde había estudiado deporte con él.

—¿Estás aquí también de turismo? —preguntó Christian.

—Eh, no, vivo aquí.

—¡Vaya, genial! Cuánto tiempo sin vernos, tío. Desapareciste completamente en aquel entonces. Nos preocupamos de verdad por ti.

—Bah, no es para tanto —respondió Marc haciendo un gesto despectivo con la mano, como si quisiera borrar todas las preocupaciones del mundo—. Estoy bien. ¿Y tú? Querías hacer algo

relacionado con el marketing deportivo, ¿no?

—Sí, no te lo vas a creer. He vuelto a mi tierra natal y trabajo para Bockmüller.

Marc lo miró desconcertado.

—¿Ese fabricante de sillas de ruedas?

—¡Fabricante de sillas de ruedas se queda corto! Somos la segunda empresa más grande del mundo en soluciones de movilidad para personas con discapacidad motriz. ¡Es alta tecnología hecha en Alemania! ¿Tienes idea de lo enorme que es este mercado? Solo en Alemania hay 1,4 millones de usuarios de sillas de ruedas. Y, por supuesto, también fabricamos prótesis.

—Pero ¿cómo acabaste ahí? —preguntó Marc—. ¿Qué pasó con el deporte?

—Precisamente por eso me fui a Bockmüller. Patrocinamos anualmente el deporte paralímpico alemán con tres millones de euros. Entre otras cosas, soy responsable de la selección nacional alemana en silla de ruedas. ¿No viste cómo arrasamos en los últimos Juegos Paralímpicos de Londres?

Marc miraba a su viejo amigo cada vez más confundido. A Julie casi le pareció que su compañero de piso escuchaba por primera vez que las personas con discapacidad también tenían una vida y podían practicar deportes. ¡Esta excursión al mundo real definitivamente había valido la pena!

—Oye, por cierto, ¿qué hay de ti, Marc? —preguntó Christian ahora.

—¿De mí?

—¿Estás afiliado a alguna federación? Los deportistas con prótesis no son mi área, pero hasta donde sé, mis colegas están buscando más atletas en este segmento, desde que la atención a Heinrich Popow disparó nuestras ventas.

Marc negó con la cabeza.

—¿Me estás tomando el pelo? —preguntó Christian—. ¿Tú, el súper atleta? ¡Eras el corredor con más talento de toda la universidad! Toma, esta es mi tarjeta. —Le entregó a Marc su tarjeta de visita—. Contáctame cuando quieras y puedo ponerte en contacto con alguien.

Marc agradeció con reserva. Se desearon un buen día, se despidieron y siguieron su camino.

—Vaya —comentó Julie cuando estuvieron fuera de la vista—. Estoy saliendo con una verdadera celebridad deportiva. Sonaba genial. ¿Por qué pones esa cara tan seria? Quizás podríamos encontrar un club deportivo donde puedas entrenar. Podemos buscar en internet más tarde. ¿Cuándo vas a llamar a tu amigo?

—Nunca —respondió Marc secamente.

Pero al menos se guardó la tarjeta en lugar de tirarla de inmediato.

—Vamos, no hablemos más de esto —pidió Marc.

—Está bien.

Se sentaron en la heladería frente a la Iglesia del Espíritu Santo. La plaza del mercado frente a ellos estaba llena de grupos de turistas americanos y japoneses.

—No entiendo todo este revuelo por Heidelberg —comentó Marc.

—A mí me parece bonito aquí —discrepó Julie.

La camarera se acercó para tomar el pedido. Era una italiana pequeña y delicada con largo cabello negro y grandes ojos oscuros.

—Buenas tardes, ¿qué desean tomar?

—Yo tomaré un café helado —dijo Julie.

—Yo un helado espagueti —dijo Marc.

Julie notó que la camarera miraba a Marc durante un tiempo inusualmente largo.

—Creo que le gustas —susurró cuando la italiana se fue.

—¿Quién?

—La camarera. ¿No te diste cuenta de cómo te miraba?

—¿Tú crees?

Se dio la vuelta y miró a la mujer alejarse.

—Ya veremos si todavía le parezco genial cuando vea que soy el Capitán Unipierna.

Julie se rio. Luego fue al baño. Cuando regresó, el helado ya estaba en la mesa.

—¿Y?

—El helado aquí está realmente delicioso.

—Es cierto, ¿sabías que el helado espagueti fue inventado aquí cerca, en Mannheim?

—¿En serio?

—¿Cómo se le ocurren a la gente estas ideas?

Charlaron un rato más sobre helados y comida. Y Marc le contó por primera vez la historia de cómo había conocido a Anna-Maria.

—Después de mi rehabilitación en Heidelberg, viví unos años en un piso compartido, pero en ese momento se estaba disolviendo y no sabía dónde iba a vivir. No tenía trabajo, ni dinero, en realidad no tenía ningún plan para mi vida. Un día estaba sentado en un banco cerca de aquí, a orillas del Neckar. Anna-Maria simplemente se me acercó y me habló. Inmediatamente vio lo que estaba pasando conmigo. Creo que se identificaba bien con mi desorientación.

—¿Y entonces te invitó a vivir con ella?

—No de inmediato, pero me invitó a visitarla. Le había contado que me gustaba pintar, y me pidió que pintara el cuadro del pasillo para ella. Creo que primero quería comprobar qué tipo de persona era yo. Y luego me ofreció trabajar como jardinero y pintor para ella a cambio de vivir gratis en su casa. Creo que si no hubiera sido bueno en jardinería y pintura, habría encontrado alguna otra cosa que pudiera hacer a cambio. Ella sabía que el trabajo me haría bien y las limosnas no.

—¡Vaya! —dijo Julie. Admiraba a su abuela, que había acogido a un extraño simplemente porque necesitaba ayuda. E incluso había encontrado formas de que él no se sintiera herido en su orgullo al aceptar la ayuda. Y al final, se había convertido en una verdadera amistad.

Cuando estaban de nuevo en el autobús, Marc dijo casualmente:

—Ah, sí, mañana tengo una cita con la camarera guapa.

—¿Qué? Eres un sinvergüenza. ¿Por qué no dijiste nada?

—Un caballero no tiene memoria.

Le dio un puñetazo en el hombro y él sonrió para sí mismo.

Al día siguiente, cuando Julie llegó del trabajo, la casa estaba vacía. Ah, sí, Marc tenía su primera cita. Todavía no podía creerlo del todo.

Julie había anhelado durante mucho tiempo estar sola en la casa para poder hacer todo lo que quisiera. Subió el volumen de la música, se quitó la ropa y se paseó solo en bragas y camiseta. Sacó un helado del congelador y comenzó a deambular por las habitaciones. También entró en la habitación de Marc para examinarla más de cerca. Estaba muy ordenada. La cama hecha, la estantería bien organizada. Cuando descubrió un pequeño álbum de fotos, no pudo resistirse y lo hojeó. En las fotos se veía a Marc con sus padres, luego había fotos escolares y muchas fotos de él practicando deportes. Realmente había sido muy atlético.

Suelta entre las páginas había otra foto de él. Pero la mitad estaba arrancada y faltaba, solo podía ver el brazo de una chica alrededor de su cintura. ¿Le había roto el corazón esta chica? En el reverso decía: *Marc y Lena para siempre*. Luego probablemente venía la fecha, pero solo podía distinguir el *15*, el resto probablemente había terminado en la basura.

Amor para siempre. Esa es una frase intensa, pensó.

¿Seguía amando a esta Lena?

Volvió a dejar el álbum a un lado. Julie se sentía incómoda registrando su habitación. De alguna manera no estaba bien. ¿Y qué pasaría si él volvía antes?

Fue a la cocina y pensó en qué podría cocinar. Pero de alguna manera no le apetecía comer sola. Además, se había acostumbrado tanto a las habilidades culinarias de Marc, ¿qué podría ofrecer ella en comparación? ¿Una cena de huevos fritos?

Así que solo comió un pan y se sentó en el sofá. De repente, la casa le pareció enormemente grande. Casi como si el fantasma de su abuela aún rondara por allí. Julie no se sentía cómoda. Empezó a leer un libro, pero no le gustó, luego encendió la televisión. Marc llegó a casa alrededor de las diez de la noche. Entró en la sala de estar donde ella estaba.

—¿Aún despierta?

—Ajá —dijo ella—. ¿Qué tal tu cita?

—Bien, a Stella no le importa esto... —dijo golpeando suavemente su prótesis de pierna—, fue realmente agradable. Esto podría funcionar.

—Me alegro por ti —dijo Julie y luego añadió—: Me voy a la cama ahora.

—Gracias de nuevo —dijo él cuando ella se levantó y se dirigió a la puerta.

Ella se dio la vuelta. —¿Por qué?

—Por animarme.

—De nada. Me alegro por ti —dijo ella. Pero se dio cuenta de que eso no era cierto. ¿Estaba celosa ahora porque él tenía una cita y ella se quedaba sola en casa? ¡Pero si eso era lo que había deseado!

19

En los días siguientes, se veían cada vez menos. Marc salía mucho con Stella y le gustaba contar lo que vivía con ella.

—Julie, quizás pronto tengas la casa para ti sola —dijo una noche.

Sin embargo, esa perspectiva ya no la hacía feliz en absoluto.

—¿Y qué hay de tu vida amorosa? —preguntó él de buen humor.

—Un vacío absoluto —respondió ella.

Él se rio. —Ya llegará.

—Claro. Oye, voy a ir a Stuttgart a visitar a mi madre este fin de semana. Tal vez ella sepa más sobre su verdadero padre y si se llamaba Jean.

—Buena suerte.

Julie hubiera esperado de alguna manera una reacción más fuerte de su parte. Pero Marc se fue a su habitación poco después y no hizo más preguntas.

La estancia con su madre fue agradable. Elisabeth trató brevemente de motivar a Julie para que volviera a estudiar, pero cuando su hija inmediatamente se enojó por "la misma cantaleta de siempre", dejó el tema. Sin embargo, Julie no tuvo suerte con su verdadero propósito. Cuando intentó preguntar por su abuelo materno, su madre la miró con una mirada gélida y cambió de tema inmediatamente. Julie no quiso presionarla más. En su lugar, salieron a caminar y fueron al cine juntas. Pero Julie notó que ni siquiera podía alegrarse realmente por esta convivencia inusualmente pacífica. Sus pensamientos giraban todo el tiempo alrededor de Marc.

Por la noche, su madre tenía una reunión con colegas de la universidad. Aunque invitó a su hija a acompañarla, Julie no tenía ganas de las habituales conversaciones entre filólogos. Cuando más tarde estaba sentada sola frente al televisor en la sala de estar de su madre, no pudo contenerse más. Espontáneamente llamó a Heidelberg.

Pasó una eternidad hasta que una voz contestó, una voz femenina que estaba completamente sin aliento: —¡¿Hola?! ¿Quién molesta?

¡Stella!, fue lo único que Julie pudo pensar y presionó impulsivamente *Finalizar llamada*. Se quedó paralizada en el sofá, pensando en lo que la joven y Marc podrían haber estado haciendo. Una voz tan excitada como la que acababa de tener la joven heladera al teléfono, seguramente no se conseguía tomando té y viendo documentales de animales.

Para distraerse, Julie sacó el diario de su abuela, que había traído consigo por capricho. Hoy era el día adecuado para leerlo.

JUEVES, 7 DE SEPTIEMBRE DE 1944

Nos vemos todos los días y cada vez nos tocamos, como por casualidad, al pasar. Sin decir nada. De vez en cuando incluso me atrevo a tomar su mano.

A veces cierro los ojos e imagino que vivimos en Francia o que nos casamos. Sueño que no hay guerra, que ya ha terminado y que somos pareja, y todos lo saben y todos se alegran. En nuestra boda, mamá, papá, Albi y todo el pueblo bailan con nosotros.

Jean suele ser mucho más cuidadoso que yo. Tan pronto como oye un ruido, suelta mi mano y se pone a trabajar en algo. Cada vez antes de ir a verlo, me aseguro de que no haya nadie y que nadie me siga. Me invento una excusa por si me pillan. Pero el anhelo de verlo y tomar su mano se hace cada vez más fuerte. En mis sueños, no solo tomo su mano, también me besa en la boca. Amo mis sueños. Hoy fui a verlo, pero apenas había tocado mi mano cuando oímos pasos. Era mi madre. Jean soltó mi mano inmediatamente y se ocupó de limpiar el establo.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó mamá.

Me di la vuelta. —Quería preguntarle a Jean si comerá con nosotros, para saber para cuántos tengo que poner la mesa.

Mi madre me miró seriamente. —Eso ya te lo diré yo.

Jean parecía no prestarnos atención. Estaba decepcionada, pero intenté no demostrarlo.

VIERNES, 8 DE SEPTIEMBRE DE 1944

Por suerte, mi madre estaba hoy en el pueblo. Volví antes de la escuela. Debido a la cosecha, los maestros nos habían dado el día libre, pero mamá no lo sabía, no se lo había dicho a propósito. Primero me aseguré de que realmente no hubiera nadie en la granja, luego corrí al establo. Pero Jean no estaba allí. Estaba muy decepcionada. Horneé un pan para distraerme, y tenía lágrimas en los ojos mientras lo hacía. Había estado tan ilusionada de estar a solas con él.

Entonces oí ruidos en el desván. Subí y vi que Jean estaba reparando el techo.

Mi corazón saltó de alegría.

—Hola. —Se dio la vuelta y sonrió.

Y entonces vino hacia mí y me besó. ¡Me besó de verdad! Hasta entonces, ni siquiera había imaginado lo que era *de verdad*.

—¿Nunca habías besado a un hombre? —preguntó cuando nuestros labios se separaron.

Bajé la cabeza, porque me sentía incómoda.

—No tienes que avergonzarte, no es nada malo.

Entonces me dio otro beso. Tuve que acostumbrarme. Sus besos se volvieron cada vez más impetuosos y me sentí un poco perdida. ¿Qué debía hacer? Incluso me resultaba un poco incómodo, pero nunca lo habría admitido. Pero entonces me soltó.

—Esto no está bien —dijo.

Me horroricé. —¿Es porque no sé besar?

Me miró con cariño. —No, claro que no. Pero soy un hombre.

No entendí lo que quería decir.

—Es demasiado peligroso —dijo.

Con tristeza, fui al gallinero y recogí los huevos. Mi madre, que ya había regresado, estaba por suerte tan ocupada con el trabajo que no se dio cuenta de nada.

~

A la mañana siguiente, Julie hizo sus maletas y regresó a Heidelberg un día antes de lo planeado. No habría podido explicar por qué tenía tanta prisa de repente. Solo sabía que no podía esperar ni un momento más.

¿Se había enamorado? No podía decirlo. Apenas había estacionado el viejo Citroën, notó cómo sus pasos se aceleraban a medida que se acercaba a la casa.

Pero, ¿y si Stella estaba en la casa? ¿Cómo debía manejar su presencia?

Julie abrió la puerta y llamó su nombre. No hubo respuesta. Llamó a la puerta de su habitación, pero no se atrevió a abrirla. En la cocina, vio que la segunda puerta de su habitación estaba entreabierta. Él no estaba dentro.

Pero entonces escuchó un golpeteo. Venía de afuera. Marc estaba reparando la caseta del jardín. Era como uno de esos viejos anuncios de televisión de refresco dietético. Llevaba unos vaqueros y una camiseta delgada empapada de sudor. No había notado a Julie y estaba absorto en su trabajo.

Julie lo observó y sintió cómo su corazón se aceleraba. No podía ser que de repente le gustara su desordenado compañero de piso. Pero lo que veía frente a ella no era para nada desordenado. Su abdomen marcado, que tanto les gustaba a la mayoría de las mujeres, se perfilaba claramente bajo la ajustada camiseta. Debía pasar mucho tiempo con sus pesas. ¿O era todo el trabajo en el jardín lo que lo mantenía en forma? A Julie nunca le había importado realmente un cuerpo musculoso y ninguno de sus novios anteriores había tenido un abdomen tan tonificado. Pero se veía realmente bien, tenía que admitirlo. Se sacudió para poner sus pensamientos en orden.

Julie, contrólate, no querrás seducir a tu inquilino, ¿verdad?, se reprendió a sí misma.

Volvió a entrar en la casa.

Además, tiene novia, se recordó.

Tomó su maleta de viaje y fue a su habitación. Desde la ventana, volvió a mirarlo.

Solo bajaré a saludar, pensó. *No quiero ser maleducada.*

Así que volvió a salir al jardín.

—Hola, compañera de piso —gritó él cuando la vio.

Al principio no sabían cómo saludarse, luego se abrazaron y Julie notó lo bien que se sentía. Le hubiera gustado no soltarlo. Y entonces simplemente lo hizo: se aferró a él y no lo soltó.

Primero solo lo miró. Como si primero quisiera obtener su aprobación. Luego lo besó. Él le devolvió el beso. Ahora era Marc quien la sujetaba. Su cabeza descansaba en el cuello de ella y respiraba su aroma.

Luego se besaron de nuevo. Hicieron una breve pausa, separaron sus rostros y se miraron, como para entender lo que estaba pasando.

—Normalmente no soy de las que se entrometen en una relación ajena —balbuceó ella.

Él sonrió: —¿Por Stella? Ah, eso ya es historia desde ayer.

Julie quería decir algo más, pero él no la dejó, sino que la besó de nuevo. Luego la levantó, la alzó en sus brazos y la llevó a la caseta del jardín.

—¿Qué pasa con tu pierna? —preguntó ella.

—No es de porcelana. Acero inoxidable, nena.

En la caseta del jardín había un sofá estrecho. También aquí había numerosos dibujos en las

paredes, probablemente de Marc.

—Esta es mi residencia de verano —dijo mientras la recostaba.

Se entendieron sin palabras. Marc se quitó la camiseta y ella su top. Luego tomó el rostro de ella entre sus manos.

—Eres hermosa —dijo.

Ella sonrió.

—Hermosa —repitió y le besó suavemente los párpados, la frente, la nariz y luego la boca. Julie sentía pequeñas descargas eléctricas cada vez. Cuando sus labios volvieron a tocar los de ella, lo abrazó con fuerza. Aunque le hubiera gustado lanzarse sobre él impetuosamente, quería disfrutar cada segundo.

Lentamente se quitó el resto de su ropa. Los zapatos, los pantalones y finalmente quedó desnuda frente a él. Notó cómo él vacilaba. Julie le abrió los zapatos y se los quitó del pie y la prótesis. Luego Marc se deshizo de sus pantalones. Se acostó a su lado y ella cerró los ojos y dejó que él repartiera pequeños besos por todo su cuerpo. Le pareció hermoso yacer en los cálidos brazos de este hombre.

Cuando abrió los ojos en un momento y lo miró, no pudo evitar sonreír.

—¿Pasa algo? —preguntó él.

—Si pienso que hace dos meses te golpeé con la sartén.

—Todavía siento el chichón.

Ella besó su cabeza, justo donde lo había golpeado con la sartén. Él la empujó suavemente de vuelta al sofá, se quitó la prótesis de la pierna y luego la tomó de nuevo en sus brazos. Los besos se volvieron más intensos y apasionados, hasta que finalmente se fundieron completamente el uno con el otro.

Más tarde, cuando todavía yacían estrechamente abrazados uno al lado del otro en el estrecho sofá y se miraban, ella preguntó: —Pero, ¿qué pasó con Stella?

—Ah, no mucho, salimos un par de veces. Bueno, y cuando tuve uno de mis momentos de estrés, simplemente no pudo manejarlo. Si nuestra discusión no hubiera sido interrumpida por una llamada telefónica, probablemente habría explotado todo. Exageré un poco todo el asunto con ella para llevarte a la cama.

Ella lo golpeó. —Tonto.

—Funcionó, ¿no? —dijo Marc y se rio.

—Y eso que era tan menuda y dulce.

—Pero tú puedes golpear mejor.

—Tonterías.

Marc se quedó pensativo.

—La Bella y la Bestia —dijo, y ella sonrió.

—A tu look de vagabundo le viene bien —respondió ella.

—¡Oye! —exclamó él con fingida indignación en la voz.

—¿Puedo mirar? —preguntó ella.

Él sabía a qué se refería y asintió. Ella examinó sus piernas detenidamente.

—Se ve un poco espeluznante, ¿no? —preguntó Marc.

—¡Es cierto! —respondió Julie—. Pero es mejor tener una pierna y un tercio que ninguna.

—No te pases de lista —dijo Marc. Le dio una palmadita en el trasero—. Pero tienes razón.

—Ven, vamos a comer algo. Tengo un hambre terrible.

—No, quédate aquí un rato más.

Se quedaron así acostados durante un buen rato sin hablar mucho. Solo se abrazaban. Desde

la pequeña ventana podían observar los pájaros en el gran cerezo. Julie estaba tan relajada que se quedó dormida.

Marc la despertó suavemente cuando su estómago empezó a rugir con fuerza.

Una vez de vuelta en la casa, él preparó una deliciosa tortilla. Mientras estaba en la cocina, ella se colocó a su lado. Se besaban una y otra vez.

Julie no solo había heredado una casa, también había encontrado el amor en ella. Apenas podía creer su suerte.

Pasó la noche con él. Después de hacer el amor, ambos durmieron profundamente. Marc también. Por primera vez en mucho tiempo.

—Ya había olvidado lo bueno que es tener sexo —dijo él cuando se despertaron—. Con la mujer más hermosa del mundo.

—Qué encantador eres.

Él la besó. Julie miró el reloj y exclamó asustada: —¡Tengo que ir al trabajo!

—Qué lástima —dijo él.

Durante todo el camino al café, Julie tenía una amplia sonrisa en los labios. Al llegar al *Naturwunder*, lo primero que dijo Sylvie fue: —Oh, parece que te han dado viento.

—¡Sylvie! —siseó Julie en tono de advertencia, pues había clientes en la tienda. Pero ellos no parecieron darse cuenta y Julie no podía dejar de sonreír.

—Sylvie tiene un sexto sentido para eso —dijo Kathie, que acababa de entrar desde la trastienda.

—Por supuesto, contigo también siempre lo he notado. ¿Y quién es el tío?

—¡Sylvie!

—Oh, Sylvie, Sylvie... sí, ese es mi nombre.

Julie se sonrojó un poco.

—No me digas... ¿Es el vagabundo?

Kathie y Sylvie se miraron y se rieron.

—Eres una picara. Te gustan los raros —comentó Sylvie.

—No, Sylvie, no es un *vagabundo*, y si lo fuera, se diría persona sin hogar... y de todos modos... el amor surge donde menos te lo esperas —replicó Julie.

—¡Ha! ¡Esta sí que ha caído bajo!

—Pero mira cómo brilla Julie —comentó Frank, el marido de Kathie, que también acababa de entrar.

—El amor es ciego —añadió ahora un cliente.

Todos lo miraron. Entonces entró Moritz, el hermano de Kathie. Miró a Julie.

—¡Ah, Julie, Julie! ¿Por qué brillas como una central nuclear? Mi ratoncita también brilla después de, ya sabes. —Le guiñó un ojo.

—El amor es algo hermoso —comentó otra clienta habitual.

Julie tenía la cara completamente roja.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —preguntó.

Cambiaron de tema, pero Sylvie seguía diciendo una y otra vez: —Julie, Julie, vaya con la mosquita muerta.

Así pasó el día, con pequeñas pullas de Sylvie, y Julie esperaba que pronto ocurriera algo que desviara la atención de ella. Entonces llamaron de la guardería a su compañera. Sus dos hijas tenían fiebre y Sylvie tenía que ir a recogerlas.

Menos mal, pensó Julie y se sintió un poco culpable. ¡Pobres niñas!

Aunque las horas pasaron rápido, apenas podía esperar para volver a ver a Marc. Pero cuando

llegó a casa, él no estaba. Lo buscó también en el jardín, pero parecía que realmente había salido.

Sin saber qué hacer, fue a su habitación. La mirada de Julie se posó en el diario de su abuela. Lo tomó y empezó a leer.

20

MARTES, 12 DE SEPTIEMBRE DE 1944

Mamá ha estado actuando de forma extraña estos últimos días. Siempre me mira de una manera peculiar.

Hoy de repente dijo: —Herbert quiere venir de visita mañana. Creo que le gustas.

—¡Pero si es demasiado mayor! —exclamé asustada.

—No es tan mayor. Tiene un buen trabajo y no tendrías que esforzarte tanto.

—Es arrogante —dije.

—Eso es cierto.

Después de la cena, me fui a mi habitación. No puedo dejar de pensar en Jean y en que nunca tendríamos un futuro juntos. Incluso mientras escribo estas líneas ahora, no puedo evitar llorar. Pero no puedo rendirme tan fácilmente. ¿Cómo puedo luchar por su afecto?



A Julie también le corrían algunas lágrimas por las mejillas. Dejó el libro a un lado y una vez más no pudo continuar leyendo. Pero quería desesperadamente saber si este Jean seguía vivo. ¿Qué había sido de él? Tenía que preguntarle a su madre si sabía algo. Durante su visita, había bloqueado todas las conversaciones, pero Julie quería intentarlo una vez más.

Sin pensarlo dos veces, fue al teléfono y llamó a Elisabeth.

—Hola Julie, ¿ya de vuelta en esa vieja casa? ¿Qué te parece?

—Bien, muy bien en realidad. Es muy bonita —dijo Julie.

—Siempre has sido una romántica —respondió su madre—. ¿Qué ocurre?

—Sé que no te gusta hablar de esto. Pero simplemente necesito saberlo:

¿Anna-Maria te habló alguna vez de un tal Jean? —preguntó Julie directamente.

Su madre respiró profundamente.

—No, no lo hizo. Como sabes, no teníamos contacto. Julie, ¿qué es esto? ¿Estás hurgando en las pertenencias de tu abuela? A nadie le interesan ya esas viejas historias.

—Solo quiero saber de dónde vengo.

—Ay, Julie. Ya sabes de dónde vienes. Es mejor que dejes el pasado en paz. Quién sabe si te gustará lo que descubras. ¿Alguna vez te has preguntado de dónde sacó tu abuela el dinero para esa casa que te dejó?

—¿Qué tiene eso que ver? —preguntó Julie.

—Quién sabe. Pero tu abuela llevó una verdadera vida de jet set, seguramente se relacionó con gente rica y de repente tiene una casa cara en Heidelberg. ¿No te parece extraño?

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que Anna-Maria se dejó mantener por algunos tipos ricos? —Julie se estaba enfadando de verdad. Le dolía cómo su madre hablaba de Anna-Maria.

—Ay, qué sé yo —dijo Elisabeth—. Solo digo que a veces es mejor no descubrir todos los secretos.

Julie guardó silencio. No sabía qué responder.

—Bueno, tengo algunas clases más —dijo su madre.

—Siempre lo mismo contigo, mamá —respondió Julie.

—Puedes venir a visitarme de nuevo si quieres —la invitó su madre.

—Sí, tal vez —respondió Julie.

Después de colgar, oyó que Marc entraba en la casa. Bajó a recibirlo a la planta baja y se abrazaron. Luego él la llevó a la cocina. Allí había un jarrón con flores preciosas.

—¿Son para mí?

Él asintió y ella saltó de alegría a sus brazos.

—Me gustaría averiguar quién es este Jean —dijo ella más tarde, mientras cenaban.

Marc la miró. —¿Cómo piensas hacerlo?

—No lo sé. Tenemos que averiguar más sobre él de alguna manera.

—Y si logras encontrarlo, ¿qué harás? ¿Simplemente te reunirás con él?

—¿Por qué no? Necesito saber qué pasa con este Jean. ¡Imagínate si es mi abuelo! Entonces podría hacerle algunas preguntas que este Monsieur ha estado evitando elegantemente hasta ahora. Por ejemplo, por qué dejó a mi abuela sola con un hijo. Qué piensa sobre el hecho de que ella tuvo que darlo en adopción. Realmente me gustaría saber cómo piensa disculparse por eso. Creo que se lo debo a mi abuela. Aunque ya no esté viva, me gustaría hacer algo bonito por ella —dijo, y su voz se volvió temblorosa.

—Espero que no te obsesiones con esto, Julie.

—Pero, ¿me apoyarías?

—Por supuesto. ¿Cómo podría negarte algo?

Ella lo abrazó y él la sostuvo con fuerza. Luego lo besó. Le encantaba estar en sus brazos.

Después de cenar, Julie se retiró al jardín de los limoneros durante unos minutos. Se sentó en el banco y se puso a pensar.

Cuando volvió a entrar, Marc venía hacia ella.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. Pareces algo infeliz.

—Ah, nada. Necesito algo de tiempo para mí —dijo él y pasó junto a ella hacia la puerta del jardín.

—¿Marc? —preguntó ella, pero él no reaccionó. Aun así, ella continuó hablando—: ¿Alguna vez has sentido que has encontrado el gran amor?

Él se volvió hacia ella. —¿Por qué preguntas eso ahora?

—¿Alguna vez has amado realmente a una mujer?

Marc miró fijamente al frente. —Tal vez a mi ex novia —dijo pensativo.

¡La ex novia! Debería haberlo imaginado. *¿Y qué hay de mí?*, gritaba en su interior, pero no dijo nada. Se paró junto a la ventana y observó cómo él se dirigía a la casita del jardín y cerraba

la puerta tras de sí.

Fuera lo que fuese lo que había arruinado su humor, parecía estar alterándolo bastante. Julie decidió darle algo de espacio. Aunque no quería admitirlo, su respuesta la había herido.

Cuando subió al piso de arriba, vio que la puerta de su habitación estaba abierta. El portátil estaba encendido y una ventana del navegador web abierta. Le había dicho a Marc varias veces que podía usar su ordenador para navegar por internet si necesitaba buscar algo. Había esperado que tal vez se pusiera en contacto con su conocido que estaba involucrado en deportes para discapacitados, o al menos se informara sobre las opciones deportivas. Evidentemente, Marc la había tomado en serio.

Julie se sentó frente al ordenador. La ventana del navegador estaba vacía. *Veamos si podemos averiguar qué páginas web ha estado visitando*, pensó Julie. Estaba ansiosa por saber qué lo había alterado tanto. Tal vez entonces podría entenderlo mejor y ayudarlo.

Abrió el historial del navegador y revisó las páginas visitadas recientemente una por una. Al principio, Marc había estado en el sitio web de Bockmüller, esa empresa de sillas de ruedas y prótesis que el amigo de juventud de Marc había mencionado. Así que su oferta había tenido éxito. Al principio, Julie se alegró al ver que Marc había hecho clic en las subpáginas sobre el apoyo al deporte para discapacitados. Marc había aterrizado en un comunicado de prensa sobre una gala deportiva que la empresa organizaría en unas semanas. En la foto de prensa se veía a una joven rubia muy atractiva. Sostenía un trofeo frente a la cámara, que aparentemente se entregaría al deportista discapacitado del año.

La siguiente entrada en el historial del navegador desconcertó a Julie. Era el perfil de Facebook de una tal Lena. Cuando se abrió la página, Julie reconoció que era la misma mujer que aparecía en el otro sitio web.

Había algunas fotos de ella en varios lugares de vacaciones. En dos fotos, se mostraba abrazada a un joven, probablemente su novio.

¿Habían sido estas imágenes las que habían alterado tanto a Marc? Al menos, esta página era lo último que había mirado antes de salir corriendo de la casa.

Julie fue al jardín y llamó a la puerta de la casita. Marc la invitó a entrar. Estaba sentado en el sofá.

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó Julie.

Él asintió.

—Marc, ¿qué pasa? —preguntó ella—. ¿Quién es esta Lena?

Marc la miró en silencio por un momento.

—Ah, nadie —dijo finalmente—. Fue mi novia una vez. Y Patrick... el tipo en sus fotos de Facebook, era mi mejor amigo. Él también conducía el coche aquella vez.

—Oh —dijo Julie—. No lo sabía. ¿Estaba borracho?

—Habíamos tomado unas cervezas. Estábamos celebrando mi beca para estudiar en el extranjero. Sucedió de camino a casa. Había llovido, la carretera estaba mojada y se salió de la vía, chocando contra un árbol.

—¿Fue su culpa?

—La policía y el fiscal dijeron que simplemente fue mala suerte. Pero tampoco hicieron una prueba de alcoholemia a tiempo. Él solo tuvo algunos moretones. ¡Mírame! —ahora Marc casi gritaba—. Después, Lena, que siempre había hablado de amor eterno, se dejó consolar por él, llena de tristeza porque su novio ahora era un lisiado. Él también lo estaba pasando taaaan mal. Y por lo que parece, los dos siguen juntos.

Julie abrazó a Marc. —Lo siento mucho.

—Me robaron la vida. Mientras yo estaba en rehabilitación, esos dos empezaron algo. Él se llevó a mi novia, se fue al extranjero a estudiar, ¿y yo? ¡Mírame!

Julie lo besó. Él lo permitió, pero no le devolvió el beso.

—Entiendo tu rabia —dijo Julie entonces.

—¡No, no puedes entenderlo! —dijo Marc—. Yo era un deportista realmente talentoso, tenía un trabajo como modelo, una novia y ¡dos piernas!

Julie le acarició la espalda consoladoramente. Poco a poco se fue calmando.

—Lo siento —dijo finalmente—. No quería gritarte así. En realidad, hoy estaba de muy buen humor. Incluso estaba investigando sobre deporte para discapacitados. ¡Gran error! En cambio, descubro que mi ex ahora trabaja en *Bockmüller* y se hace la buena persona.

—¿Todavía la echas de menos? —preguntó Julie.

De repente, tenía miedo de que Marc la dejara por este antiguo amor. *Encajaría con mi vida*, pensó.

—No te preocupes —dijo Marc—. Solo me ha alterado un poco. Eso es todo.

La besó, pero Julie sintió que todavía no estaba completamente en ello.

—Te dejaré solo un rato más —dijo, levantándose.

—Gracias —dijo él.

Julie volvió a su habitación. Se sentía impotente.

Por un lado, estaba contenta de que Marc se abriera y hablara sobre su pasado, pero por otro lado, sentía que crecía el miedo en su interior. ¿Y si todavía amaba a Lena? Pensó en sus relaciones antes de Marc. Le parecían tan insignificantes. Seguramente no había encontrado el gran amor en esos hombres. Su corazón solo saltaba con Marc y eso había sucedido gradualmente.

Julie se preguntaba cómo podía ayudarlo. Más tarde le prepararía un té delicioso, tal vez eso lo animaría.

Mientras preparaba el té, el miedo volvió a invadirla. ¿Y si no tenía ninguna oportunidad contra el pasado de Marc? Recordó algo que su último novio le había dicho mientras rompía con ella: "Eres una princesa, pero yo no soy un príncipe". Pero tal vez aquí era exactamente al revés, Marc era el príncipe, Lena la princesa y ella solo la rana.

Julie creía firmemente que el amor se acababa cuando se acababa. No se podía luchar por él con trucos. ¿O se equivocaba? ¿Podría Marc recuperar a Lena? ¿Quería hacerlo siquiera?

Ah, todo era tan complicado. Se sentó en su cama y hojeó el diario de su abuela. En aquella época, el enemigo había sido toda la sociedad. Julie deseaba que Anna-Maria hubiera experimentado su *vivieron felices*, pero al parecer, ese no había sido el caso.

21

MARTES, 19 DE SEPTIEMBRE DE 1944

Jean ya es casi parte de la familia. Creo que a Mami también le cae bien. Nos hemos enterado de que Papi y Albi han sido trasladados al frente oriental. Mami ha llorado mucho. Incluso ha hablado con Jean. No me permitieron estar presente. Solo escuché cuando dijo: —¿Habrá pensado bien el Führer en esto?

Jean le contó que incluso Napoleón se había desesperado con Rusia y que los alemanes en el este ya llevaban tiempo en retirada.

—Madame, el Führer está cometiendo exactamente los mismos errores —dijo con su dulce acento francés.

Mami pareció reflexionar sobre ello.

Todavía lo amo, pero últimamente no hemos tenido mucho contacto, me evita. Aunque es muy amable, ya no toca mi mano. Eso me duele.

Herbert venía cada dos noches y los domingos incluso a tomar café. Me parece repugnante. Una vez, cuando Mami no estaba, me tocó. ¡Qué asco! Nunca me casaré con él.

Se lo conté a mi madre.

—Ay, niña, así son los hombres. Les cuesta controlarse. Por eso tienes que ser fuerte, no importa cuánto lo intente, no te dejes seducir. No sea que te quedes con una barriga grande.

—¿Por qué los hombres no pueden controlarse? —pregunté.

—Porque siempre piensan con esa cosa de ahí abajo.

Abrí los ojos de par en par.

—Ay, Anna. Su pito, con eso pueden hacerte un hijo.

Me sorprendieron las palabras de mi madre. Ya no era una niña pequeña, pero nunca había dicho algo así en mi presencia.

—Y no les permitas eso bajo ninguna circunstancia antes de la boda. De lo contrario, ya no te respetarán y solo serás una puta para ellos. Pero no te preocupes, Anna, si no te involucras con ellos, no puede pasarte nada.

Por la noche no podía dormir. Me imaginaba a Herbert casándose conmigo, pero ¡qué asco!, no podría hacerlo. Sin embargo, cuando pienso en Jean, mi corazón salta de alegría. Con él quiero casarme. Con él quiero estar, no importa lo que cueste. Pero apenas me mira ahora.

SÁBADO, 23 DE SEPTIEMBRE DE 1944

En esta época del año hay más trabajo en la granja. Se está recogiendo la cosecha. Apenas veo a Jean. Voy a la escuela y luego a casa. En este momento tampoco tenemos que ir a las reuniones de la BDM, ya que todas las chicas están ocupadas en las granjas. A Herbert no le gusta, pero hace la vista gorda. Y desde el martes no se ha dejado ver por aquí. ¡Por suerte!

Ayudo en la cocina, pero por supuesto también voy al campo para ayudar a Mami y a Jean. Sin embargo, nunca trabajamos uno al lado del otro, siempre tengo que quedarme con Mami. El trabajo es muy agotador. Afortunadamente mañana es domingo, vamos a la iglesia y no tenemos que ir al campo.

DOMINGO, 24 DE SEPTIEMBRE DE 1944

Jean está en casa hoy. No me siento bien y le he pedido a Mami que me permita quedarme en casa también. Me lo ha permitido, pues ha visto que realmente me siento mal. Cuando Mami se fue, ya no pude quedarme en mi habitación. Salí y vi a Jean. Estaba sentado leyendo un libro. Susurré un suave *Bonjour*.

—Mademoiselle Anna —dijo. Jean sonrió—. ¿No está en la iglesia?

—No, no me siento muy bien.

—Lo siento mucho.

Nuestra conversación la llevamos en francés, él ha aprendido mucho alemán, pero conmigo habla francés.

—¿Cómo va la escuela?

—Bien —respondí.

Entonces reuní todo mi valor y le di un beso. Después de todo, en unos meses cumpliré diecisiete.

Acarició mi cabello. —Es una lástima que no nos hayamos conocido en otras circunstancias —dijo—. Deberías haber venido a Francia como turista. Allí de donde vengo, Aix-en-Provence, vienen muchos extranjeros. Siempre hemos tenido muchos artistas que vienen por el hermoso paisaje y el sol.

—No nos habríamos conocido en otras circunstancias —dije tímidamente.

Me miró sorprendido. —Eres demasiado inteligente para tu edad. Tienes que hacer algo con tu vida cuando termine la guerra.

¿Era eso todo? ¿Por qué hablaba de mi futuro?

—¿Tienes una chica en Francia que te guste? —pregunté.

Sonrió. —No.

Me sentí aliviada e intenté no mostrarlo.

—¿Tienes un pretendiente? Siempre veo a este Monsieur... —preguntó.

—¿Herbert? Puaj, es asqueroso.

—Hay que tener cuidado con él —respondió Jean.

Seguramente tiene razón. Desafortunadamente, no puedo evitar que nos haga visitas breves una y otra vez.

22

Al leer los libros, Julie se sentía tan cerca de su abuela como si la hubiera conocido. Estaba decidida a descubrir quién era Jean. Necesitaba saber lo que él sabía y por qué nunca había regresado a Alemania para casarse con Anna.

Le gustaría preguntarle si era consciente de cuánto había sufrido su pobre abuela. Tal vez así podría redimir a su abuela, devolverle algo. ¿Paz? ¿Aunque estuviera muerta?

Quizás sea mi tarea terminar de contar esta triste historia, pensó.

Julie fue a ver a Marc, que estaba de nuevo en su habitación.

—Tenemos que encontrar a Jean —dijo con determinación.

—Será difícil si solo sabes su nombre de pila.

—Alguien debe saber quién era, ¿no?

—Todo esto ocurrió hace setenta años.

—En el diario dice que era de Aix-en-Provence.

—Me imagino que habrá muchos Jeans allí. Sin mencionar que no sabes si alguna vez regresó allí o si siquiera sigue vivo.

—¿Por qué tienes que ser tan negativo? —preguntó Julie—. Por cómo Jean hablaba de su tierra natal, estoy segura de que volvió allí.

Julie se dio la vuelta para irse.

—¿Adónde vas? —preguntó Marc.

—Voy a seguir leyendo el diario. Casi lo termino, pero tal vez encuentre algo más.

Fue a su habitación, cerró la puerta tras ella y cogió el diario.

DOMINGO, 1 DE OCTUBRE DE 1944

Hay otro funeral en el pueblo. Nuestro vecino Heinrich ha caído. Mami está con su esposa Erna para apoyarla. Es el tercer funeral en tres semanas.

Mami está preocupada. Hace tiempo que no sabemos nada de Albi y Papi. Rezo por ellos todas las noches. También rezo por Jean. Él también está triste. Apenas hablamos ya. Simplemente no hay oportunidad.

Nos vemos todos los días y siempre me saluda muy amablemente y me pregunta cómo estoy, pero no pasa nada más. Normalmente hay alguien cerca de nosotros, pero hoy el patio está vacío,

todos están con Erna para ayudarla y consolarla.

He horneado pan y le he llevado dos rebanadas a Jean. Lo encontré afuera, cortando leña. Primero lo observé. Ahora lleva ropa de Albi, porque su ropa fina hace tiempo que se estropeó. Su pelo ya no está tan bien peinado, pero creo que se ve aún mejor que antes. También ha adelgazado. Me sentí culpable por no haberle traído tres rebanadas, pero entonces Mami probablemente habría sospechado.

—Te he traído algo —dije.

Se alegró. —Eres un ángel.

Sonreí y le di las rebanadas de pan. Me di cuenta de que tenía hambre, devoró el pan con avidez. Luego vio que lo estaba observando y dijo: —Disculpa, normalmente no como como un cerdo.

—No pasa nada —respondí y me pregunté si pronto nosotros también pasaríamos hambre.

Corrí a la casa y le traje otra rebanada de pan. Simplemente le diré a Mami que tenía hambre.

Cuando Jean notó que lo estaba observando de nuevo, masticó más lentamente.

—¿Cuál es tu plato favorito? —le pregunté.

Sonrió.

—Eso no existe aquí —dijo.

—Tal vez puedas cocinarlo para nosotros alguna vez.

—No, los ingredientes no se encuentran aquí.

—¡Cuéntame algo sobre tu ciudad natal! —sugerí.

—Oh, es una ciudad maravillosa. Hace mucho calor en verano, es el lugar más hermoso de Francia. Alrededor de la ciudad hay muchos campos de lavanda que florecen hermosamente en verano. En la ciudad hay muchas casas antiguas, palacios y una gran universidad. En ningún lugar el vino sabe tan bien y en ningún lugar brilla el sol más hermoso... Aquí tú eres el sol —dijo.

Casi estallé de alegría. Soy su sol. Ni siquiera mis padres me habían dicho algo tan hermoso cuando era pequeña. Me sentía tan segura que no me resultó difícil darle un beso. Se sorprendió, pero respondió a mi beso.

Hacía tanto tiempo que no sentía sus labios. Miró a su alrededor brevemente.

—No hay nadie aquí. De verdad. Están en un funeral.

Tocó mis labios, mi cara, su mano se deslizó por mi espalda. Besó mi cuello. Luego apartó un poco mi vestido de los hombros y me besó también allí. Pensé que me desmayaría en cualquier momento. Luego me tomó de la mano y fuimos al cobertizo que está justo al lado.

Sus besos se volvieron más apasionados. Solo esperaba que el momento no terminara, que pudiera durar para siempre. Pero demasiado pronto sus labios se separaron de los míos.

—Lo siento, Anna, pero es demasiado peligroso —dijo y dio un paso atrás—. Si alguien nos viera, me... —hizo un gesto con la mano frente a su cuello y me estremecí.

—Si alguna vez me visitas en mi tierra natal, te prepararé mi plato favorito. Lo prometo —dijo de repente.

Sonaba increíblemente hermoso, pero también tan cruel. ¿Cómo podría visitarlo alguna vez en Francia?

Debió ver mi mirada triste. De repente, se inclinó hacia mí y me susurró algo al oído.

—Ese es mi plato favorito —dijo en voz alta, cuando volvió a dar un paso atrás—. Pero hasta que me visites, seguirá siendo nuestro secreto —dijo Jean.

Asentí y ni siquiera te lo confío a ti, mi diario. Debe seguir siendo nuestro secreto.

—Vete ahora, Anna —dijo.

¿Qué podía hacer? Me fui tristemente. De vuelta en la casa, lo oí cortando leña.

LUNES, 2 DE OCTUBRE DE 1944

Cuando mi madre llegó a casa, ya había limpiado toda la cocina.

Nada más entrar por la puerta, dijo: —Pobre Erna. Ahora está sola con los niños. Otto cayó en el frente oriental. Papi y Albi también están allí ahora. —Mami quería decir algo más, pero no pudo, se le llenaron los ojos de lágrimas y empezó a sollozar. La abracé y la sostuve durante mucho tiempo.

Esa noche lloramos las dos. Dormí en la habitación de Papi.

En la escuela todo seguía igual, una vez más solo se hablaba de nuestro Reich de los mil años.

De camino a casa, vimos a mucha gente corriendo en una dirección. Liesel, mi amiga de la escuela, dijo: —Anna, vamos a ver qué pasa.

Cuando llegamos a la plaza del mercado, vi a Herbert con el alcalde y un oficial de las SS, subiendo a Hanna, la hija de Peter Müller, a un carro. Le habían cortado el pelo y el oficial de las SS gritaba: —¡Qué vergüenza, esta puta se ha liado con un prisionero de guerra!

Sus padres no estaban a la vista. La chica estaba sentada con la mirada fija, sin moverse. Herbert sonreía y lo odié por ello. Poco a poco empecé a entender a qué se refería Jean con "peligro". Era deprimente.

De repente, sentí que una mano me agarraba. Era mi madre.

—Ven, esto no es para ti.

Me agarró del brazo.

—Liesel, tu madre te espera en casa.

Ella solo asintió y nos fuimos.

—¿Qué hacías ahí? —preguntó Mami.

—Seguimos a los demás.

—No tienes que hacer todo lo que hacen los demás.

Después de despedirnos de Liesel, mi madre me advirtió: —No hagas lo mismo que Hanna.

—¡Mami! —exclamé indignada.

—Niña, no soy tonta, yo también fui joven. ¿Crees que no veo cómo adoras a Jean?

Luego se detuvo. —¿O quieres causarme más dolor? ¿Quieres que pase por lo mismo que los padres de Hanna?

Negué con la cabeza.

—Entonces sé inteligente y mantente alejada de él.

Miré al suelo.

—¿Me has entendido?

Asentí. No dijimos nada más hasta que llegamos a casa. Jean estaba en el establo. Nos saludó. Mi madre le devolvió el saludo y luego me dijo: —¿Sabes lo que le hicieron al chico de Hanna?

Volví a negar con la cabeza.

Mami empezó a dar una explicación, pero luego dijo en su lugar: —Si lo amas, mejor mantente alejada de él.

Tengo que esconder mejor lo que siento por Jean. Pero ¿cómo voy a hacerlo cuando mi

corazón se desborda cada vez que lo veo?

23

Después de que Julie leyera una y otra vez las últimas líneas del diario, ella y Marc registraron todos los cajones, cómodas y cajas de la casa. En algún lugar tenía que haber más información sobre Jean. Pero no encontraron nada. Luego buscaron información sobre Anna-Maria. Su abogado les envió por correo electrónico una copia del certificado de nacimiento de Anna-Maria. En él constaba que había nacido en un pueblo del Odenwald, el bosque de Oden. Julie investigó en internet y descubrió que en el archivo estatal de Sigmaringen se archivaban y podían consultarse documentos de trabajadores forzados de Baden-Württemberg.

—¿Sabes dónde está Sigmaringen? —le preguntó a Marc.

Él se encogió de hombros. —En algún lugar de Suabia. Suena a una agradable excursión de un día.

—¿De verdad irías conmigo allí?

—Ya sé lo importante que es esto para ti.

Julie se tomó un día libre y viajaron en tren a Sigmaringen para no fatigar innecesariamente a Marc con un viaje en coche.

Como ahora conocían el pueblo del que procedía Anna-Maria, la búsqueda resultó bastante sencilla. En 1944, solo cuatro trabajadores forzados franceses habían trabajado en el lugar, la mayoría de los trabajadores extranjeros procedían de Europa del Este. Uno de los franceses incluso tenía el nombre de pila adecuado.

—¡Jean Gilbert! —exclamó Marc entusiasmado cuando descubrió el nombre en un expediente—. ¡Y era de Aix-en-Provence!

—¿Y ahora qué? —Julie aún no podía creer su suerte—. ¿Cómo vamos a encontrarlo?

Siguieron pensando en ello durante el viaje de vuelta. Cuando regresaron a Heidelberg, buscaron en la guía telefónica francesa en internet. Encontraron cinco Jean Gilberts que vivían en Aix-en-Provence o en los alrededores.

—Viva la era de internet —dijo Julie.

—Entonces, ¿sigues decidida? ¿Quieres ir a Francia a buscarlo? —preguntó Marc.

—Por supuesto —respondió Julie—. Si me ayudas.

Él la miró. —¿Y cómo?

—¿Quieres venir conmigo a Francia?

—¿Si quiero?

—Sí, te necesito.

—¿Vamos en tren? —preguntó él.

—Es demasiado caro. Además, no seríamos flexibles en la búsqueda.

Él se quedó pensando.

—Pero hay tanto que hacer en la casa —dijo.

Julie lo miró decepcionada.

—No quieres venir —dijo ella.

—No, eso no es cierto. No me gustan los coches.

—Hm —dijo ella—. Entiendo.

Entonces Julie subió las escaleras, pero se detuvo a mitad de camino, se dio la vuelta y dijo con lágrimas en los ojos: —Si no quieres venir, dilo sin rodeos.

—Bueno, no me dejas otra opción, realmente quieres que vaya.

—Pensé que éramos pareja. Uno expresa deseos.

—Lo entiendo, pero también tienes que tener en cuenta al otro.

—Perdona por querer decidir por ti, creí que te alegrarías de hacer un viaje así. Pero no importa, iré sola —siseó y se fue a su habitación. Se sentía abandonada una vez más.

Por despecho, empezó a hacer su maleta. Pero en algún momento se cansó y se quedó dormida.

Cuando se despertó por la mañana, se dio cuenta de que ni siquiera le había pedido vacaciones a su jefa. ¿Debería simplemente marcharse, sin importar lo que pasara?

Cansada, se dirigió al baño, pero de repente se detuvo en su puerta. Allí había un termo, una cesta y una nota que decía: "Voy contigo".

Julie sonrió conmovida. Corrió a la habitación de Marc, pero él aún dormía.

—Gracias.

Lo abrazó y dijo muy bajito, de modo que solo ella pudiera oírlo: —Te quiero.

Julie lo besó. Él abrió los ojos. —¿Sabes qué? Se me olvidó pedir vacaciones.

—En las películas nadie pide vacaciones —respondió él adormilado.

—Bueno, es cierto, pero quiero ser más responsable.

—Puedes llevarte el paquete de almuerzo al trabajo —dijo y le dio un beso.

—Puedes venir conmigo ahora mismo. Empezamos a practicar.

Poco después estaban sentados en el coche y detrás y al lado de ellos sonaban fuertes bocinazos. Julie saludaba amablemente a todos los que pasaban. Ni siquiera conducía a treinta kilómetros por hora. Sin embargo, a su lado había un Marc muy tenso.

—Estoy tan orgullosa de ti, habrá sexo de postre como recompensa.

Marc estaba simplemente pálido. —Creo que voy a vomitar. Para.

Ella lo miró.

—Para —gritó de nuevo.

Ella se detuvo en cuanto fue posible, y él saltó inmediatamente del coche.

Julie corrió alrededor del coche hacia él. —¿Estás bien?

—Supongo que sí.

—Creo que te compraré un paquete de pastillas para dormir y simplemente seguiremos practicando. Seguro que mejora.

Después de que Marc se calmara, volvieron a subir y condujeron lentamente el resto del camino hasta el *Naturwunder*. Afortunadamente, Julie encontró un aparcamiento cerca.

Sylvie, que estaba a punto de irse, miró sorprendida cuando entraron en el café.

—Vaya, vaya, ¿quién viene por ahí?

—Hola a todos, este es Marc —presentó Julie a su novio.

—¿Estás bien? —preguntó Kathie, que también estaba en la sala—. Tu novio se ve algo

pálido, Julie.

—Sí, tiene una especie de fobia a los coches.

—¿Y acabáis de venir en coche?

Julie asintió.

—Hm.

Todos saludaron a Marc. Incluso Sylvie quedó encantada con él.

—Qué bombón, ese trocito de pierna que falta, oh, eso no es nada.

Julie estaba algo insegura sobre cómo tomaría Marc la franqueza de su colega. Pero él sonrió amablemente.

—Yo también lo creo —respondió con naturalidad.

—Pero también puedes conducir solo, hay coches especiales —dijo Kathie.

—Gracias por los consejos, me las arreglo —respondió Marc.

Julie miró a Kathie en señal de advertencia.

Su jefa entendió la indirecta y dijo: —Exacto, chicas, pongámonos a trabajar, o Marc pensará que nos pasamos todo el tiempo charlando.

—Quería preguntarles algo —dijo Julie.

Kathie y Sylvie la miraron. —¿Qué ha pasado?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Bueno, quería preguntar si podría tomar unos días de vacaciones.

—¿Cuándo? —preguntó Kathie con cierta vacilación.

—Pues, ¿cuándo podría ser?

—¿Cuándo quieres irte? ¿Acaso de inmediato? —preguntó Kathie.

Julie se encogió de hombros. —Tan pronto como sea posible.

—Tengo que revisar el calendario, no puedo decirlo tan rápido. ¿Por qué quieres tomar vacaciones tan repentinamente? —preguntó Kathie con suspicacia.

—Quiero encontrar a alguien en Francia que conocía a mi abuela.

—¿En Francia? —preguntó Kathie sorprendida.

Julie asintió.

—Esto es muy importante para Julie —intervino Marc en su defensa. Comenzó a contar sobre sus investigaciones.

—Veré qué puedo hacer, pero esta semana tendrán que quedarse aquí. No puedo cambiar el horario tan rápido.

—Me voy —dijo Marc y le dio un beso a Julie.

—¿Cómo vas a volver a casa? —preguntó ella. No había pensado en eso cuando lo trajo consigo.

—Hay autobuses —respondió él y salió.

Cuando Marc dejó el café, Sylvie tomó la palabra: —Creo que tengo una buena idea para la fobia a los autos de tu novio. Si llevara una máscara que simplemente no le permitiera ver nada, entonces ya no podría tener miedo.

A veces, las ideas rudimentarias de Sylvie eran realmente fascinantes.

—Eso podría funcionar, pero ¿dónde consigo una máscara así ahora? ¿O debería simplemente vendarle los ojos? —preguntó Julie escéptica.

—¡Qué va! Eso no es problema. Tengo algo en nuestra caja de juguetes que compré originalmente para mi marido. Pero mi marido es un mojigato, nunca se atrevió a usarla.

Julie podía entender bien a su esposo. En ese momento, ella tampoco se atrevía a preguntar

qué tipo de extraño artilugio traería Sylvie.

Pero Marc no era la única preocupación de Julie. En las noches previas a su partida, era ella quien no lograba conciliar el sueño. Una y otra vez intentaba imaginar a su abuelo. Pero él era tan intangible para ella como Anna-Maria. Tuvo que admitir que también temía el encuentro. Julie esperaba que no perdiera todo su valor cuando estuviera frente a Jean. No hablaba mucho con Marc sobre sus preocupaciones, no quería agobiarlo más.

Julie también pensaba a menudo en su abuela. Tampoco tenía una imagen vívida de ella, aunque había contado tanto sobre su vida como adolescente en su diario.

24

No fue más que un impulso el que Julie siguió la mañana de la partida. El hermano de Kathie había donado su Citroën 2CV para la aventura francesa y Sylvie había prometido cuidar regularmente la casa y regar las plantas. Sus mochilas estaban empacadas y Marc incluso había preparado una cesta de comida para el viaje.

—¿Puedes llevar las maletas al maletero? —preguntó Julie.

Marc asintió y salió.

Luego Julie fue sola al jardín de limones y miró alrededor. Deambuló entre los pequeños árboles y dejó que sus dedos rozaran las hojas y los frutos. Olió el aroma ácido que se había impregnado en sus manos. ¿Anna-Maria habría hecho lo mismo?

La mirada de Julie finalmente se posó en una mesita que estaba algo escondida entre unos limoneros en una esquina. La pintura blanca se había descascarado. Debajo del tablero había un cajón. Julie lo abrió y contuvo la respiración.

Habían puesto la casa patas arriba buscando más diarios y documentos de Anna-Maria: la sala de estar, los dormitorios, el ático. ¿Por qué no habían registrado también a fondo el jardín de invierno? ¿El lugar que tanto significaba para Anna-Maria?

Tal vez era negación, pensó Julie. Algo dentro de ella aún no estaba listo para descubrir toda la verdad. Tomó el diario que estaba frente a ella.

La joven se imaginó a Anna-Maria leyéndolo poco antes de su muerte. Una pesadez se extendió en el estómago de Julie y no estaba segura de si ahora estaba lista para abrir las páginas y leerlas.

—Ya está todo cargado —oyó la voz de Marc.

—Ya voy —gritó Julie y escondió el libro en su bolso.

Marc estaba frente a ella con cara pálida, esperando la gran idea que le había prometido contra su fobia a los autos.

Ahora viene tu gran actuación, se animó internamente. Aunque realmente no estaba convencida. Julie fue con él al auto.

—Bueno, he pensado que sobre todo tenemos que hacer algo para quitarte la tensión.

Él asintió con aprobación.

—Por eso te conseguí pastillas tranquilizantes y te preparé algunos mixtapes con música relajante para nuestro reproductor de casetes. Y te puedo decir que fue condenadamente difícil conseguir los casetes necesarios para eso.

Marc pareció decepcionado:

—Eso está muy bien, pero ya lo he probado. Tan pronto como el coche se pone en marcha y siento la velocidad, se acaba la relajación.

—No lo he olvidado. Por eso te conseguí una máscara para que al principio no veas nada cuando conduzcas. De hecho, Sylvie donó la máscara de su colección privada.

Julie sonrió al pensar en su colega.

Pero con eso había captado la atención de Marc.

—Eso podría funcionar —dijo pensativo.

Sin más palabras, sacó la máscara y se la mostró a Marc. En realidad era más bien un antifaz para dormir, como Julie había comprobado aliviada. Había esperado quién sabe qué tipo de cosas de BDSM. Lo único llamativo eran los cerditos copulando bordados en la parte delantera. *Sylvie probablemente ha visto demasiado Cincuenta sombras de Grey*, pensó Julie.

—Tu compañera de trabajo es una mujer con lados muy sorprendentes —dijo Marc y sonrió.

—Un verdadero personaje —respondió Julie y también sonrió.

—¿Y realmente crees que esto servirá de algo?

—Es solo para el primer día, hasta que te acostumbres a conducir.

Con un suspiro, Marc tomó la máscara en su mano y dijo:

—No solo me siento como un idiota, también parezco uno con esto.

—No, no es tan malo. —Julie tuvo que sonreír—. Solo se ve un poco tonto.

Luego le dio un beso. Él se tragó obedientemente la pastilla mientras ella insertaba el primer casete con música reggae y subía el volumen. Aparentemente había acertado con su gusto. Incluso mientras salían del camino de entrada, él tamborileaba en el tablero y cantaba en voz alta. Divertida, Julie observó cómo algunos transeúntes los miraban y comenzaban a discutir animadamente entre ellos.

—¡Creo que la pastilla está haciendo efecto! —dijo Marc.

—No tienes que gritar, te entiendo igual. —Julie sonrió—. Será un viaje divertido.

Ya habían recorrido algunos kilómetros y el cruce de Walldorf se acercaba cada vez más cuando Julie tuvo que concentrarse cada vez más en el tráfico. Un familiar frente a ella parecía confundir el freno con el acelerador y cada vez iba más lento. Cuando quiso arriesgarse a adelantar con su viejo 2CV, se dio cuenta de que otro familiar se había colocado justo a su lado y mantenía su velocidad. Casi empezó a maldecir en voz alta, pero no quería inquietar a Marc, que todavía seguía moviéndose enérgicamente al ritmo de la música a su lado. Le hizo una señal al conductor del coche en el carril izquierdo para que acelerara. Pero el hombre, un joven con gafas de sol, actuó como si no la viera en absoluto. Entonces, de repente, todo sucedió muy rápido: el coche delante de ella la obligó a frenar bruscamente, giró el volante hacia un lado, y mientras aún se detenía en el arcén, hombres con pasamontañas negros y chalecos antibalas saltaron de los familiares, abrieron la puerta del conductor y gritaron:

—¡Salga! ¡Manos arriba!

¡Era una unidad especial de la policía! Julie solo conocía este tipo de intervenciones por la televisión. Completamente asustada, salió del coche.

Marc solo preguntó:

—¿Qué pasa?

Ella levantó las manos y no pudo articular palabra. Vio que Marc también era sacado del coche. Al principio se resistió hasta que le quitaron la máscara.

—¿Está bien? —le preguntaron los hombres de negro—. ¿Está herido? ¿Le han dado drogas?

—Solo una pastilla tranquilizante —respondió Marc confundido.

Un agente se dirigió a Julie.

—¿Tiene un arma de fuego?

—¿Qué? —preguntó Julie.

—Responda a las preguntas —gritaron los hombres.

—¡No! —gritó ella y casi lloró.

—Probablemente usted sabe que el secuestro es un delito grave —dijo el policía con seriedad —. Puede mejorar considerablemente su situación si confiesa ahora y explica cómo llegó todo a este punto.

Con voz temblorosa, ella dijo:

—Esto es un malentendido. Es solo mi novio y le pusimos la máscara porque tiene un trauma con conducir.

Pero el agente de policía obviamente no estaba dispuesto a dejar ir su gran captura.

—¿Malentendido? ¿Qué malentendido? ¡Tenemos varias declaraciones de transeúntes que juran que él gritaba pidiendo ayuda y golpeaba las ventanas del coche!

—¿Gritos de auxilio? No, solo estaba cantando en voz alta. Desafortunadamente no tiene la mejor voz y quizás sonó un poco como gritos.

Marc estaba mucho más relajado que Julie, evidentemente las pastillas estaban haciendo efecto en él. Se rio y dijo:

—¡Es que no sé cantar!

Se necesitaron algunas explicaciones más, pero como Marc confirmó su historia, el jefe de operaciones finalmente sacó su radio y comunicó:

—Baumann a central: Parece que el caso de la *Viuda Negra* fue solo una falsa alarma.

Otro agente les dijo:

—No se preocupen. Esto nos pasa a menudo. Hace poco detuvimos a una pareja de recién casados con los ojos vendados y a sus testigos, que querían darles una sorpresa con el apartamento recién pintado.

Pocos minutos después, los coches patrulla habían desaparecido y Marc y Julie estaban solos en el prado junto a la autopista.

—¡Creo que ya puedes bajar las manos! —dijo Marc. Julie se dio cuenta de que había tenido los brazos levantados todo el tiempo.

—¿Qué ha sido todo esto?

—El comienzo de un maravilloso viaje —respondió Marc y le dio un beso.

Julie todavía temblaba por todo el cuerpo. Sacó dos barritas de chocolate y las devoró en un abrir y cerrar de ojos.

—Bueno, ahora estoy mejor. —Miró a Marc—. Y, ¿quieres ponerte la máscara otra vez?

—Mejor no, después de esta terapia de choque, conducir normalmente ya no puede ser tan dramático.

Intentó sonreír. Durante los siguientes minutos no hablaron entre ellos. Marc parecía bastante cansado por la pastilla y Julie se sumió en sus pensamientos. Estaba nerviosa. Se preguntaba si realmente era consciente de lo que estaba haciendo. No estaba del todo segura.

—¿Y si fue un error emprender este viaje? —preguntó con temor.

—¿Cómo? ¿Me drogas y tu jefa hace todo lo posible para que puedas irte de vacaciones, y ahora no sabes si es lo correcto?

—No, no lo decía así... Tengo miedo —confesó Julie.

—Yo también —dijo Marc y tomó su mano.

—En el peor de los casos, serán unas bonitas vacaciones —opinó Julie.

—Hm —murmuró Marc.

Cruzaron la frontera. El primer pueblecito del lado francés era Wissembourg.

—Oh, paremos aquí, hay una pequeña panadería muy buena. Y puedes recuperarte un poco del viaje —dijo Julie.

Hicieron una pausa y pasearon por el pequeño centro histórico del pueblo.

—¿Hablas francés? —preguntó Marc.

—No mucho. ¿Y tú?

—Un poco del francés del colegio.

—Aquí la gente también habla alemán —dijo Julie.

—Eso lo sé.

—Aquí ya estuve con mis abuelos. Los otros abuelos.

Él sonrió. —Claro, entiendo.

Pasaron junto a una hermosa iglesia de aspecto muy antiguo. Por el portal principal salía una pareja de recién casados, a quienes los invitados de la boda lanzaban arroz.

—Oh, qué bonito —exclamó Julie.

Miró a Marc, que estaba pensativo.

—¿En qué piensas? —preguntó ella.

—Me pregunto si Lena y Patrick ya estarán casados.

—¿Cómo se te ocurre eso ahora?

—Ah, por nada.

—¿La amas?

—Ella fue, como se suele decir, mi primer amor —dijo Marc.

Julie no respondió nada. Se sintió abatida, porque algo en la voz de Marc le decía que esta Lena aún no pertenecía al pasado. Y él no había respondido *No* a su pregunta.

Llegaron a un pequeño puente de piedra que cruzaba un estrecho río. Cuando Marc intentó besarla, Julie estaba ausente.

—¿Qué te pasa?

—Si aún estás lamentando tu primer amor, ¿cómo crees que me siento yo?

Marc la miró.

—Lo siento, no debería haber hablado de eso contigo.

—Yo te había preguntado —respondió Julie.

—Todo eso es pasado —explicó Marc.

—Vamos, sigamos conduciendo —pidió Julie.

De camino al coche no dijeron mucho. Pronto volvieron a la autopista. Cuando pasaron por Lyon, Julie seguía de mal humor. Siempre había soñado con viajar con un hombre al que amara. Pero este hombre aún vivía en el pasado.

—Julie, lo siento —dijo Marc de repente.

—Todos sois tan egoístas —respondió ella.

—¿Quiénes son *todos*? —preguntó él.

—Tú, mi madre...

Marc guardó silencio perplejo.

Cuando estaban sentados en el área de servicio tomando su sopa, Marc dijo casi de pasada:

—Si fuera egoísta, no estaría viajando contigo en coche.

Ella lo miró en silencio.

—No voy a tomar más pastillas tranquilizantes —declaró él.

Llegaron a Aix-en-Provence tarde en la noche. Julie había encontrado una pequeña pensión, no muy lejos del casco antiguo. Nada especial, pero era barata. La habitación no era mucho más

ancha que la cama doble que había en ella. Estaba cansada, el largo viaje la había agotado.

—¿Puedes traer las cosas del coche? —le preguntó a Marc.

Él asintió. Ella se acostó y se quedó dormida inmediatamente. Cuando se despertó por la mañana, Marc estaba sentado a su lado, completamente vestido. Le dio un beso fugaz en la mejilla y le sirvió una bandeja con el desayuno.

—¿Tienes algún plan sobre cómo encontrarlo? —preguntó Marc.

—Anoté las direcciones de los cinco hombres. Podemos ir visitándolos uno por uno, ¿qué te parece?

—Bueno, entonces vamos —dijo Marc.

—No tenemos que irnos ahora mismo. También estamos de vacaciones, podemos salir más tarde.

—De acuerdo —respondió Marc.

Parecía alegrarse de que aún tuvieran algo de tiempo para ellos. Su estado de ánimo decaído se animó. Pero esa no era la verdadera motivación de Julie. De repente, un gran miedo se había apoderado de ella al darse cuenta de que uno de estos hombres podría ser el verdadero Jean. Y ella se enfrentaría a él en la realidad. ¿Cómo reaccionaría este hombre? ¿Y qué pasaría si ninguno de los hombres fuera el mencionado Jean? ¿O si Jean ni siquiera fuera su abuelo, como ella esperaba?

—Necesito saber con certeza si este hombre es realmente mi abuelo —dijo involuntariamente.

—¿Cómo? Estabas tan segura.

—Uno puede equivocarse.

—No, creo que no te has equivocado —respondió Marc.

—Tal vez sí, porque ella también escribe sobre un Herbert que quería algo de ella.

—Pronto descubrirás la verdad.

—Pero no sé si me atrevo a enfrentarme a un hombre extraño... y al final quizás solo fue el amor desafortunado de mi abuela. En las últimas entradas del diario, ella tenía cada vez más miedo de que alguien pudiera hacerle daño...

Julie se sentía miserable. Así había sido la mayor parte de su vida. Quería lograr algo desesperadamente y luego, justo antes de alcanzar la meta, grandes dudas la invadían. Nunca había terminado realmente nada, excepto la escuela, que de alguna manera había continuado automáticamente hasta que de repente terminó el último año.

Marc se sentó a su lado en la cama.

—¿Y ahora qué?

Julie respiró profundamente. Tomó su bolso y sacó el diario que había encontrado en el jardín de los limones.

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó Marc sorprendido.

—Lo descubrí justo antes de nuestra partida. Aún no he mirado dentro. Pero tal vez ahora sea el momento adecuado.

Julie abrió las páginas. Efectivamente, era la continuación del último diario.

—¿Puedo leer contigo? —preguntó Marc.

Ella asintió.

Él se sentó a su lado y ambos comenzaron a leer.

25

DOMINGO, 15 DE OCTUBRE DE 1944

¡Papá y Albi están vivos! ¡Estoy tan feliz! Hemos recibido una carta de ellos. Están en algún lugar de Prusia Oriental. Albert resultó herido, pero no de gravedad. Está bien, dadas las circunstancias. Papá lo visitó en el hospital militar y le escribió una carta a mamá. Mamá intenta mostrarse fuerte por fuera, pero me grita constantemente. Sé que no está bien, pero lo que más deseo es escapar, con Jean.

Hoy volvió a gritarme, por nada. Salí corriendo de la casa. Ya no se puede soportar estar en casa. Por suerte, vinieron a buscar a mamá para el servicio religioso vespertino. Ahora estaba sola.

Cuando me aseguré de que no había nadie más en el patio, corrí al granero. Jean estaba leyendo el libro que le había dado. En la escuela tenemos un pequeño estante con libros en otros idiomas y me permitieron tomar prestado uno. Cuando me notó, sonrió y dijo: —Lo estoy leyendo por tercera vez. Es un viejo cuento de hadas francés. *La belle et la bête* - La bella y la bestia. ¿Quieres que te lo lea?

—Me encantaría.

Me senté a su lado y comenzó a leer.

Afuera empezó a llover. Jean leyó un par de páginas. Luego dejó el libro a un lado y me abrazó.

—Mi hermano está herido —solté de repente.

Jean se encogió de hombros. —Están luchando por el Führer.

—¿Qué pueden hacer? Los reclutaron.

—Lo sé, pero aun así, están matando a otros.

—No tienen otra opción.

Reflexionó y suspiró. —Tal vez la guerra termine pronto.

—Eso espero.

—Cuando termine, podremos estar juntos —dije mirándolo.

Me abrazó de nuevo. Así nos quedamos sentados por un buen rato.

Finalmente, Jean dijo:

—Es tarde, debes irte a casa ahora.

Lo besé. Luego salí corriendo del granero. Mi madre ya había regresado.

—¿Dónde estabas?

—Quería revisar a los animales.

—¿Viste a Jean?

—Sí, está leyendo algo en el granero.

—Mi pobre niña, si no hubiera guerra, ni siquiera te miraría, él es un monsieur francés y tú una simple campesina. Búscate un buen muchacho alemán.

¡Como si uno pudiera elegir de quién enamorarse!

MIÉRCOLES, 1 DE NOVIEMBRE DE 1944

Todo está desnudo y sombrío en los campos. Mamá y yo nos hemos acostumbrado a la situación. Estamos mayormente solas, ya no hay tanto que hacer y nos las arreglamos bien entre los tres. Jean siempre come con nosotras. Soy feliz de verlo todas las noches en la cena. Hoy, cuando llegué de la escuela, Herbert estaba sentado en nuestra cocina.

Dije: —Buenas tardes.

—Buenas tardes, Anna —me saludó amablemente.

—Ven, siéntate con nosotros.

¿Qué querrá este?, pensé.

Llevaba puesto su traje de domingo y se había echado mucha loción para después del afeitado.

—Annita, Herbert quiere ir a dar un paseo contigo.

Miré seriamente a mi madre. —Pero tengo tantos deberes.

—Las chicas no necesitan romperse la cabeza con los deberes —dijo Herbert.

—¿Acaso las chicas deben ser tontas? —pregunté.

Sonrió. —Eso me gusta. Tu hija no se queda callada.

Mi madre sonrió cortésmente. —No, realmente no lo hace. Pueden ir a pasear el próximo domingo después de la iglesia —dijo.

La miré y puse los ojos en blanco. Él seguía sonriendo. Herbert era apuesto, pero era tan empalagoso y su risa tan falsa que no lo soportaba. Después de decidir no comunicarme más con él, dijo tras un cuarto de hora de conversaciones triviales con mi madre: —Me voy entonces. Hasta el domingo.

—Mamá, no me gusta —dije después de que se fue.

—Al menos ve a pasear con él. Después puedes rechazarlo —dijo ella—. Después de todo, tiene un buen puesto. Quién sabe para qué pueda servir.

Estaba enojada con mamá.

—¿No debería quererlo también? —pregunté.

Mi madre me miró. —Ay, hija mía, no sé si eso es posible hoy en día.

¡Pero no me casaré con Herbert, nunca!

DOMINGO, 5 DE NOVIEMBRE DE 1944

El paseo con Herbert fue terriblemente aburrido. Caminamos por la calle.

—No creo que la guerra dure mucho más —comentó.

—Eso espero —dije.

—El Führer la ganará. Todo el mundo se ha puesto en nuestra contra, pero somos superiores a ellos. ¿Sabías que nuestros científicos están trabajando en armas milagrosas que decidirán la guerra? Solo nosotros los alemanes podemos lograr tales hazañas.

No dije nada.

—¿Vas con frecuencia a la Liga de Muchachas Alemanas? —preguntó.

Asentí.

—Muchas chicas están enamoradas de mí —dijo con orgullo—. Pero todas son huecas. Tú eres la indicada para mí.

Me miró.

No sabía qué decir.

—¿Y?

—¿Y qué? —pregunté asustada.

—¿Quieres ser mi chica?

—Realmente debo irme a casa ahora. Desde que papá y Albi se fueron, hay mucho que hacer.

—Pero tienen al francés. ¿O acaso es perezoso?

—No, no, madre está satisfecha, pero aun así hay mucho que hacer. En realidad, deberíamos haber recibido dos ayudantes y ahora tenemos que arreglárnoslas con uno solo.

Incluso Herbert debía saber que eso era una excusa. En esta época del año, los agricultores no teníamos mucho que hacer, aunque hubiera que preparar los campos para el año siguiente.

Pero Herbert ni siquiera prestó atención a mis palabras, sino que se inclinó para besarme. Logré esquivarlo y corrí a casa. Mamá estaba en la cocina.

—¿Ya de vuelta? —preguntó sorprendida—. ¿Y cómo fue con Herbert?

—Asqueroso. ¡Intentó besarme! —exclamé con repugnancia.

—¿Qué? ¿Ya en el primer paseo? —dijo mamá indignada.

—Sí, y tú me obligas a salir con él —respondí.

—Pensé que te gustaría, es guapo —dijo mamá a modo de disculpa.

—No creo que sea guapo —repliqué.

Mamá se encogió de hombros. —Está bien, hija, no tienes que salir con él si es así. Antes los hombres eran decentes... ¿Anna-Maria?

—¿Sí? —dije.

—Jean probablemente ni te habría notado en tiempos de paz.

Noté cómo me sonrojaba. No era justo lo que mamá decía, aunque me preguntaba si tal vez tenía razón. Solo asentí y me fui a mi habitación. Tuve que llorar y aún sigo llorando mientras escribo esto. ¿Tiene razón mamá? Probablemente sea así. En otra vida, ni siquiera lo habría conocido.

MIÉRCOLES, 8 DE NOVIEMBRE DE 1944

Jean me ignora. Nos vemos regularmente, pero ni siquiera me presta atención. ¡Duele tanto! ¿Es por los peligros, solo finge que no le importo? ¿O realmente ha perdido todo interés en mí?

¿Tenía razón mamá y solo soy una tonta campesina para él?

JUEVES, 9 DE NOVIEMBRE DE 1944

¡Ha ocurrido algo terrible! Todavía tengo un miedo horrible, ¿qué será de nosotros? Tal vez me ayude escribirlo todo en orden.

Mientras estaba sentada en mi habitación anoche, escuché fuertes voces frente a la casa. Fui a la sala y miré afuera. Allí estaba mi madre y con ella algunos hombres jóvenes, parecían estar borrachos, dos llevaban uniformes de las SA.

—¿No os da vergüenza? ¿Qué queréis aquí? —gritó mi madre enfadada.

—¡Tenéis a un franchute, queremos explicarle cómo debe comportarse!

—¡No sea que se meta con nuestras mujeres! —gritó otro.

—¡Nuestro trabajador no se mete con nadie! —gritó mi madre.

Mi corazón empezó a latir con fuerza, por primera vez en mi vida sentí un miedo mortal, no por mí, sino por alguien a quien amaba.

Miré por la ventana y pensé cómo podía advertir a Jean. Pero era demasiado tarde, ya vi cómo dos de los muchachos iban hacia el granero. Salí corriendo de la casa hacia mamá y le susurré al oído lo que había visto.

—Ve a la casa, niña —dijo ella.

Dudé, pero cuando vi cómo me miraban los muchachos, di media vuelta rápidamente. Mamá también entró en la casa y cogió la escopeta de papá.

—Quédate aquí —me advirtió.

Me quedé en la sala y oí cómo les decía a los muchachos: —Si no dejáis en paz a este pobre hombre y os largáis, os llenaré de agujeros. Le contaré todo al alcalde, ¿quién va a hacer el trabajo si nuestro prisionero ya no puede?

Sabía que mamá solo decía eso por los hombres. Ella había tomado cariño a Jean y quería protegerlo.

Al principio los hombres se rieron, pero entonces ella disparó una vez al aire y gritó: —Fuera de mi granja.

—Está bien, tranquila, madrecita. Chicos, vamos.

—Fritz, te conozco desde que llevabas pañales, ¿qué diría tu padre? Toda una pandilla contra uno, ¡qué vergüenza! —gritó mamá.

Fritz bajó la cabeza. El líder llamó a sus camaradas. Luego desaparecieron.

Mamá y yo corrimos al granero. Allí encontramos a Jean. Se sujetaba el estómago, sangraba en la cara y tenía un ojo morado.

—Ven conmigo. A partir de ahora tienes que dormir en la casa —dijo mi madre.

Lo ayudamos a entrar en la casa y lo acostamos en mi habitación.

—Tú dormirás conmigo —me ordenó mi madre.

Asentí. Vendamos las heridas. Jean no dijo nada. Apenas pude contener las lágrimas.

Tengo que irme, mamá me ha llamado.

JUEVES, 9 DE NOVIEMBRE DE 1944

Fui con mi madre a ver al alcalde. Estaba muy enfadada. Herbert también estaba allí cuando ella informó sobre el incidente de ayer. Los dos intentaron restarle importancia a todo.

—Ah, son jóvenes, a veces se les ocurren travesuras.

—¿Golpear a alguien son travesuras? —preguntó mi madre.

—¿Tanto alboroto por un franchute?

—Él hace todo el trabajo por nosotros. Pero no puede hacerlo si lo golpean hasta dejarlo lisiado. ¡Además, es un ser humano! —dijo mi madre amargamente y salió.

Herbert corrió tras ella. —No volverán a molestaros.

Mamá solo asintió. Yo también asentí a Herbert, si tenía el poder de proteger a Jean, quería ser amable con él. Luego nos fuimos. Apenas podía seguir a mi madre, caminaba tan rápido.

—Esa gentuza, en tiempos difíciles muestran su verdadera cara.

Al llegar a casa, me ordenó calentar la sopa. —Luego iremos a ver cómo está el francés.

Me alegré. Rápidamente puse la sopa en la estufa y me miré en el espejo para asegurarme de que mis trenzas estuvieran bien hechas. Luego fui a ver a Mami. Ella abrió la puerta con cuidado. Jean estaba sentado en la cama. Se alegró de vernos.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien —dijo—. Creo que puedo volver a trabajar.

Mi madre sonrió. No quería presionarlo, pero por supuesto era importante para ella contar con su fuerza de trabajo. Yo me quedé allí sin decir mucho. Observé cómo mi madre le limpiaba el ojo y le ponía un nuevo vendaje con algunas hierbas en el estómago. Él dijo: —Gracias.

—Lo siento, no todos somos así —respondió ella.

Durante el día, estuve pendiente de Jean varias veces. Me duele verlo así, pero me alegro de que Mami haya intervenido a tiempo. ¡Estoy tan agradecida con ella!

VIERNES, 10 DE NOVIEMBRE DE 1944

Cuando regresé hoy de la escuela, vi a Mami sentada en la mesa llorando. Casi se me partió el corazón.

—¿Mami? —dije con miedo.

No me atreví a preguntar quién había caído.

Mami me miró.

—Wilhelm ha caído —dijo sollozando.

Las lágrimas corrieron por mis mejillas. Lloraba por mi primo y al mismo tiempo me sentía aliviada de que no hubiera sido Albi o Papi. ¡Pobre Wilhelm! ¿Qué será ahora de su esposa y su pequeña hija?

—Esta guerra solo trae miseria —dijo mi madre—. Voy a ir con mi hermana para apoyarla a ella y a Elsa. Anna, ¿puedo dejarte sola aquí dos días sin que hagas tonterías?

Asentí.

—Le diré a la vecina que pase varias veces al día para ayudarte. Si ella echa un vistazo a todo, no habrá habladurías si te dejo aquí sola con Jean. Pero él tiene que volver al granero, ya no

puede dormir en la casa.

Asentí. Esperaba que Herbert realmente se asegurara de que esos tipos no volvieran.

Se levantó lentamente y subió al piso de arriba para hacer las maletas. Mi tía vive a unos pueblos de distancia. Mi tío vino a buscar a Mami con su carreta.

—¿Estás segura de que podrás arreglártelas, niña? —preguntó Mami al despedirse. Le sonreí alentadoramente, aunque no tenía ganas.

Limpié la cocina y puse agua a calentar para lavar la ropa. Después de colgar todo cerca de la estufa, puse la mesa y esperé a que viniera Jean. Me senté allí pensando en todo lo que había pasado. Todo mi hermoso mundo intacto que pude experimentar hace unos años ha desaparecido. Cada día se oye que alguien ha muerto. La gente se vuelve mala. Golpean a extraños inocentes y desprevenidos. Mi pobre primo ha muerto. ¿Qué clase de mundo es este en el que vivo? Las lágrimas volvieron a fluir.

—¿Por qué lloras? —oí de repente una voz detrás de mí. Me di la vuelta e intenté secarme las lágrimas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jean.

—Mi primo ha caído.

Se quedó allí sin decir nada. ¿Por qué debería? Era un enemigo menos.

—Todo esto se lo debemos a vuestro Führer —dijo con amargura.

—Yo no soy el Führer, ni siquiera lo conozco —exclamé.

—Pero debéis rebelaros contra él. Todos tienen que morir solo porque él está loco.

Empecé a sollozar.

Jean respiró hondo, se acercó a mí, tocó mi mano y dijo: —Lo siento. Realmente tú no tienes la culpa.

Aun así, no pude dejar de llorar. Él me abrazó.

—Esta guerra terminará algún día, quizás pronto. Después de todo, los americanos también son fuertes —dijo—. Lo he oído de otros trabajadores forzados en los campos. Dicen que los americanos ya han recuperado la mitad de Francia.

Apenas escuché lo que decía, solo me aferraba a él. Me acarició la cabeza hasta que me calmé un poco. Luego se fue a su lugar.

Puse pan y algo de queso en la mesa y nos preparé un té. Comimos sin decir nada. Una y otra vez tenía que mirar las heridas en su cara. Esto se lo habían hecho mis compatriotas.

Más tarde entró nuestra vecina. Me di cuenta de cómo nos observaba.

—¿Estás bien? —preguntó.

Asentí. —Todos estamos tristes por mi primo —expliqué.

La vecina observó a Jean. Luego dijo: —Es realmente terrible. ¿El francés come con vosotros?

—Sí, es más fácil, dijo Mami.

Jean se levantó y dijo: —Gracias y que tenga una buena noche.

La vecina lo miró a él y luego a mí. —¿Necesitas más ayuda? —preguntó.

—No, no, solo tengo que recoger los platos.

—Si pasa algo, llámame.

—Lo haré.

—Yo también tengo que volver —dijo. Pero esperó hasta que Jean desapareció en el establo. Antes de irse, me aconsejó que cerrara bien la puerta. Le di las gracias y le deseé buenas noches.

Ahora estoy aquí sentada preguntándome cómo seguirá todo esto. Espero que esta guerra termine pronto.

SÁBADO, 11 DE NOVIEMBRE DE 1944

Cuando me fui a la cama anoche, no pude conciliar el sueño. Estaba tan triste, y ser la única persona en la casa me daba miedo. No quería estar sola. El anhelo por Jean era tan grande que todos los peligros me parecían insignificantes. Me puse un pañuelo y salí a la noche.

Era luna llena.

Creo que estaba dormido cuando intenté abrir la puerta en silencio. Pero chirrió, y oí cómo se movía en la paja.

—Soy yo... Anna —dije en voz baja.

Se quedó inmóvil. ¿Dónde estaba exactamente? Caminé con mi pequeña lámpara de petróleo.

—Apaga la lámpara, no sea que quemes todo el establo.

Iluminé en dirección a su voz y lo vi arriba, donde almacenamos las pacas de paja. Luego apagué la lámpara.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

—Tengo miedo de estar sola. ¿Dónde estás? —pregunté.

—Espera, voy hacia ti. Tus ojos aún no se han acostumbrado a la oscuridad.

Bajó por la escalera. Me acurruqué contra él.

—¿Qué haces? —preguntó.

—¿Puedes simplemente abrazarme? —le pedí.

Al principio no hizo nada, pero luego me abrazó con fuerza. Lo besé.

—¿Por qué? —preguntó.

—Te amo —dije.

En ese momento, todas las circunstancias me daban igual. Incluso si nos encerraran a ambos. Él volvió a respirar profundamente.

—Me torturas —dijo.

—¿Por qué?

—Porque eres hermosa. Porque eres lo único hermoso y verdadero que aún puedo ver en este mundo loco.

Lo besé de nuevo. Él correspondió a mi beso, pero no como antes, sino como un hambriento, como si quisiera devorarme por completo.

En ese momento no pensamos en las consecuencias. Ahora, mientras escribo estas líneas, soy muy consciente del peligro en el que nos hemos puesto. Sobre todo para él. Si alguien lo descubre, seguro que los camisas pardas lo matan a golpes.

26

—No puedo ni imaginármelo —dijo Julie después de que terminaran de leer la entrada del diario.

—¿El qué? —preguntó Marc.

—Toda esta guerra, para mí siempre fue algo tan lejano, en el pasado —dijo pensativa.

En las siguientes páginas del libro no había entradas de Anna-Maria. En su lugar, había notas y dibujos en otra caligrafía y en francés.

—Hmm, no entiendo todo —dijo Marc—. Pero parece que ha escrito notas sobre el cultivo de limones. Interesante. Anna-Maria sabía mucho sobre el tema. Me enseñó la mayoría de lo que sé sobre limones. Tal vez lo aprendió de Jean.

—Sí, es muy probable —dijo Julie.

Siguió pasando las páginas, pero las siguientes habían sido arrancadas. ¿Habría descrito Anna-Maria más detalles que luego quiso ocultar? ¿Habría destruido las entradas porque le resultaba demasiado doloroso volver a leerlas?

—¿Qué crees que pasó en el heno? Justo cuando se ponía más interesante, las entradas vuelven a interrumpirse.

—Creo que existe una posibilidad realista de que Jean sea tu abuelo.

El resto del día, Marc y Julie deambularon por las callejuelas, pero pasaron la mayor parte del tiempo en un agradable café. No hablaron mucho, ambos estaban sumidos en sus propios pensamientos.

Julie seguía sin saber más que antes de leer el nuevo diario. Sabía que Jean probablemente había amado a su abuela, pero ¿era también el padre de su hijo?

Además, Julie de repente se sentía como una intrusa, una molestia. ¿Por qué Anna-Maria había arrancado las páginas? ¿Qué experiencias dramáticas se ocultaban allí? ¿Tenía Julie derecho a despertar el pasado y desvelar los secretos?

Marc parecía poder leer sus pensamientos. —Estás cerca de la meta, lo encontraremos.

—¿Y si no quiere vernos o no quiere saber nada más de Anna-Maria? —preguntó con voz temblorosa.

—Eso tendremos que averiguarlo —dijo Marc.

A la mañana siguiente, Julie ni siquiera pudo desayunar de tanta emoción. Un vaso de agua fue lo único que tomó. Fueron caminando al primer Jean de su lista. Marc le cogió la mano. Su mapa de la ciudad los llevó a un pintoresco edificio en el casco antiguo. Julie llamó al timbre. Se oyó una voz femenina joven. Julie intentó explicar en su mal francés, con las pocas frases que se había aprendido de memoria, por qué estaban allí.

—Je cherche Monsieur Gilbert...

Colgaron el auricular y en el balcón apareció una joven que examinó a Julie y Marc.

—¿Es usted pariente del señor Gilbert? —preguntó Julie.

—¿Por qué quiere saberlo?

Julie intentó recordar cómo se decía *buscar* en francés: —Je... je cherche... un Jean Gilbert. Il était... en Allemagne... dans la guerre.

La mujer negó con la cabeza. Si Julie la entendió correctamente, dijo que su padre había nacido más tarde. La conversación no parecía llevar a ninguna parte.

—Merci —dijo Julie decepcionada—. Au revoir.

Siguieron adelante. La segunda y la tercera dirección también resultaron ser un fracaso. La cuarta querían visitarla por la tarde, ya que estaba un poco más lejos. Condujeron a través del paisaje veraniego y Julie estaba segura de que esta vez tendrían éxito. Pero este Jean Gilbert era un escultor de cuarenta años.

Julie estaba muy desanimada.

—Probablemente lo que estamos haciendo aquí sea una locura —dijo cuando volvieron a estar en el coche.

—Eso no importa —respondió Marc—. Al fin y al cabo, solo queda un Jean Gilbert en nuestra lista, mañana sabremos si es el correcto.

A la mañana siguiente desayunaron juntos en el pequeño bistró frente a la pensión. En una esquina colgaba un gran televisor de pantalla plana en la pared.

—Mira —dijo Julie—. Creo que es un reportaje sobre un corredor con prótesis.

Marc levantó la vista.

Julie no entendía mucho, pero las imágenes hablaban por sí solas. Mostraban al atleta discapacitado entrenando y compitiendo con atletas sin lesiones.

—¿Ves? Hoy en día todo es posible —dijo ella.

Marc no respondió. Simplemente se quedó mirando fijamente el televisor, hacía tiempo que había dejado los cubiertos a un lado.

Julie pensó que su expresión se había ensombrecido de manera preocupante.

—En las últimas Olimpiadas también hubo ese corredor con prótesis —intentó animarlo.

Marc cruzó los brazos. No la miraba.

—Bueno —balbuceó Julie—. Creo que lo condenaron por homicidio involuntario de su novia... pero antes de eso había tenido mucho éxito.

Pensó que sería mejor alejarlo del televisor. Si el reportaje lo alteraba tanto, ¿estarían las sombras de su pasado volviendo a perseguirlo una vez más?

Miró el reloj.

—¿Nos vamos ya? —preguntó.

—Me gustaría quedarme un rato más —respondió Marc ausente, sin volverse hacia ella.

¿Qué le pasaba? Julie exhaló de forma audible. De repente se sintió muy pequeña cuando él le hablaba así, como si fuera invisible.

—Vale —dijo y se levantó.

Tal vez fuera bueno tener algo de tiempo para sí misma. No solo por su búsqueda, sino también por Marc. Tenía que aclarar cómo iban a continuar las cosas entre ellos. Claramente él aún no había superado su pasado. ¿Y qué pasaba si era lo mismo con su *gran amor*?

Con pensamientos sombríos, Julie subió al Citroën 2CV e introdujo la última dirección en el navegador. Este Jean Gilbert vivía en un pequeño pueblo a unos quince kilómetros de la ciudad. El sol ya brillaba con fuerza sobre las verdes colinas de los alrededores. Pasó junto a campos de

lavanda en flor. Una imagen idílica, pero no logró mejorar el estado de ánimo de Julie.

La carretera estaba muy tranquila. Las casas parecían pequeñas granjas, había grandes jardines entre las sencillas construcciones de piedra. Pero las propiedades habían envejecido. No se veía a nadie en la calle.

Finalmente, el navegador dijo: —Ha llegado a su destino.

Aparcó y salió del coche. La casa era bastante imponente con un amplio patio interior.

Julie respiró hondo antes de levantar el dedo hacia el timbre. Cuando había estado con Marc, no había tenido más remedio que llamar. Él no la habría dejado irse sin más. Pero ahora, frente a esta gran casa, el valor la abandonó. ¿Qué estaba haciendo aquí?

Se dio la vuelta y regresó al camino, de vuelta hacia el coche. A lo lejos vio a un transeúnte con un perro.

Así que sí hay gente en la calle, pensó. Por un momento se había preguntado si alguien vivía aquí todavía.

El perro corrió hacia ella y sonrió. Era un spaniel con un pelaje blanco sedoso con manchas marrones. La olfateó. El dueño aún estaba bastante lejos.

Qué graciosas son estas correas, pensó. *Kilómetros antes de que aparezca el dueño, el perro ya está aquí.*

Se arrodilló y acarició al perro. Finalmente, el dueño también se acercó. Era un señor mayor que dijo algo en francés. Parecía bastante vigoroso para su edad.

Ella lo miró sonriendo y dijo en su mal francés:

—Lo siento, no hablo francés.

Él sonrió.

Ella se levantó y estaba a punto de seguir caminando cuando él dijo en alemán:

—¿De dónde viene usted?

Ella se dio la vuelta y lo miró.

—De Heidelberg.

Él la miró. Julie se acercó.

—¿Conoce Heidelberg?

Él la miró y no dijo nada.

—¿Quién eres? —preguntó con gran asombro en sus ojos.

—Soy Julie y estoy buscando a un amigo de mi abuela, Jean Gilbert.

—Yo soy Jean —respondió.

—Estaba frente a su casa hace un momento.

—¿No hay nadie? —preguntó.

—No lo sé, no llamé al timbre.

Por un momento la miró desconcertado. Cerca había un banco. Él lo señaló y se sentaron.

—¿Ella te habló de mí? —preguntó Jean.

—No. Falleció hace unos meses.

—¿Falleció? —El anciano de repente pareció abatido.

—Encontré el diario de Anna-Maria y escribe sobre usted.

—Anna-Maria. Te pareces mucho a ella. Supe de inmediato que me resultabas familiar.

—¿De verdad?

Él asintió.

—Puedo recordarla como si la hubiera visto ayer. Tenía un cabello rubio espeso y esos grandes ojos azules.

Su voz sonaba ronca.

—Creo que todos los jóvenes del pueblo estaban enamorados de ella —dijo.

—Cuando uno lee el diario, no da esa impresión en absoluto.

—Su madre era muy estricta, por eso pocos se atrevían a decir algo. Pero creo que ella no era consciente de lo guapa que era.

Julie pensó en los diarios que había leído.

—¿Sabía usted que Anna-Maria se quedó embarazada durante el tiempo que estuvo en la granja?

Él la miró sorprendido.

—¿Anna? No.

—Sí, dio a luz a una hija en agosto de 1945, Elisabeth.

—¿Una hija?

—Creo que usted es mi abuelo.

Se quedó callado y miró al vacío en silencio.

—¿Cómo estás tan segura?

—Ella escribió en su diario sobre la noche en el granero. Y eso fue nueve meses antes del nacimiento de mi madre.

Jean asintió, pero guardó silencio. Después de un rato, dijo pensativo:

—Pero fue *ella* quien no quiso saber nada más de mí. De repente se volvió fría como el hielo cuando me encontraba. No quería verme más. Aunque le aseguré que encontraríamos una manera después de la guerra, que realmente la amaba. Pero en lugar de eso, empezó a salir con ese tipo repugnante del ayuntamiento.

—¿Herbert?

—Sí, exacto, así se llamaba. Y luego, una semana después, me trasladaron con otros trabajadores forzados al Muro Occidental para cavar fosas antitanque contra los estadounidenses. Dos semanas después, liberaron nuestro campo de prisioneros y me enviaron de vuelta a Francia. La idea de que Anna-Maria probablemente estuviera ahora comprometida con Herbert era simplemente insoportable. Pero para ella, yo era solo uno más de los enemigos que acababan de conquistar su país y que podrían matar a su padre y a su hermano. Al menos eso es lo que creí entonces que era la razón por la que estaba tan fría conmigo.

—Tal vez lo hizo para protegerlo —sugirió Julie.

Jean ahora tenía lágrimas en los ojos. No dijo nada, pero asintió.

—¿Se casaron los dos? —preguntó finalmente.

Julie negó con la cabeza.

—No, no lo hicieron, la abuela nunca se casó. Cualesquiera que fueran las razones por las que se involucró con Herbert, seguramente no fue por amor. Después de la guerra vivió sola. También sin hijos. Debe haber dado a su hija en adopción temprano. Mi madre.

—No sabía nada de esto. De verdad que no —dijo con tristeza.

—Desafortunadamente, el último diario de Anna-Maria que tengo termina en noviembre de 1944. La última entrada describe cómo fue a verlo a usted al granero por la noche.

Él sonrió de nuevo.

—Era obstinada.

—¿Puede recordar eso todavía?

—Como si hubiera sido ayer —respondió—. Poco antes, unos jóvenes me habían dado una paliza. Por eso no podía ayudar mucho todavía, pasaba la mayor parte del tiempo acostado en el establo. Anna-Maria estaba muy enamorada de mí. Yo también de ella, pero yo era mayor que ella y tenía experiencia. Era cauteloso. Una relación conmigo podría haber terminado mal para

ambos. En realidad, me había propuesto no ponerla en peligro con algo así.

—¿Y?

Se quedó sentado, pensando.

—Puedo recordar tan bien el tiempo en Alemania, mejor que otros años después de la guerra —dijo—. Esa noche, alguien de su familia había caído, ella vino a mí. Estaba sola. Yo dormía, o mejor dicho, intentaba dormir. Pero aún tenía dolor de cabeza por los golpes. Entonces la oí. Las chicas de esa edad no piensan en los riesgos cuando están enamoradas. Y ella estaba enamorada de mí. ¿De mí? En ese momento, realmente no lucía deslumbrante. Pero a ella no le importaba. Para mí, era un rayo de luz en ese mundo sombrío. Inocente y sin culpa. Nunca pensé que me enamoraría de una alemana.

Jean hizo una pausa por un momento. Levantó la cabeza, como si buscara los recuerdos en la distancia.

—Yo también tenía solo veintiún años entonces. Sentir su delicado cuerpo contra el mío se sentía tan bien que me costó mucho autocontrol simplemente sentarme a su lado. No hice nada. Pero entonces Anna se volvió hacia mí y me besó. Después de eso, nos dejamos llevar por nuestra pasión. No pensamos ni en los peligros ni en la muerte. Solo pensamos en ese momento. Aunque era mayor, estaba muy inseguro. No quería lastimarla de ninguna manera. Que pudiera quedar embarazada, no lo pensamos esa noche. Solo queríamos estar juntos. Después de unas horas, ella regresó silenciosamente a la casa. Fue la única vez. No se dio la oportunidad para una segunda vez.

—¿Y después de la guerra? —preguntó Julie.

—Pensaba constantemente en ella y me preguntaba cómo podría volver a verla. Pero cuando regresé a Francia, me di cuenta de que mi familia nunca habría aceptado a una alemana. Todo el país estaba en conmoción por los alemanes, se hacía justicia rápida con los colaboradores. Y Anna-Maria estaba con Herbert. Al menos eso pensaba. Conocí a una agradable francesa en la universidad, seguí estudiando, pero ya no derecho, sino literatura. De alguna manera, la literatura parecía tener más respuestas a mis preguntas que el derecho. Justo cuando estaba en medio de los preparativos de mi boda, un día Anna-Maria apareció en la plaza de la universidad. Hablamos. Se enteró de que estaba a punto de casarme, y entonces dijo que no quería molestarme más. Afirmó que ella también estaba casada y me contó que estaba de paso por la Provenza por casualidad. Dijo que solo quería desearme una buena vida y asegurarse de que no quedaran sentimientos desagradables entre nosotros.

—¿Por qué habrá hecho eso? Probablemente quería protegerlo. Entonces renunció voluntariamente a su gran amor.

Él asintió en silencio. Había lágrimas en sus ojos.

—Cuando nos despedimos, estaba desgarrado —continuó Jean finalmente—. Los años pasaron. Pensaba en Anna una y otra vez. Más tarde, estuve a menudo en Alemania, cuando daba conferencias como invitado o asistía a congresos científicos. Eso me ayudó a no olvidar el idioma... Y mientras tanto, intentaba encontrarla.

—¿Y?

—No fue fácil. Incluso contraté a un detective privado y este consiguió su dirección. Vivía en Heidelberg en ese momento. Incluso la vi, pero no tuve el valor de hablarle. Yo era un hombre casado con familia. En ese momento, ella iba a algún lado con un hombre. Pensé que probablemente era su esposo. Después de eso, no me atreví a buscarla más. Solo sabía que se había convertido en una mujer adulta aún más hermosa. Tal vez también me alegré de haberla visto con otro hombre. Nunca quise abandonar a mi familia aquí en Francia. La vida a veces es

muy complicada. Y por supuesto, también amaba mucho a mi hija. Pero en mis recuerdos, Anna-Maria sigue estando muy presente.

El teléfono de Julie sonó.

—¿Dónde estás?

Era Marc.

—Estoy hablando con Jean —dijo Julie.

—¿Qué? ¿Por fin lo encontraste?

—Sí, te lo contaré todo más tarde. —Colgó.

—Ahora he contado tanto sin conocerte realmente —dijo Jean.

—Pero yo sí lo conozco —dijo Julie.

—Ahora tengo que volver, o mi hija se preguntará dónde estoy.

—¿Cuándo podemos vernos de nuevo? —preguntó Julie.

—Cuando quieras. Solo que hoy quizás no. Soy un hombre viejo y estoy muy cansado. A los noventa y dos años, el cuerpo quiere sobre todo echarse una siesta regularmente —dijo y se rio.

Julie se unió a la risa. —Oh, creo que usted parece de ochenta como mucho.

—Comer un trozo de chocolate todos los días y salir a pasear con el perro dos veces, para no oxidarse. ¡Eso mantiene en forma!

Jean miró su reloj. —Ven mañana, entonces podremos seguir hablando.

Julie asintió y lo acompañó a la puerta. Esperaba que las impactantes noticias no afectaran su salud. Sin embargo, para su edad, estaba increíblemente en forma. Realmente le parecía un verdadero erudito. Un hombre viejo y sabio.

Se dieron la mano y el anciano caballero desapareció detrás de la puerta de hierro.

27

Más tarde, cuando estaba sentada con Marc en la habitación y le contaba todo, él preguntó:

—¿Y qué sentiste por él?

—No lo sé, todo sucedió tan rápido. Al principio no sentí nada. Es un amable anciano de cabello blanco que camina algo encorvado. Muy educado. Bueno, no nos abrazamos si es eso lo que quieres saber. Al fin y al cabo, somos extraños el uno para el otro.

Marc la miró.

—En cualquier caso, estoy bastante conmocionada. Por primera vez en mi vida he alcanzado una meta —sonrió.

—Eso me quedó claro —dijo Marc y luego se ocupó de leer un mensaje en el teléfono móvil que de repente sacó de su bolsillo.

—¿Desde cuándo tienes un móvil? —preguntó Julie.

—Mis padres me lo regalaron en algún momento. Apenas lo uso. Pero quieren que esté localizable para ellos —dijo.

—Mañana podremos visitar a Jean —contó Julie.

Marc solo asintió brevemente y escribió un mensaje él mismo. Julie no lo conocía así en absoluto. Y habría deseado que se alegrara más por ella. Pero, ¿qué tenía de inusual que un joven enviara un mensaje por smartphone?

Julie no pudo dormir en toda la noche. Muchos pensamientos pasaban por su cabeza. Se preguntaba por qué había sentido tanta distancia con Jean. Deberían haber sentido algo especial. Una especie de conexión. Pero al principio no hubo nada de eso.

A la mañana siguiente estaba agotada. Antes de ir a casa de Jean, compró un pastel como regalo. Estaba mucho más nerviosa que el día anterior. Esta vez tocó el timbre y una mujer de unos sesenta años abrió la puerta y dijo en inglés:

—¿Es usted la visita de Alemania?

Julie asintió.

—Bueno, no sé qué han hablado con mi padre, pero lo ha alterado tanto que ahora está en cama con la presión arterial alta y no recibe visitas.

—Lo siento mucho —dijo Julie.

Tenía el pastel en la mano.

—¿Quién es usted, de todos modos? —preguntó la hija.

—¿Su padre no ha hablado con usted? —respondió Julie.

—¿Sobre qué?

—Sobre su vida en Alemania.

—No quería hablar de eso. Parece que no tiene buenos recuerdos —dijo ella—. Pero, ¿qué tiene usted que ver con eso?

—Él vivió en Alemania con mis parientes —dijo Julie, porque quería dejar que Jean le contara la verdad a su hija, su tía.

La mujer asintió, parecía querer preguntar algo, pero luego no lo hizo. Tal vez también pensó que era asunto de Jean cuándo hablaba de ello.

—¿Está su madre en casa? —se atrevió Julie a preguntar.

—Falleció hace tres años.

—Lo siento mucho —dijo Julie y se dio cuenta de que se estaba repitiendo.

—Julie, vámonos —dijo Marc.

Julie le entregó el pastel a la hija de Jean.

—Lo hemos traído, es para ustedes.

—Gracias, pero pueden llevárselo.

—No, no, tal vez su padre coma un pedacito.

La mujer aceptó el pastel encogiéndose de hombros.

—Gracias. Dele muchos saludos y dígale que lamento si lo he alterado de alguna manera.

La mujer asintió. Luego cerró la puerta.

Julie se sentía culpable.

—Espero no llevarlo a la tumba.

—Qué tontería —dijo Marc—. Tienes derecho a saber qué pasó.

—¿Lo tengo? —preguntó Julie.

—Oye, todo saldrá bien —dijo él—. Simplemente esperaremos hasta que se sienta mejor.

—No, no me atrevo a aparecer por allí otra vez.

—Es tu abuelo.

—Ni siquiera lo sabemos con certeza.

La euforia inicial de Julie se había desvanecido por completo. Se sentía de nuevo como tantas veces cuando abandonaba justo antes de alcanzar una meta. Aunque esta vez realmente había alcanzado la meta. ¿O no?

A la mañana siguiente no se atrevió a ir a casa de Jean otra vez. Pero quería saber cómo estaba, así que lo llamó. Una enfermera atendió el teléfono.

—El señor Gilbert ya está mucho mejor —aseguró.

—¿Sabe por qué se sintió tan mal?

—El señor Gilbert tiene la presión arterial alta y debería cuidar mejor su alimentación. Pero no quiere escuchar eso —dijo la enfermera con desenfado—. Un momento, señora. El señor Gilbert quiere hablar con usted.

Julie se disculpó de nuevo cuando lo tuvo al teléfono.

—Ah, pequeña, tú no tienes la culpa de que esté en cama. Más bien fueron el buen jamón y la crema de chocolate del día anterior.

Ahora Julie tuvo que sonreír.

—Solo quería ver cómo estaba, eh, usted —balbuceó Julie.

—Estoy bien. Simplemente ven.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo —dijo, y Julie salió inmediatamente con Marc.

Cuando llegaron, Jean estaba sentado en la sala de estar, aunque en pijama y bata, pero se veía bien.

—¿Dónde está su hija?

—Con su hijo y su familia. Gabrielle es una hija maravillosa, pero un poco estricta conmigo —explicó Jean. Y dirigiéndose a Marc—: ¿Y quién es este joven?

—Es mi novio Marc.

Los dos hombres se dieron la mano.

Después de haber estado sentados unos momentos sin decir nada, Jean se volvió hacia Julie y preguntó:

—¿Y cómo vamos a seguir?

Julie no esperaba esta pregunta.

—¿A qué se refiere?

—Primero, podemos tutearnos, y luego me gustaría saber qué quieres hacer ahora.

—No lo sé, no he pensado en ello —respondió Julie intimidada.

Por supuesto, no había considerado qué pasaría si realmente llegaba a conocer a su abuelo.

—Entonces tengo una idea —dijo él—. Simplemente me iré con ustedes.

—¿Es una broma? —preguntó Marc.

—No, ¿por qué?

Julie y Marc se miraron.

—No pueden simplemente venir aquí, contarme cosas que cambian mi vida y marcharse como si nada hubiera pasado.

—Pero usted... digo, tú estás enfermo.

—Tonterías, siempre he tenido la presión alta, solo tengo que cuidar mi alimentación. Pero en eso pueden ayudarme —dijo él.

—¿Y qué quieres hacer en Alemania?

—Conocer a tu madre, visitar la tumba de Anna-Maria y ver su antigua casita. Quiero saber cómo vivió en sus últimos días.

A Julie le gustó la idea de alguna manera. Marc estaba a punto de decir algo. Pero luego decidió quedarse callado.

—Si realmente quieres eso, por supuesto que puedes venir con nosotros —dijo Julie—. En realidad, me gusta la idea.

Casi le parecía una nueva misión que podía completar: presentar al padre y a la hija y reunir a la familia.

Jean los miró a ambos.

—Muy bien, solo tengo que avisarle a Gabrielle. ¿Cuándo queremos partir? —preguntó.

Julie lo pensó. —No lo sé, en realidad teníamos previsto regresar hoy.

—Soy un hombre viejo. Las cosas no van tan rápido. Propongo que en dos días.

28

Julie se sentía algo insegura al volante del gran Mercedes de Jean. Había dejado su Citroën 2CV estacionado en casa de Jean sin pensarlo mucho. Moritz no lo echaría de menos por un tiempo y siempre podría recogerlo cuando llevara a Jean de vuelta a Aix-en-Provence con su coche.

—Espero que no haya problema en que vayamos en mi coche —dijo él.

—Al menos tiene más espacio para las piernas o, mejor dicho, para las prótesis —comentó Marc, levantando un poco el pantalón para mostrar su articulación de alta tecnología.

—Oh. ¿Accidente de coche? —preguntó Jean.

Marc asintió.

—¿Ibas conduciendo tú?

Marc negó con la cabeza.

—Eso es duro —dijo Jean.

Luego se quedaron en silencio por un momento.

—¿Sabéis qué? Creo que Julie debería aprender más sobre la tierra de sus antepasados —anunció Jean.

Julie ya se estaba preparando para escuchar un monólogo sobre Francia cuando Jean dijo: —He pensado que podríamos parar en algunos lugares y os contaré algo sobre ellos. Mira, ve por allí, primero haremos una parada en Niza.

—Pero eso llevará mucho más tiempo —dijo Julie.

—Bah —Jean hizo un gesto con la mano—. ¿Por qué tanta prisa? Hagamos de esto un verdadero viaje, si tarda demasiado, nos quedamos a dormir en algún sitio. Quién sabe cuántas veces más podré visitar los lugares que significan algo para mí.

Este último argumento convenció a Julie y tomó la autopista hacia el sur.

—Tenéis que ver el mar en Niza —dijo Jean cuando, una hora más tarde, se dirigían al paseo marítimo.

Aparcaron en una calle lateral y comenzaron a pasear. Jean recomendó un café con vista al mar, donde se detuvieron.

—Aquí estuve en mi luna de miel —dijo en voz baja.

—¿Las amaste a las dos? —quiso saber Julie.

Jean lo pensó. —Lo de Anna fue apasionado, agridulce, pero no teníamos futuro. Simone, al igual que yo, estudió literatura y nos entendíamos muy bien.

Mientras reflexionaba, miraba el mar turquesa.

—Brilla maravillosamente, en ningún lugar del mundo el mar tiene este color —dijo.

Julie y Marc miraron el agua.

—Diría que amé a ambas mujeres, cada una de una manera diferente —dijo Jean sin apartar la mirada del mar—. ¿Está mal eso? —preguntó.

No respondieron nada.

—Pero me hubiera gustado conocer a mi hija antes —dijo Jean con tristeza—. Ahora soy viejo.

Julie tomó su mano entre las suyas. Él la miró y sonrió.

—Al menos te he conocido a ti.

En ese momento, sonó el teléfono de Marc.

Se apartó un poco y contestó la llamada. Julie se quedó mirando el mar.

—¿Y? ¿Eran tus padres? —preguntó Julie cuando Marc regresó.

No respondió nada.

—¿Ha pasado algo?

—No, todo está bien —dijo Marc.

—¿Alguien está enfermo? —insistió Julie.

—No.

Julie notó que Marc no quería hablar del tema, pero entonces sonó de nuevo.

—Disculpad —dijo y se apartó de nuevo.

¿Por qué estaba tan tenso? Hablaba de manera terriblemente reservada con ella.

Julie y Jean lo miraron interrogantes cuando volvió.

—Era mi ex novia —dijo Marc.

—¿La chica de las prótesis? —preguntó Julie incrédula.

Él asintió.

—¿Qué quería?

—Quiere hablar conmigo.

—¿Así, de repente? ¿De dónde ha sacado tu número?

Marc titubeó.

—Llamé a Christian cuando estabas fuera sola. Él me dio su número. Le gustaría patrocinarme si voy a una especie de prueba.

Julie notó que Marc estaba bastante alterado. La llamada telefónica obviamente lo había perturbado.

—Marc, me alegro de que vuelvas a hacer deporte. Pero espero que le hayas dicho que no, ¿verdad? Incluso si quieres volver al deporte profesional, seguro que hay otros patrocinadores.

—Ninguno como *Bockmüller* —dijo secamente.

Jean miraba confundido de uno a otro. No entendía qué estaba pasando y por qué ambos se habían alterado de repente. Pero Julie no quería explicárselo, era demasiado complicado.

Marc se terminó su limonada y no dijo nada más.

Se alojaron en una agradable pensión. Jean se hizo cargo de los gastos. Pero Julie no estaba de humor para disfrutar de la bonita habitación, el mar o la ciudad.

Tampoco podían hacer mucho con Jean, por supuesto.

En realidad, no debería estar viajando tanto, pensó Julie.

—Antes me gustaba viajar, ahora me he vuelto sedentario, pero con vosotros quiero ver estas pocas bellezas una vez más —explicó durante el desayuno a la mañana siguiente.

Le pidió a Julie que le midiera la presión arterial. Luego llamó a su hija para darle los valores.

—¿Y bien? —preguntó Julie cuando colgó.

—Todo bien —dijo Jean—. Todavía no está contenta de que haga este viaje, pero me encuentro bien. No os preocupéis. Le conté a Gabrielle antes de nuestra partida que tenía que resolver un asunto importante en Alemania relacionado con mi época como trabajador forzado. Estaba tan sorprendida que ni siquiera preguntó más. Y me dejó ir con la condición de que hablemos todos los días por teléfono y le dé mis valores.

—Para ser sincera, yo tampoco creí del todo que vendrías con nosotros así sin más —admitió Julie.

—¿Por mi edad? —preguntó él y se rio—. Los que somos del sur de Francia somos una raza especial. Siempre me lo han dicho. Y parece que es verdad.

Julie sonrió.

—¿Y qué vamos a hacer hoy? —preguntó Marc.

—Me llevaréis al café donde estuvimos ayer para que pueda recordar los viejos tiempos. Luego vosotros dos subiréis a la colina del castillo, que es el mirador más bonito de la ciudad. Ya veréis, es impresionante —les guiñó un ojo.

Julie miró a Marc. Pero él parecía ausente. ¿Qué estaría pasando por su cabeza?

Después de dejar a Jean, caminaron en silencio por las callejuelas cada vez más empinadas del casco antiguo hacia la colina de cien metros de altura al borde del paseo marítimo. Pasaron por un enorme cementerio con tumbas imponentes y junto a cascadas artificiales que brotaban de la montaña. Para entonces, la temperatura había subido a más de treinta grados. El sol brillaba alto sobre el mar y las salpicaduras de agua de las cascadas eran un refrescante alivio durante el ascenso.

Finalmente llegaron al mirador, donde solo quedaban algunos restos de muralla del antiguo castillo vigilando la ciudad. A la sombra de una palmera, contemplaron la ciudad. Desde allí se podía ver todo el paseo marítimo, los tejados de las casas y las iglesias de color naranja, y las montañas en la distancia.

Marc seguía en silencio. Julie decidió enfrentarse a él por fin.

—¿Todavía sientes algo por tu ex? —preguntó.

—¿Por qué debería? —respondió Marc—. Me trató como basura.

—Aun así, hablas por teléfono con ella.

—Es solo por negocios. Además, no está mal que nos aclaremos después de tantos años.

—¿Y funcionó? Hace un rato parecías bastante alterado después de la llamada —dijo Julie.

—Por favor, no te metas constantemente en mis asuntos —respondió irritado—. ¿Qué se supone que debo sentir por Lena?

Su tono le dolió. ¿Se había imaginado que él había superado su ira? Ahora parecía de nuevo el Marc de antes, que solo reaccionaba con irritación ante el mundo.

—Eso lo sabrás tú —dijo ella, mirando hacia el mar resplandeciente.

—Hasta ahora tú lo sabías todo mejor, señora psicóloga aficionada —dijo él y se dio la vuelta.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Julie.

—Ah, olvídalo —rechazó él.

—Quiero saber qué querías decir.

—Simplemente olvídalo —dijo él.

Se apartó de la barandilla, metió las manos en los bolsillos y miró fijamente hacia adelante.

Julie estaba segura de que Marc no era indiferente a esta mujer, por mucho que lo negara.

29

Al día siguiente, después del desayuno, se dirigieron hacia París.

—Esta ciudad es única. Ruidosa, sucia, abarrotada de turistas, pero aun así maravillosa —dijo Jean con entusiasmo.

Julie estaba muy nerviosa cuando entraron en París. Había oído que el estilo de conducción parisino dejaba mucho que desear.

—Lamentablemente, ya entregué mi licencia de conducir, de lo contrario habría conducido yo —dijo Jean.

—Si tuviera dos piernas, me ofrecería a hacerlo.

Se rieron. Marc estaba de mejor humor que el día anterior.

—En realidad, soñaba con pasear por París con Anna-Maria —dijo Jean—. Desafortunadamente, ya no puedo mostrarles París como me gustaría. Pero podemos ver una o dos cosas bonitas, lejos de las multitudes; el resto podrán explorarlo solos en otra ocasión.

Después de luchar contra el tráfico y registrarse en el hotel, dieron un paseo por los Campos Elíseos.

El teléfono de Marc volvió a sonar; se apartó y contestó. Julie notó que de vez en cuando sonreía mientras hablaba. Eso era nuevo.

—¿Qué le pasa a tu amigo? —preguntó Jean.

—No lo sé, todo tiene que ver con su accidente. Es su ex novia, que ahora está con su mejor amigo. Aunque ahora trabaja en deportes para discapacitados.

—Oh là là —respondió Jean—. Todos tenemos nuestras cargas.

Siguieron caminando lentamente mientras Marc seguía al teléfono.

—No sé nada sobre ti —dijo Jean—. ¿Me cuentas sobre tu infancia?

—Ah, no hay mucho que saber sobre mí. Pasé mi infancia con mis abuelos, los padres de mi padre. Mi madre siempre estaba muy ocupada, y aún lo está. En realidad, nunca quiso tener hijos; yo fui más bien un accidente. Mi madre ya tenía casi cuarenta cuando nací. Y la relación con mi padre tampoco duró mucho. Lo veo muy raramente. Se mudó a Berlín Occidental poco después de mi nacimiento.

—¿Tu madre simplemente te dejó de lado? —preguntó Jean.

—Ah, no lo diría así. En retrospectiva, creo que nunca aprendió cómo formar una familia propia. Intento no guardarle rencor. Y para mis abuelos, mi nacimiento no fue un accidente; siempre decían que fue una bendición.

—Aun así, debiste pasar por mucho como niña. No es bueno que un niño no sepa cuál es su

lugar en la vida —dijo Jean.

Julie se encogió de hombros.

Él le sonrió y le puso una mano en el hombro. —Bueno, yo no puedo quejarme de mi infancia, fue maravillosa —dijo Jean—. ¿A qué se dedica tu madre?

—Es profesora de francés e inglés y ama su trabajo.

Jean sonrió. —¿Te pareces a ella?

—No, en realidad no. Ella es más bien de tez oscura, como tú antes, o como Anna-Maria te describió.

Jean guardó silencio pensativo y Julie buscó en su rostro algún parecido con su madre. Algunas cosas le recordaban a Elisabeth, otras no en absoluto.

Antes de que pudieran continuar su conversación, Marc regresó.

—¿Y bien? —preguntó Jean.

—Me ha invitado a esa gala deportiva que está organizando.

—¿Y? ¿Vas a ir?

Él hizo un gesto de negación.

Jean se sentía cómodo en París. Julie seguía controlando su presión arterial regularmente, pero el anciano estaba en excelente forma. Tomaron una larga siesta al mediodía, luego visitaron la Torre Eiffel y tomaron un taxi a Montmartre. Desafortunadamente, los cafés de los que hablaba Jean ya no existían. En un antiguo café ahora había una tienda de zapatos y una de teléfonos móviles. Jean estaba decepcionado.

—Creo que ya he visto todo lo que quería de París —dijo—. Ahora podemos ir a Heidelberg.

Así que a la mañana siguiente se dirigieron hacia el este. Los pensamientos se acumulaban en la cabeza de Julie. Habían pasado tantas cosas increíbles en los últimos días. Había estado en la Provenza por primera vez en su vida. ¡Había conocido a su abuelo!

Ahora conducía su coche. Jean estaba sentado en el asiento trasero. Cuando miró por el espejo, notó que se había quedado dormido. Marc también dormía en el asiento del copiloto. Observó a su novio. Se veía tan pacífico. Vulnerable. E inalcanzable.

Tres cuartos de hora después de cruzar la frontera, Julie salió de la autopista.

—Pausa, chicos —gritó, y ambos hombres se sobresaltaron.

La carretera conducía a una rotonda.

—Bien, aquí haremos una pequeña parada —dijo Julie.

—¿Ya estamos en Heidelberg? —preguntó Jean.

—No, estamos en el Palatinado. En Hirschweiler. ¿Qué hacemos aquí? —preguntó Marc.

—Pensé que ya que estábamos cerca... —dijo Julie. Sonaba algo irónica.

Se detuvo en la pequeña estación de tren al borde del pueblo.

—Como no sé dónde viven tus padres, me pareció que la estación sería un buen punto de encuentro —dijo.

Marc se frotó los ojos una vez más. —¿Qué significa esto?

—Pensé que podrías ahorrarte los gastos de teléfono y finalmente resolver todo cara a cara.

Él la miró. —Me hubiera gustado decidir eso yo mismo —respondió.

—No me gusta meterme en vuestra discusión, pero mi vejiga está a punto de estallar. Y eso es un problema para nosotros los viejos —dijo Jean.

—Podríamos pasar por casa de tus padres.

—Seguro que se alegran de tener tantas visitas —comentó Marc irritado, pero aun así los guió hasta la casa de sus padres cuando Jean se aclaró la garganta y volvió a expresar su urgente necesidad.

—¡Marc, qué sorpresa!

La madre de Marc parecía realmente sorprendida, sobre todo cuando vio a Julie y Jean.

—Vaya, vaya —dijo—. ¿Por qué no avisaron que venían? Ahora ni siquiera está tu padre. Se fue unos días con sus amigos del tenis.

—Estábamos en Francia con el abuelo de Julie y ahora estamos de regreso —explicó Marc.

—Ah, en Francia.

Su madre seguía allí parada como si hubiera echado raíces.

—El señor Gilbert necesita usar el baño urgentemente.

—La vejiga de un hombre viejo —dijo Jean con su acento francés y una sonrisa algo avergonzada.

—Por supuesto, pasen —dijo Petra. Señaló el baño de invitados y Jean desapareció rápidamente en él.

—Julie, qué gusto verte —dijo la madre de Marc—. Tienen suerte, acabo de hornear un pastel de fresas.

Pasaron a la sala de estar.

—El pastel era en realidad para una visita de mañana, pero qué más da. ¿Por qué no llamaste? —le preguntó Petra a su hijo—. ¿Y desde cuándo vuelves a viajar en coche?

Marc guardó silencio.

—Se suponía que era una sorpresa —explicó Julie.

Los padres de Marc vivían en una bonita casa adosada con la típica decoración de los cincuentones: sofá de cuero marrón con una pared de salón en madera clara.

—Además, Marc quería pasar a ver a su ex, eh, Lena —dijo Julie intentando sonreír amablemente.

—¿Qué queréis de ella? —preguntó Petra sorprendida.

Miró a Marc.

Él miraba a Julie con expresión inexpresiva. ¿Qué estaría pasando por su cabeza?

—Voy a traer el pastel —dijo Petra—. ¿Queréis café? Ah sí, Marc, para ti seguro que un té.

Julie sonrió. Se sentía irreal estar tomando café con Jean y Marc en casa de su madre.

—Lena es el tema de conversación del pueblo desde que está planeando esa gala —dijo Petra y luego miró brevemente a Julie—. Parece que va a ser un evento enorme. Vendrán algunos deportistas realmente famosos —miró disculpándose a Marc—, quiero decir, también algunos sin silla de ruedas. Creo que han invitado a Lothar Matthäus. ¿O era Beckenbauer? Ay, qué sé yo.

Sonrió.

—Marc, podrías mostrarnos tu pueblo —sugirió Julie.

La madre de Marc se rio. —Bueno, la verdad es que no hay mucho que ver aquí, pero se pueden encontrar algunas callejuelas agradables.

—Claro —dijo Marc.

—Me gustaría descansar —declaró Jean, que acababa de entrar en la sala de estar.

—Tenemos una habitación de invitados desde que Marc se fue. Venga conmigo.

Después de que Jean se retirara y hubieran comido un trozo de pastel, Julie salió a dar un paseo con Marc.

—Me gustaría ver dónde jugabas de niño, dónde tuviste tu primer beso —dijo ella.

Pero Marc parecía tenso desde que habían llegado. Tal vez no había sido una buena idea venir aquí después de todo.

Caminaron por la estrecha calle principal. Había muy poca gente por ahí. Había una

panadería con un pequeño café y una heladería.

—¿Qué tal está el helado aquí? —preguntó ella.

—Está bien.

—¿Nos sentamos?

—¿Qué pretendes, Julie? —preguntó Marc, con una sonrisa, pero algo irónico—. ¿Es otra de tus sesiones de terapia de choque?

Julie no le encontró la gracia y se encogió de hombros.

—Marc, me pregunto si nuestra relación realmente te importa, si me insultas constantemente.

Marc se sorprendió, quiso decir algo, pero entonces llegó la camarera con las cartas y casi gritó: —¡Cielos, Marc! ¿Eres tú?

Él la miró. —Sí —dijo finalmente.

—¡Soy yo! ¡Abejita! —respondió ella.

Julie casi se echa a reír, tan curiosa era la escena.

—Sabine, claro. ¿Cómo estás?

—Bien —mostró el anillo en su dedo—. Me casé y tengo un hijo pequeño. Como ahora soy mamá, ayudo aquí de vez en cuando. ¿Lena sabe que estás aquí?

—¿Por qué? —preguntó él.

—Ah, es que hace poco estuvo hablando de ti.

Julie observaba a los dos.

Abejita suspiró. —Para mí, siempre fuisteis la pareja ideal.

El rostro de Marc se ensombreció. Claramente se sentía incómodo con el comentario. Julie pensó que la mujer era bastante descarada. ¿No veía que Marc estaba aquí con *ella*? Pero habría sido demasiado vergonzoso levantarse e irse ahora.

Sabine tomó el pedido y desapareció en el café.

—Es una prima de mi ex —explicó Marc.

—¿Mi ex? —preguntó Julie.

—Sí, es una forma de decir.

—No me sorprendería si tu ex apareciera ahora también.

Diez minutos después, efectivamente apareció una joven mujer que no encajaba en absoluto en este pequeño pueblo. Parecía salida de una revista de moda. Alta, rubia, con piernas increíblemente largas. Llevaba unos vaqueros ajustados con una túnica ligera. Julie la reconoció al instante. Lena. Verla en persona era aún más intimidante que en las fotos de vacaciones. Julie de repente se sintió como un patito feo.

—Hola —dijo la joven con una sonrisa radiante—. Soy Lena, una vieja amiga de Marc.

Julie le dio la mano. Marc estaba sentado como petrificado.

—Lo sé —dijo Julie.

—¿Puedo sentarme con vosotros? —preguntó Lena.

Julie asintió. Marc seguía sin reaccionar.

—Apenas podía creerlo cuando Abeja me llamó. Espero no molestaros.

—Bueno... —intentó intervenir Julie.

—¿Qué quieres? —preguntó Marc finalmente.

—Quería hablar contigo, disculparme —dijo Lena con lágrimas en los ojos—. Quiero que haya paz entre nosotros.

Marc no dijo nada, pero su mirada lo delataba. Había demasiado sin decir en la forma en que miraba a Lena. Julie de repente se sintió increíblemente sobrante. —Voy a ver cómo está Jean —dijo y se levantó.

—No quería molestarlos. Disculpen. Es solo que nos conocemos desde hace mucho tiempo —explicó Lena en tono conciliador.

—Lo sé —dijo Julie—. Como dije, creo que aquí estoy de más.

—Julie, quédate tranquila —dijo Marc.

—No, creo que realmente deberían hablar de este asunto —respondió ella.

—Gracias —Lena le sonrió.

Julie hubiera querido darle una bofetada, pero le devolvió la sonrisa. Era evidente que esta mujer no le era indiferente a Marc. Marc intentó decir algo, pero no lo logró. Julie se fue. Se sentía miserable. Y decepcionada. De alguna manera, había esperado que él se fuera con ella y dejara a Lena allí plantada.

30

Cuando llegó a la casa de los padres de Marc, Jean estaba viendo la televisión. La madre de Marc había salido de compras.

—¿Dónde está el joven? —preguntó Jean.

—Está hablando con su ex.

Jean miró a Julie.

—¿Tienes miedo de que todavía la ame?

—Ah, me da igual. De todos modos no puedo cambiar nada.

—No digas eso, a veces hay que trabajar el pasado para ser feliz en el futuro.

—Creo que el pasado acaba de alcanzarlo —respondió Julie con tristeza.

—Si sigues mirando tan triste, yo también me pondré triste —contestó Jean con ojos de cachorro.

Julie realmente podría haber llorado.

Jean intentó distraerla. —Así que esta es una típica casa alemana —dijo.

—Sí, así podría haber sido contigo y Anna.

Él sonrió. —No, Anna ya era un espíritu libre entonces, habría seguido su propio camino.

—Quién sabe, tal vez simplemente se habría casado con otro granjero.

—No lo creo —respondió él.

En ese momento, la madre de Marc llegó a casa.

—Hola. ¿Dónde está Marc? —preguntó.

—Está comiendo helado con su ex —respondió Julie.

—¿Qué? ¿Con Lena?

—Sí, con Lena.

—¿Pero por qué?

—Quiere obtener la absolución por lo que le hizo, o algo así.

—Se le ocurre bastante tarde —comentó la madre de Marc—. Le rompió el corazón y ahora esto. Me alegro de que esos dos no estén juntos. Es una princesa mimada que tiene que conseguirlo todo.

—En cualquier caso, es una princesa muy guapa —añadió Julie.

—¿Cuánto tiempo pensáis quedaros? —preguntó la madre de Marc.

—No lo sé —dijo Julie.

—Ya que estáis aquí, quedaos unos días más. No recibimos visitas muy a menudo —pidió Petra.

Julie estaba a punto de responder cuando oyó un coche llegar. Eran Lena y Marc. Julie los observó detrás de la cortina como si fueran intrusos. Lena ayudó a Marc a salir de su coche. Le dijo algo, lo abrazó y le dio un beso en la mejilla. Luego volvió a subir al coche. Lena tenía una sonrisa en el rostro cuando se alejó en su Mini Cabrio rojo. Marc la siguió con la mirada por un momento y luego se dirigió a la casa.

Julie se sentía como antes en clase de educación física, cuando perdían contra un equipo mucho más fuerte. Una vez más era la perdedora y no tenía ninguna oportunidad. Lena era simplemente más fuerte. ¿Había sido realmente una buena idea traer a Marc de vuelta a su antiguo hogar?

Rápidamente, Julie se sentó a la mesa del comedor con Jean y Petra para que Marc no se diera cuenta de que lo había estado observando. Todos lo miraron cuando entró por la puerta.

Saludó brevemente, luego vio sus miradas y preguntó: —¿Qué pasa?

—¿Te has encontrado con Lena? —preguntó su madre.

—Sí —dijo y se sentó a la mesa.

—¿Por qué? —siguió preguntando Petra.

—Eso tienes que preguntárselo a Lena, fue idea suya, además Julie insistió en dejarnos solos.

—¡Después de todo lo que te hizo!

—Mamá, ya basta —dijo Marc y se levantó—. Yo también era un desastre en ese entonces. Supongo que fue demasiado para ella.

—Sí, porque habías tenido un terrible accidente —exclamó su madre.

Él se quedó de pie en el pasillo, aparentemente indeciso sobre adónde ir. Finalmente, se dirigió a la sala de estar.

—Es que es el primer amor, los dos estaban totalmente enamorados, pero luego vino el accidente —dijo Petra y se detuvo al mirar a Julie y Jean.

Julie se sentía extremadamente fuera de lugar. ¿Qué papel jugaba ella aquí?

—¿Sabéis qué? Descansad un poco más. Luego haremos una barbacoa. A Marc le gustaba mucho hacer barbacoas antes —dijo Petra.

—Buena idea —añadió Jean.

—Tienes que cuidar tu presión arterial —le advirtió Julie.

—Podemos asar verduras —dijo Petra.

—Ay, hijos, hace tiempo que pasé los noventa, realmente no importa si como una salchicha o un filete más.

Con la preparación de la barbacoa, Marc tenía una tarea y no tenía que sentarse desorientado en el sofá.

—Te ayudo —dijo Julie—. ¿Por qué te fuiste de la cocina antes?

—Porque me sentía sobrante —explicó él.

—¿Y la has perdonado?

—No lo sé, ella lloró y en esas situaciones no sé qué hacer.

—Es difícil, sí.

—Le conté cómo me sentí con toda la situación y ella expresó sus sentimientos —explicó Marc.

Julie se preguntó si realmente quería saber todo esto. Afortunadamente, Petra y Jean contribuyeron al ambiente y la noche se salvó. Jean cantó algunas viejas canciones con Petra y Julie incluso pudo tararear la melodía de algunas.

—Es muy agradable estar con ustedes. Todos son tan amables —dijo Jean—. Que pueda conocer a tanta gente agradable aquí, en mis últimos días.

Petra tenía lágrimas en los ojos. —Ay, monsieur Gilbert. Al principio me asusté cuando aparecieron todos en la puerta, pero ahora estoy feliz de que estén aquí.

Le dio un besito a Jean y él sonrió.

31

A la mañana siguiente, sonó el timbre justo cuando estaban preparando el desayuno. Lena estaba en la puerta.

—Buenos días, he traído panecillos y he horneado un pastel para todos. Como una pequeña bienvenida —dijo radiante.

Llevaba un vestido rojo en el que se veía impresionante. Julie vestía leggins y una camiseta, pero cuando vio a Lena, corrió rápidamente de vuelta a la habitación y se puso un vestido de verano. Hacía un poco de frío para ello, pero no importaba, tenía que luchar por su marido.

A Petra obviamente no le agradaba que Lena estuviera allí.

Julie se sentía impotente. Incluso ella encontraba a Lena deslumbrante. No le caía bien, pero Lena sabía cómo ganarse a la gente. Hasta Jean se reía de sus historias sobre la vida en el pueblo.

—Ah, aquí todavía vivimos en la Edad Media, bueno, mezclada con una pizca de convencionalismo.

—¿Y por qué te has quedado aquí?

—Es mi hogar —dijo ella.

Marc miraba alternativamente a Julie y luego a Lena. Ella seguía contando anécdotas de su relación del pasado. *¡Vaca estúpida!*, pensó Julie. De vez en cuando, incluso Petra sonreía.

—Lo mejor fue cuando fuimos al baile de graduación de nuestro curso de baile. Me había acolchado los pies con tiritas, no solo por los zapatos, no, Marc me pisaba los dedos constantemente. Quedaron completamente azules después.

—Eso no es cierto.

—Sí, realmente lo es.

—Parece que tenías dos pies izquierdos —dijo Julie.

Pero los demás no pudieron reírse de eso y aparentemente encontraron su comentario inapropiado.

¿Qué está pasando aquí?, se preguntó Julie. ¿Cómo había logrado esta bestia colarse aquí? ¡Ayer mismo Petra había dicho que no le gustaba Lena!

—¿No tienes que cuidar a tu Patrick? —preguntó Julie de repente.

—¿Qué? —preguntó Lena—. Ah, lo de Patrick y yo terminó hace ya un tiempo. Pero deberías reunirte con él alguna vez, Marc. Se siente terriblemente culpable. Aunque nunca lo ha dicho tan claramente, sé que es así. Ya saben cómo son los hombres cuando se trata de hablar de sentimientos.

Lena incluso ayudó a recoger, completando así la imagen perfecta de la mujer atenta,

horneadora de pasteles y atractiva. Julie no era una alfa. Cuando sentía que alguien acaparaba toda la atención, comenzaba a retraerse. Sabía cuándo había perdido. Así que dejó la cocina a Petra, Lena y Marc, salió al jardín y se sentó. Jean se acostó en una tumbona a su lado.

—Niña, esto no está saliendo según el plan.

Julie lo miró.

—Tú dijiste que debía procesar el pasado.

—Es cierto. Pero ahora mismo Lena está agitando bastante el presente.

Vio que Marc acompañaba a Lena al coche. Julie se levantó y se escabulló hasta la valla para escucharlos a escondidas.

—Gracias por el pastel —dijo Marc.

—De nada, antes te gustaba tanto. Marc, fue casi como antes. ¿No?

Él no dijo nada.

—Hasta mañana o así —dijo ella y subió al coche.

Marc se dio la vuelta y Julie corrió de vuelta a la tumbona. No quería que se diera cuenta de que había estado escuchando. ¿Todo lo que había pasado entre ellos ya no valía nada? ¿Era este primer amor realmente tan fuerte que podía anular los años que habían pasado entre medias?

Marc salió ahora al jardín.

—¿La amas? —preguntó Julie.

—¿Qué?

—¿La amas? —repitió Julie.

Él la miró. —¿Por qué haces preguntas tan tontas?

—Es una pregunta simple.

Marc reflexionó. Demasiado tiempo. A Julie se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Entiendo —dijo ella—. Jean y yo nos iremos tan pronto como él haya descansado.

—¿Qué, por qué?

—Porque primero deberías aclarar lo que quieres.

Marc quiso acariciarle la cara, pero ella lo rechazó.

—¡Déjalo! —gritó y corrió a la habitación para hacer las maletas para ella y Jean.

Marc llamó a la puerta. Pero Julie había girado la llave.

—Por favor, abre —dijo él y sacudió el picaporte.

—¡Déjame en paz!

—Primero deberías trabajar tus sentimientos y el pasado —le dijo Julie a Marc cuando volvió a la cocina. Jean también había regresado a la casa.

—Parece que siempre sabes qué hacer —dijo Marc con ironía.

—Al menos no me quedo sentada pasivamente —dijo ella y luego le dijo a Jean—: Vamos, abuelo, tenemos que seguir.

Asustada, Julie se tapó la boca con la mano. ¿Había sido demasiado atrevido este trato de confianza?

Pero Jean sonrió. —Si es lo que mi nieta desea, solo puedo apoyarlo.

—¿Pero el pastel? —objetó la madre de Marc.

—Il est exquis! Puede empaquetarnos un trozo para el largo viaje —dijo Jean con un guiño.

—Eh, sí, por supuesto.

—Todo se arreglará —le dijo Jean a Petra.

—¿No se van realmente ahora? —preguntó Marc.

—Aquí solo somos superfluos.

Marc apenas podía controlar su ira. —Estás completamente loca. Si te vas ahora... entonces...

—¿Entonces se acabó? Tal vez nunca hubo nada —respondió Julie desafiante—. Probablemente esta Lena siempre estuvo en tus pensamientos.

Marc tenía una expresión de asombro en el rostro. Obviamente no podía creer que Julie estuviera a punto de irse, y sin él. Pero ella arrastró a Jean al coche tan rápido que apenas logró equilibrar su pastel envuelto en papel de aluminio. Luego se marchó.

—Eso fue un poco exagerado —dijo él en el coche—. Me da un poco de pena el joven.

—No, deberías sentir pena por mí.

—Me das mucha lástima —dijo él—. Pero ¿por qué lo hiciste?

—Porque todavía está enamorado de su ex. Y ahora ella está soltera. Además, parece una modelo.

—Modelo, modelo. Vosotras, las chicas jóvenes, siempre os estáis comparando —dijo Jean mientras pinchaba el papel de aluminio—. Una segunda tacita de café habría sido realmente agradable en este típico hogar alemán.

Poco después, Jean se quedó dormido. Julie entró en la autopista y aceleró. Se preguntó si no había vivido demasiado en el pasado y, por ello, había olvidado el presente. ¿Se había preocupado poco por su propia vida? Pero estos pensamientos le provocaban dolor de cabeza, así que se concentró en un nuevo objetivo.

Hizo una parada en Stuttgart.

32

—¿No deberíamos llamarla primero? —preguntó Jean algo inseguro.

—Entonces podría echarse atrás —respondió Julie.

Llegaron al campus universitario y caminaron lentamente hacia el edificio donde trabajaba su madre.

—Estoy muy nervioso —dijo Jean.

—Me lo imagino.

—Me siento un poco mareado —dijo él.

—¿Quieres que nos sentemos?

—Sería bueno.

—Julie, creo que estoy demasiado nervioso. ¿Podemos ir primero a Heidelberg para que pueda descansar? Luego tu madre podría visitarnos.

Julie quiso protestar al principio, pero luego recapacitó.

—Lo siento si te he presionado, Jean.

—Solo quieres ayudar —respondió él con cariño.

Lo tomó de la mano y se dirigieron al coche. Jean estaba muy cansado cuando finalmente llegaron a Heidelberg. Como no podía caminar muy bien, ella lo instaló en la habitación de Marc.

—Y otra vez le quito la habitación al joven.

—No importa, aquí hay suficientes.

—Es realmente bonita.

Jean observó el mural de Marc. Ella vio cómo sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Esto me recuerda a aquellos tiempos —dijo él.

—Lo dibujó Marc.

Julie lo llevó a la sala de estar. Se sentaron y al principio no dijeron nada.

—Cuando vi la casa, supe que era perfecta para Anna.

—¿Se la regalaste? —preguntó Julie sorprendida.

Él asintió.

—Quería tener algo en común con ella. La descubrí durante una gira de lecturas, fue a finales de los años cincuenta. Era una ruina y estaba en venta. En ese momento acababa de ganar algo de dinero, había escrito una biografía de Camus que fue un gran éxito en Francia. Pero quería hacer algo significativo con los ingresos.

—¿Anna lo sabía?

Él asintió.

—Le escribí. Fue un regalo solitario, pero al menos tenía algo mío que le recordaba a mí —contó—. Solo deseaba lo mejor para ella. No sabía que tendría que sufrir tanto.

—Marc la conocía mejor que todos nosotros, él puede contarte más sobre sus últimos años.

—Él no está aquí, así que puedes contarme más sobre ti —respondió Jean.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cuál es tu color favorito? —preguntó él.

—Rojo —respondió ella—. ¿Y el tuyo?

Él sonrió. —Lila, como la lavanda en verano.

Y así continuaron, contándose cuál era su película favorita, su país favorito y su músico favorito, y Julie notó cómo Jean le caía cada vez mejor. Se alegraba de haber ganado otro abuelo y lamentaba aún más no haber conocido nunca a Anna.

Más tarde, le mostró el jardín a través de la ventana.

—Oh, precioso. El jardín parece una pequeña réplica de la Provenza —dijo él con admiración.

—Eso seguramente habría encantado a la abuela. Ven —dijo Julie—. Te mostraré una habitación que era especialmente importante para Anna-Maria.

Lo llevó al invernadero.

Jean se quedó petrificado.

—¿Qué te pasa?

—¿Esta era su habitación favorita?

—Sí —dijo Julie.

Recordó el último diario y las notas sobre limones que probablemente provenían de Jean.

—Aquí, siéntate —dijo Julie—. En este banco es donde Anna-Maria más le gustaba estar.

Le ayudó a sentarse en el banco del jardín. La mirada de Jean se fijó en los limones. Una suave sonrisa se dibujó en su rostro.

—Puedes irte a dormir tranquila —dijo él—. Yo me quedaré un rato más.

Julie estaba acostada en su cama y no podía pegar ojo. Había experimentado demasiado en los últimos días y horas. Se levantó, recorrió la casa y una tristeza infinita se apoderó de ella. Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras caminaba por las habitaciones, la vida de su abuela, su madre, la de Jean, la de Marc, la suya propia. Todos tenían sus heridas y muchas simplemente no habían sanado. Las llevaban consigo y no sabían cómo curarse. Julie tampoco sabía qué hacer. Intentaba desesperadamente poner en orden las vidas de los demás, pero ¿qué pasaba con su propia vida? Cuando las cosas se ponían difíciles, no luchaba, sino que huía. ¿Qué pasaba con Marc y ella? ¿Qué pasaba con su historia de amor? ¿Qué pasaba con los momentos que habían compartido? Se habían perdido en algún lugar del camino a Francia.

¿Tal vez Marc no tenía la culpa? ¿Era ella la responsable? Julie no lo sabía. Solo deseaba armonía. Esa era la mayor necesidad en su vida, lo sentía muy claramente.

Respiró profundamente, tenía que ver todo esto de manera racional. Mañana por fin reuniría a su madre con el padre de esta. Se imaginó cómo sería. ¿Correrían las lágrimas? Su madre finalmente podría conocer al hombre que su abuela había amado, su padre biológico. Se quitó la chaqueta y salió al jardín. El sol aún no había salido, pero un primer pájaro cantaba solitario en un árbol.

Julie paseó un rato hasta que finalmente se acostó en la casita del jardín. Allí por fin se quedó dormida, poco antes del amanecer.

Pocas horas después estaba despierta. El sol le brillaba en la cara. Al principio no sabía

dónde estaba. Luego se levantó de un salto y corrió a la cocina. Jean ya estaba despierto también. Estaba bebiendo un vaso de leche y sentado vestido en la mesa de la cocina.

—Buenos días —la saludó amablemente.

—Buenos días, disculpa, me he quedado dormida.

—¿Dónde has pasado la noche?

—Ah, tenía que pensar. ¿Sabes qué? No soy una buena cocinera, pero de alguna manera puedo preparar un desayuno.

—Niña, estuve en la guerra, nada puede sorprenderme.

Más tarde, se sentaron en la terraza y comieron panecillos.

—¿Crees que ella pasó momentos felices en esta casa?

—Seguramente.

Él sonrió. Luego Julie llamó a su madre.

—Mamá, tienes que venir a mi casa hoy sin falta.

—¿Ha pasado algo?

—Se podría decir que sí. Nada malo, pero... Tienes que venir justo después del trabajo.

—Ahora me estás preocupando.

—Mamá, no es nada malo.

—¿Voy a ser abuela?

—Qué tontería.

—¿Has ganado la lotería?

—Pero si no juego a la lotería. Simplemente ven, es importante.

Julie sabía que a su madre aún le encantaba conducir, y bastante rápido. No conocía a ninguna otra septuagenaria que fuera tan activa. Pero así era su madre.

—Bueno, entonces cancelaré mi clase de deporte.

—Hasta luego, mamá.

Julie colgó con una sonrisa.

—¿Cómo transcurrió tu vida después de aquella noche? —preguntó Julie a su abuelo.

—Después de esa noche, Anna volvió a la casa. Yo me quedé con los recuerdos de esos momentos de ternura. Después de eso no hablamos mucho, más bien eran nuestras miradas las que mostraban nuestro afecto. De vez en cuando lográbamos tocarnos las manos o incluso intercambiar un beso fugaz. Pero después de unos días su madre regresó y vigilaba muy bien a su hija. Ambos sabíamos que simplemente no teníamos la posibilidad de estar juntos. Además, yo tenía más claro que ella que mis padres nunca aprobarían una relación con una alemana. Mi abuelo había caído en la guerra contra los alemanes. Por supuesto, nuestro amor podría haber superado eso, pero primero tenía que terminar la guerra y volver la calma.

Pero entonces, en algún momento, me di cuenta de que ella ya no quería tener ningún contacto conmigo y de repente empezó a salir con ese repugnante líder campesino local, que era responsable de la asignación de los trabajadores forzados. Incluso una vez le pregunté al respecto. *Anna, eres una chica tan hermosa, ¿por qué eliges precisamente a este tipo desagradable? Te mereces algo mejor.* Ella solo respondió: *No siempre se puede tener el pastel favorito. Y entonces todos los demás pasteles saben igual.* Tenía lágrimas en los ojos. En ese momento no entendí lo que quería decir.

Julie admiraba a su abuela por haber protegido al hombre que amaba, a pesar de ser tan joven. Si tan solo le hubiera dicho por qué lo hacía. Tal vez entonces Jean la habría traído consigo inmediatamente después de la guerra. Pero probablemente temía que Jean no permitiera que se sacrificara. Él nunca habría dejado a su amada en los brazos de ese canalla si no hubiera

creído que a Anna le gustaba Herbert.

Más tarde, Jean descansó un poco y Julie intentó desesperadamente encontrar una buena receta para cocinar algo delicioso. ¿Qué era lo más sencillo? Pasta con salsa de tomate. Ella solía comer pasta con pesto comprado. Pero no podía servir eso a un francés. Así que intentó hacer una salsa de tomate. Pero algo no estaba bien. O las cebollas no estaban bien cocidas o la salsa de tomate no estaba bien reducida. No sabía bien.

Jean entró en la cocina.

—Huele bien —dijo.

—Huele mejor de lo que sabe, realmente no soy una buena cocinera —se disculpó Julie.

—No es para tanto.

Al menos puso la mesa bonita y abrió una buena botella de vino. Probó la pasta, estaba demasiado cocida, la salsa sabía demasiado sosa. Se dio cuenta de que a Jean no le gustaba, aunque se esforzaba por disimularlo.

—¿Y bien, peor que durante la guerra?

Él sonrió. —Para eso también se necesita talento —dijo.

—Si Marc estuviera aquí, tendríamos una cena estupenda.

—Mi querida niña —dijo Jean—. Tú estás aquí, eso es lo más importante.

Después de la cena, Julie le mostró el piso de arriba. A Jean le llevó mucho tiempo subir las escaleras.

—La edad, la edad. Nunca pensé que esas sillas elevadoras fueran buenas para algo —dijo cuando alcanzó el último escalón después de lo que pareció una eternidad.

—Esta era su habitación —explicó Julie.

Él se quedó allí como un niño pequeño.

—¿Me dejarías solo aquí unos momentos?

—Te traeré agua —dijo Julie y bajó a la planta baja.

Se tomó su tiempo. Cuando regresó, él yacía inmóvil en la cama de Anna. Julie se asustó. Pero entonces lo oyó roncar suavemente. Se sentó en la silla del rincón y observó a este anciano que una vez había sido tan apuesto. Le habría encantado ver algunas fotos antiguas de él. Se preguntó cómo habría sido si Anna-Maria y Jean hubieran envejecido juntos. Su infancia, si es que hubiera nacido, habría sido diferente, al igual que la de su madre. ¿Habría sido mejor?

En algún momento, Jean se despertó.

—¿Me he quedado dormido?

Julie asintió.

—He soñado con Anna.

—¿Qué has soñado?

—He soñado que se peinaba en esta mesa siendo una anciana. Pero todavía llevaba trenzas.

Sonrió. Se quedaron un rato más en la habitación, luego fueron a la habitación de Julie.

—Este es mi reino.

—Me gusta.

En ese momento sonó el timbre.

—Vamos abajo —dijo Julie.

—Hasta que baje todos esos escalones, uf, eso llevará tiempo.

Julie sonrió.

—Entonces quédate aquí por ahora —dijo.

El timbre sonó de nuevo. Julie bajó y abrió la puerta.

33

—Hola Julie —la saludó su madre y le dio un beso—. Perdona, pero no tuve tiempo de comprarte un regalo de inauguración.

—No pasa nada —respondió Julie.

La madre de Julie tenía el pelo corto y blanco. Era delgada y muy elegante, llevaba un pantalón de traje con chaqueta y una blusa verde. Se veía muy bien para sus setenta años y parecía al menos diez años más joven. En general, hoy en día los ancianos rara vez parecían personas mayores, pensó Julie. En su infancia era diferente. Pero ahora los ancianos compraban en Ikea y H&M, navegaban por Internet todo el día y obtenían sus consejos de moda de las estrellas de Hollywood. Pero incluso entre los modernos septuagenarios, la madre de Julie era una pionera y parecía alguien a quien no se le podía decir nada.

—Lo mejor es que te compres algo tú misma. Por eso recibirás un sobre —continuó Elisabeth.

Sacó un sobre de su gran bolso de cuero negro.

—¡Como siempre, mamá!

—Ya me conoces.

Su madre miró alrededor de la planta baja. —¿Cómo te sientes en esta casa?

—Bien.

—Para mí no habría sido nada. Me parecen mucho más bonitas las casas modernas. Pero debería haber imaginado que tú tendrías debilidad por algo así. ¿Dónde está ese compañero de piso? —preguntó mientras observaba la pintura en las paredes.

—Está con su familia.

—¿Se mudará pronto?

—Seguramente —dijo Julie y notó cómo volvía a entristecerse.

—Hm, ¿y qué era eso tan importante que querías decirme, que me hizo venir corriendo desde Stuttgart?

—Bueno. Quiero mostrarte algo.

—Ah, ¿has descubierto una pintura cara en la herencia? —preguntó su madre mientras subía las escaleras con Julie.

—No. Mamá, ya sabes que estuve en Francia.

—Es cierto, ¿cómo fue?

Su madre no entendía a dónde quería llegar Julie.

—Bueno, quería encontrar a tu padre, mi abuelo.

Elisabeth la miró con los ojos muy abiertos.

—Está aquí.

Llevó a su madre a la habitación de Anna-Maria, donde Jean estaba de pie en el centro de la habitación como un colegial nervioso.

—Mamá, este es tu padre.

La madre de Julie miró horrorizada al anciano frente a ella, mientras Jean intentaba sonreír. Quería decir algo, pero no lo logró.

—¡Sorpresa! —intentó Julie aliviar la tensa situación y difundir algo de alegría.

—Hola Elisabeth —susurró Jean.

—Mamá, puedes sentarte si quieres. Voy a hacer café.

Por primera vez en su vida, Julie vio a su madre sin palabras. Estaba perdida en la habitación, sin decir nada. Julie se sentía como una heroína.

—Estaré un momento en la cocina —gritó y salió.

Jean miró algo tímidamente a Elisabeth, pero ella solo miraba horrorizada hacia donde Julie se había ido.

—Discúlpeme —logró balbucear finalmente, luego corrió tras Julie.

—Dime, ¿estás loca?

—¿Qué quieres decir?

—Sabes que odio las sorpresas, especialmente este tipo.

—No, mamá, no lo sé, porque no hemos pasado mucho tiempo juntas.

—No puedes simplemente traer a un anciano de Francia y presentármelo como mi padre.

—¿Por qué no? No todo tiene que ser siempre tan complicado.

—Julie, no entiendes.

—No, creo que realmente no lo entiendo.

—Esto es algo muy personal y no puedes tomarme por sorpresa así.

—Soy tu hija y para mí también es algo personal.

—Julie, no eres la Madre Teresa.

Los ojos de Julie se llenaron de lágrimas.

Corrió a su habitación y se sentó en un rincón, como solía hacer cuando era una niña pequeña.

—¡Julie! —le gritó su madre.

Julie dejó caer la cabeza sobre sus rodillas y lloró.

Su madre abrió la puerta y miró dentro de la habitación.

—Te estás comportando como una adolescente ahora mismo.

—Ah, ¿y cómo sabes tú cómo se comporta una adolescente? Nunca estuviste ahí cuando yo era adolescente —preguntó Julie acusadoramente.

Su madre se sentó a su lado. —Siento haber sido una mala madre. Lo intenté.

Acarició el cabello de Julie.

—¿Por qué me trajiste al mundo en primer lugar? —preguntó Julie.

—Porque tienes derecho a vivir —respondió su madre—. De verdad lo siento, no soy una buena madre, siempre lo supe.

Julie estaba enojada con su madre y aun así no sabía qué decir. Elisabeth siempre había sido honesta con ella.

—Entiendo que me odies —dijo Julie.

—No te odio. Aun así, quise lo mejor para ti y también te amo, a mi manera, pero te amo.

A Julie le corrían las lágrimas por las mejillas, porque no podía recordar que su madre le

hubiera dicho algo así antes.

—Para que recibieras mucho amor, amor que yo no podía darte, te puse en manos de tus abuelos, porque sabía que estarías mejor con ellos.

Le acarició el pelo. Julie se recostó contra su madre, como nunca antes lo había hecho, y de alguna manera se sentía bien. Se sentía algo extraño, pero le hacía bien acurrucarse con su madre, aunque fuera una adulta.

—¿Por qué lo hago todo mal?

—Ay, Julie, no haces todo mal.

—¿Entonces por qué lo dijiste antes?

—No lo dije, es solo que conocer a tu padre biológico es una situación muy emotiva y no puedes simplemente venir y sorprenderme así.

—Quería darte una alegría —dijo Julie sin poder contener un sollozo. Se sentía como una niña pequeña.

—Lo sé, lo sé, tuviste buenas intenciones. Estoy muy orgullosa de ti.

Su madre le acarició el cabello y Julie disfrutó cada momento. No podía calcular cuánto tiempo habían estado sentadas allí, pero en algún momento Elisabeth dijo:

—Creo que debemos ir a la otra habitación ahora, o tu abuelo se aburrirá.

Julie se secó las lágrimas. Elisabeth le dio un beso en la frente y preguntó:

—¿Por qué estás tan segura de que él es mi padre?

—Anna escribió sobre su relación con él en su diario y sentí que era así.

—Bueno, no deberías confiar solo en los sentimientos.

—¿Anna nunca te lo dijo?

Elisabeth se quedó sentada mirando hacia la cómoda.

—Me insinuó algo sobre un francés... tu intuición no te engañó —dijo—. Creo que fue bueno que lo buscaras. Estoy orgullosa de ti.

Julie resplandecía, se sentía de nuevo como una niña pequeña, pero esta vez su madre la estaba elogiando.

Elisabeth dijo:

—Entonces vamos a conocer al caballero.

Fueron a la habitación de Anna-Maria y esta vez Elisabeth dijo:

—¡Salut!

Jean también saludó tímidamente.

—Julie, ¿no ibas a hacer café? —preguntó su madre entonces.

Julie asintió. Salió apresuradamente de la habitación, dejando a Jean y a su madre a solas. Mientras iba a la cocina, se preguntó si había planeado todo correctamente. Escuchó un momento, pero no pudo oír palabras. ¿No estarían simplemente mirándose todo el tiempo?

Tan pronto como el café estuvo listo, se acercó sigilosamente a la puerta. Julie espió por la rendija de la puerta entreabierta y escuchó.

—Lamento que no nos hayamos conocido antes, realmente no sabía que existías.

—Lo sé —dijo Elisabeth.

—¿Sabías que soy tu padre?

—Mi madre insinuó algo. Pero para entonces yo ya era adulta.

—¿Qué te contó?

—Que eres francés, que soy una hija del amor, pero que las circunstancias durante la guerra eran tales que una relación era imposible. Cuando quiso decírtelo, ya estabas comprometido y ella no se atrevió a destruir tu vida. Creo que simplemente tenía miedo de que la rechazaras o la

culparas —dijo Elisabeth.

Jean estaba sentado en la cama y no decía mucho. Apenas se atrevía a mirar a su hija.

—Me hubiera encantado conocerte cuando eras una joven —dijo entonces.

—Ah, no te perdiste de mucho —respondió Elisabeth con desenfado.

—¿Y cómo te sientes con todo esto? —preguntó él.

—Cuando era joven, a menudo pensaba en cómo podría encontrarte. Qué te diría. Desafortunadamente, mi madre tampoco tenía una fotografía tuya. Solo te describía.

—¿Por qué no me buscaste?

—Apenas tenía información, ni siquiera sabía tu nombre. Además, tenía miedo de que te rieras de mí o me negaras. No quería exponerme a eso.

Julie entró.

—Me dijiste que no sabías nada sobre tu padre —le dijo a su madre.

—Ay, hija. Había reprimido todo eso. Y no quería que te obsesionaras con algo. Pero, ¿por qué crees que estudié francés y por qué te llamas Julie? ¿Por qué sigo dando seminarios de filología románica hasta hoy?

El labio inferior de su madre temblaba mientras hablaba. Julie nunca la había visto tan emocional. No habría pensado que ella también podía ser débil, que tenía sentimientos en absoluto.

—Y luego vino la universidad, el amor, eventualmente la hija, de la que tampoco me ocupé. Al menos no por mucho tiempo.

—Está bien, mamá.

—Ah, no está bien. Lo sé.

—Estoy muy feliz de que seas una mujer tan fuerte —dijo Jean—, y estoy muy conmovido de que Julie sea una persona tan maravillosa.

Julie se sentó junto a su abuelo y sostuvo su mano, luego Elisabeth también se sentó con ellos en la cama. A él le corrían las lágrimas por las mejillas. Julie tampoco pudo contener las suyas. Solo Elisabeth logró no llorar. Julie abrazó a ambos.

—El pasado es como es. Con todos los errores que hemos cometido. Pero con el presente aún podemos hacer muchas cosas hermosas —dijo Jean—. ¿Sabes, Elisabeth, que somos colegas? Enseñé literatura francesa en la Universidad de Aix durante muchos años.

Esta información dibujó el esbozo de una sonrisa en el rostro de la madre de Julie.

—Entonces seguramente conoces a Jean Gilbert, su biografía de Camus fue lo que me llevó a los estudios literarios durante la universidad. Un libro realmente maravilloso —dijo ella.

Ahora Jean se rio de todo corazón:

—¡Claro que lo conozco! ¡Soy yo mismo!

Julie nunca había visto esa expresión en el rostro de su madre. Era incredulidad, mezclada con respeto y felicidad. La alegría de una mujer que conoce a su padre por primera vez y descubre que lo ha admirado toda su vida y, sin saberlo, ha seguido su ejemplo. Como si fuera un tesoro frágil, lo abrazó y lo besó en ambas mejillas.

Así se quedaron sentados los tres en la cama durante mucho tiempo sin decir nada. En algún momento, Jean dijo:

—Me gustaría invitarlas a cenar, y a un lugar realmente elegante.

Julie asintió con entusiasmo. No quería volver a someter a su abuelo a sus habilidades culinarias.

Fue una hermosa velada. Julie había elegido un restaurante al pie del Schlossberg. Fueron en taxi, porque el camino era demasiado empinado para Jean y todos querían beber vino.

Jean y Elisabeth hablaron sobre sí mismos, sus trayectorias de vida, Julie mayormente solo escuchaba, ya conocía a su abuelo desde hacía más tiempo, mucho más tiempo, le parecía, aunque solo había sido una semana. Jean estaba muy orgulloso cuando Elisabeth habló de su profesión.

—Entonces ambos hicimos carrera en una universidad —dijo Jean—. Yo fui profesor en Aix durante mucho tiempo. Hace apenas nueve años que me jubilé por completo y compré la vieja granja. Creo que con la edad resurgió mi amor por la agricultura. Quizás en el fondo siempre fui un granjero.

Los tres rieron de corazón.

—¡Pues ya tenías más de ochenta años cuando te jubilaste! —exclamó la madre de Julie entusiasmada—. ¿Ves, Julie? Aún me quedan unos años en la universidad.

Cuando volvieron a la casa, Julie dijo:

—Mamá, puedes dormir en la habitación de Anna-Maria.

Elisabeth dudó.

—Ay, si no te importa, preferiría dormir contigo.

Julie no daba crédito a sus oídos. Era la primera vez en su vida que compartía cama con su madre. Julie estaba feliz. No quería dormirse, pero el buen vino hizo efecto y ni siquiera se dio cuenta cuando sus ojos se cerraron.

En algún momento de la noche se despertó porque su madre roncaba tan fuerte que ya no lo soportaba y se fue a la sala de estar.

Dormir en la cama con los padres está sobrevalorado, pensó.

A la mañana siguiente, olió el café recién hecho. Su madre ya estaba despierta y en la cocina.

—Cariño, tengo que trabajar, y si no quiero quedarme eternamente en un atasco, debo irme ahora. Tengo clases que dar esta tarde.

Le dio un beso a Julie.

—Gracias —dijo Elisabeth mientras salía—. Dale saludos a Jean. Y dile que iré a visitarlo muy pronto a Aix. Todavía tiene que responderme muchas preguntas sobre Camus.

Julie fue a la cocina y se sirvió el resto del café en una taza. Se sentó a la mesa y se dio cuenta de que las últimas horas y días habían despertado más emociones en ella que años enteros antes. Había descubierto una nueva faceta de su madre y conocido a su abuelo. Miró por la ventana y se quedó sentada en el sillón durante unos minutos, mientras los acontecimientos de los últimos días pasaban por su mente. Había logrado tanto. Sin embargo, se sentía extraña. No era lo mismo estar en esta casa sin Marc. Él formaba parte de ella. Ahora lo entendía. Aunque su abuelo estuviera aquí ahora. La casa necesitaba a Marc. Miró hacia el teléfono. ¿Debería llamarlo?

No, no tenía fuerzas para eso.

34

—Buenos días —oyó Julie desde la dirección de la puerta. Era Jean.

—Buenos días, abuelo.

Después de desayunar, él preguntó: —¿Podemos ir a la tumba de Anna?

—Por supuesto —respondió Julie.

Se dio cuenta de que ella tampoco había estado allí aún. Sabía que en el funeral solo habían estado presentes Marc, algunas viejas amigas, su madre y el abogado. Anna-Maria había expresado explícitamente que no deseaba un gran funeral y Julie se había enterado demasiado tarde. Tendría que llamar a su madre para preguntar dónde se encontraba exactamente la tumba.

Antes de partir, Julie cortó lavanda del jardín. Cuando llegaron al cementerio, tardaron un rato en encontrar la tumba. Era una lápida sencilla. Sin embargo, alrededor de la tumba había hermosas flores plantadas. Tampoco faltaba la lavanda. *Seguro que fue Marc*, pensó Julie. Él nunca había mencionado que también se ocupaba de la tumba.

Frente a la tumba, junto al camino, había un banco. Julie y su abuelo se sentaron.

—En muchos países hay una foto o un dibujo en la lápida —dijo Jean—. Así uno puede imaginarse mejor a las personas.

—¿Quieres que te deje solo un momento?

Él la miró. —No, quédate. No quiero estar solo aquí —dijo, y ella le tomó la mano.

Se sentaron en el banco durante media hora. No hablaron mucho. Ambos estaban pensativos. Finalmente, Jean dijo: —Podemos irnos.

Julie asintió y se levantaron.

—Y mañana iremos a buscar a tu novio —dijo Jean de repente, cuando volvieron a estar en el coche—. Está esa gala a la que quiere asistir a toda costa.

—¿A qué te refieres? —preguntó Julie.

—Nos vestiremos elegantes, nos subiremos al coche e iremos a ese pueblo alemán. Si quieres, podemos comer un trozo de pastel en casa de su madre. Es realmente muy bueno.

—¿Y por qué deberíamos ir a buscarlo?

—Porque él pertenece aquí —dijo Jean.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy un hombre viejo, tienes que concederme algo de intuición.

—No creo que quiera verme.

—Por supuesto que quiere verte. Además, hace mucho tiempo que no voy a una fiesta de verdad —respondió Jean.

Julie no podía quitarse la sensación de que su abuelo estaba tramando algo.

—Pero no podemos presentarnos así sin más en una gala.

—Por Dios, dos o tres invitados más no marcan la diferencia —dijo Jean—. Creo que Marc realmente te necesita —añadió.

—No sé, él no se ha puesto en contacto conmigo. Y cómo miraba a esa Lena...

—Niña, tú eres de primera división y ella es solo de regional —opinó Jean. Y luego añadió —: No vaya a ser que nos aburramos.

Julie se rio.

—Ponte tu vestido más bonito.

Julie dudó.

—No sé, ¿qué queremos lograr con esto?

—Ponte guapa y el abuelo se encarga de todo, ma fille.

Julie no pudo evitar sonreír. Obedeció.

En realidad, no era el tipo de persona que siempre se maquillaba y perseguía la última moda, pero ahora quería demostrárselo a todos, especialmente a la ex de Marc. A la mañana siguiente, se puso lentamente, casi con deleite, la ropa interior color arena bordada con encaje que nunca usaba. Luego le tocó el turno al vestido. Era un vestido largo de gasa color menta, que tenía un borde decorado debajo del pecho y recordaba un poco a la moda de la época de Napoleón. Por lo demás, caía ligero y en dos capas hasta los tobillos. Con él llevaba sandalias color arena.

Dejó su largo cabello ligeramente ondulado suelto, solo se puso una flor. Gracias a las capas, su cabello caía perfectamente sobre sus hombros y su espalda. Se maquilló cuidadosamente. Cuando finalmente se miró en el espejo, estaba satisfecha.

Normalmente no pasaba mucho tiempo frente al espejo. La mayoría de las veces no tenía tiempo porque por las mañanas todo tenía que ser rápido. De vez en cuando se miraba después de bañarse, pero entonces estaba insatisfecha con esto y aquello. Ahora, sin embargo, todo encajaba. Había pedido el vestido en algún momento por catálogo y hasta ahora no se lo había puesto. Esta era finalmente una buena oportunidad para probárselo.

Cuando entró en la cocina, Jean se levantó.

—Preciosa. Estoy tan orgulloso de tener una nieta tan guapa —dijo.

Su abuelo llevaba una camisa azul claro, una chaqueta azul oscuro y una pajarita. Julie cogió su estola.

—Me recuerdas a Catherine Deneuve cuando era joven —dijo con orgullo.

—Oh, vamos, para.

—¿Por qué? Es así. Solo digo la verdad.

Así que volvieron a recorrer el mismo camino que hacía unos días. Después de una hora llegaron a Hirschweiler.

—No podemos hacer esto —dijo Julie cuando aparcaron frente a la casa de los padres de Marc.

—¿Por qué no? —preguntó Jean.

—Porque no sé si Marc me quiere aquí, creo que todavía ama a esa Lena.

—Entonces tienes que luchar por él.

—No creo que se pueda luchar en el amor —respondió Julie tristemente—. Si alguien no te ama, no puedes hacer nada.

—Eso no es cierto. Lena está luchando, aunque no sé por qué, pero está encantando a Marc. —Entonces Jean hizo una pausa—. Tú, sin embargo, escondes la cabeza en la arena y pasas el tiempo con tu abuelo.

—No puedo —dijo Julie.

—Por supuesto que puedes. Siempre te estás preocupando por los demás, Julie. Por mí, por tu madre, por Marc... Bueno, ahora te toca preocuparte por ti misma.

—No puedo simplemente tocar a la puerta como si nada hubiera pasado.

—Solo toca la puerta y todo lo demás vendrá como tenga que venir.

—No me atrevo.

—Lo haremos juntos —dijo Jean y salieron del coche.

Jean tocó el timbre. La madre de Marc les abrió.

—Oh, vaya sorpresa —dijo ella.

—¡Estamos aquí para ir a la gala! —exclamó Jean.

Petra los miró sin palabras.

—Pasen, por favor —dijo.

Los condujo a la sala de estar.

—Qué gusto verlos. Es una pena lo que pasó contigo y Marc... esa Lena —dijo—. Hacían tan buena pareja. Pero por lo que parece, Lena ha vuelto a atrapar a mi Marc. Nunca me he llevado bien con ella.

—No se preocupe —dijo Julie, reuniendo todo su valor—. Lucharé por Marc.

Julie miró a Jean. Él le sonrió y asintió con la cabeza. *¡Bien hecho!*, parecía decir su gesto.

—Quizás pueda decirnos cómo llegar a esta gala —dijo Jean—. Pero antes, quería preguntarle si tal vez tiene un trozo de pastel para nosotros.

Media hora después, se dirigían a un salón pintoresco situado entre viñedos. Mientras Julie estaba estacionando el coche, a unos metros de distancia, un hombre joven increíblemente apuesto de piel oscura salía de un Porsche. Llevaba un traje negro que le quedaba perfecto y tenía el pelo castaño corto. Sonreía. Julie estaba segura de que no la estaba mirando a ella.

—Ah, ahí está —dijo Jean.

—¿Quién? —preguntó Julie.

—Un viejo amigo —respondió Jean.

Ayudó a su abuelo a salir del coche, y cuando se volvió, el hombre apuesto estaba de repente a su lado. Se acercó a su abuelo y ambos se abrazaron.

—Maxime, ¿has vuelto a crecer?

El hombre se rió.

—No, no desde que tenía diecinueve —dijo.

—Permíteme presentarte a mi nieta Julie.

Maxime tomó su mano y la besó como un verdadero caballero. Julie quería soltar una risita, pero logró mantener la compostura y solo sonrió.

—Este es Maxime. Es jugador profesional de baloncesto. Es una gran estrella en Francia. Y desde que estuvo comprometido con una supermodelo, la prensa del corazón lo adora. En realidad, solo está en este evento como embajador del deporte francés. Pero ahora le he dado una segunda tarea: te acompañará en esta gala.

Julie no sabía qué decir.

—Jean, ¿qué significa esto?

—Simplemente déjate llevar —dijo con un guiño.

Maxime hablaba un buen inglés, pero con un fuerte acento.

—A tu abuelo simplemente no se le puede negar nada. ¿Lista? —preguntó ofreciéndole su brazo a Julie.

Con cierta vacilación, ella se agarró a su brazo. Entraron en el salón. En un gran vestíbulo se

arremolinaba mucha gente, todos vestidos muy elegantes. No era el típico salón multiusos sencillo que Julie conocía. Todo estaba decorado con mucho gusto y adornado de manera muy festiva para la ocasión.

A un lado había un gran panel de patrocinadores con los logotipos de *Bockmüller* y otros patrocinadores, y el nombre del evento. Los invitados se hacían fotos delante. Incluso había equipos de televisión presentes. Julie reconoció a algunos invitados, aunque hasta ahora solo los conocía de la televisión o de las revistas.

Al otro lado del vestíbulo tocaba una banda de cuatro músicos con contrabajos y guitarras. No se había imaginado que esta gala fuera tan grande. ¿Y todo esto lo había organizado esa Lena?

Julie estaba muy nerviosa. Miró a su acompañante. Él parecía poco impresionado.

En cambio, Maxime miró a Julie y dijo: —Jean nunca me dijo que tenía una nieta tan hermosa.

Julie sintió que se sonrojaba.

—Él tampoco lo sabía hasta hace unos días —dijo y sonrió. Maxime levantó una ceja sorprendido, pero no preguntó más.

—¿De dónde conoce a Jean?

—Era nuestro vecino antes. Pasé la mitad de mi infancia con él y su familia.

Cuando llegaron al centro de la sala, de repente dos fotógrafos se giraron hacia ellos y empezaron a tomarles fotos. Julie no sabía qué estaba pasando.

—Mantén la calma y simplemente sonríe a la cámara —le susurró Maxime.

Él se detuvo y posó con naturalidad. Obviamente tenía mucha experiencia con este tipo de eventos.

Julie notó que se formaba un pequeño grupo de personas a su alrededor. Por el rabillo del ojo, también vio a Marc y Lena. Lena se veía impresionantemente bien en su ajustado vestido rojo, perfectamente arreglada y peinada. Cuando vio a Julie y Maxime, miró sorprendida en su dirección. Lamentablemente, Julie no pudo ver la reacción de Marc porque ahora los reporteros empezaban a hacer preguntas.

—No tienes que responder preguntas. Simplemente sonríe —dijo Maxime y siguió sonriendo como un profesional.

—Hola Maxime —dijo una reportera de televisión con un micrófono en la mano—. No sabíamos que también vendría a la gala. ¿A qué debemos el honor de tener una visita tan distinguida de nuestro país vecino? —preguntó en inglés con un fuerte acento suabo.

—El propósito de esta noche es muy importante para mí —dijo—. Siempre he defendido que el deporte une a las personas, independientemente de su origen y sus condiciones físicas. Poner más en el foco de la atención pública el deporte para discapacitados y celebrarnos juntos como atletas debe ser el objetivo de todos nosotros —declaró el jugador de baloncesto con seguridad —. Por supuesto, no me pierdo una oportunidad como esta.

Siguieron algunas preguntas sobre él, su carrera y sus planes futuros. Finalmente, la reportera preguntó quién era la mujer a su lado.

—Un caballero calla y deja que su belleza hable —respondió él brevemente.

Julie sonreía diligentemente y esperaba que no se le durmieran pronto los músculos faciales.

Finalmente, continuaron avanzando. Lena se acercó a ellos.

—Bienvenido a nuestra gala. Estamos muy contentos de tenerlo aquí, Maxime.

—¿Y usted quién es? —preguntó él.

—Soy, por así decirlo, la anfitriona. Puede llamarme Lena —respondió ella.

—Hm —dijo él.

Parecía poco impresionado.

—¿Hay algo para beber por aquí? —preguntó entonces. Se inclinó hacia Julie y le susurró al oído—: Estas chicas emperifolladas son irritantes.

Mientras tanto, seguía sonriendo.

Lena parecía algo molesta por su falta de atención, pero Maxime ni siquiera la notó y simplemente siguió adelante. Mientras lo hacía, sostenía firmemente la mano de Julie.

—¿Tienes novio? —preguntó.

—Es algo complicado —dijo ella, cuando de repente Marc apareció frente a ellos.

—Hola, Julie —la saludó.

Marc se veía realmente bien. Llevaba un traje con corbata y una camisa ajustada. Su cabello brillaba bajo las luces de los focos.

—Hola —respondió ella.

—¿Se conocen? —preguntó Maxime, examinando a Marc.

—Sí, nos conocemos bien —dijo Marc.

Maxime asintió.

—Marc, este es Maxime. Maxime, este es Marc —presentó Julie a los dos hombres.

—No sé ustedes, pero yo necesito urgentemente una bebida. Te traeré algo también, Julie —dijo Maxime y los dejó solos.

—¿Quién es ese? —preguntó Marc con expresión seria.

—Lo conocí a través de mi abuelo —respondió Julie brevemente—. ¿Y cómo están Lena y tú?

—Creo que Lena está muy bien. Y yo, bueno, me espera una vida completamente nueva. Se acabó lo de ser un ermitaño...

—¿Te gusta tu nueva vida? —preguntó Julie.

—No lo sé. He estado entrenando un poco estos últimos días. No sabía cuánto había echado de menos eso en los últimos años. Te ves deslumbrante —dijo casi casualmente.

—Gracias —susurró Julie.

—Te he echado de menos —añadió él.

—¿Lena no te ha mantenido lo suficientemente ocupado? —preguntó Julie con audacia en lugar de responder.

En ese momento, Maxime regresó.

—No se debe dejar a una mujer tan hermosa sola con hombres extraños por mucho tiempo —dijo y le dio un beso en la mejilla a Julie.

La expresión de Marc se tornó seria.

—Yo no soy un hombre extraño —replicó.

—Pero tampoco eres su novio, ¿verdad? —preguntó Maxime.

Marc miró a Julie con inseguridad. Quería responder algo, pero se contuvo.

Los dos se miraron un momento sin decir nada. Maxime interrumpió su silencio.

—Te he traído un champán —dijo y le entregó la copa a Julie.

—Merci.

—Si nos disculpas —dijo Maxime cortésmente, y luego dejaron a Marc allí y siguieron paseando.

Julie miró hacia atrás una vez más a Marc. Aunque el último tiempo había sido tan intenso, ahora se comportaban como dos extraños. Vio a Lena acercarse a Marc. Ella se enganchó de su brazo y le dio unas palmaditas.

Ahora Julie entendió por qué siempre los habían considerado la pareja perfecta. Ambos simplemente se veían bien. Y Lena no solo era hermosa, sino que también podía organizar y llevar a cabo cosas cuando se lo proponía. Eso se notaba en este evento.

Maxime sacó a Julie de sus pensamientos.

—¿Cuánto tiempo quieres quedarte en esta aburrida fiesta? Por cierto, ¿dónde se ha metido Jean? —preguntó.

Julie se sobresaltó.

—Me he olvidado completamente de él.

—Probablemente esté echando una siesta afuera —dijo Maxime—. Lo hace a menudo.

Ella se dio la vuelta y, como de la nada, Marc estaba de nuevo frente a ellos.

—Disculpen la interrupción, ¿podría hablar contigo en privado, Julie?

—Ya has hablado con ella hace un momento —respondió Maxime irritado.

—Es un viejo amigo —le explicó Julie.

—De acuerdo, pero en cinco minutos estaré de vuelta contigo —dijo él—. Mientras tanto, iré a buscar a Jean.

Tan pronto como Maxime se fue, Marc la miró. Tomó su mano mientras seguía mirándola fijamente a los ojos.

—¡Vayámonos a casa! —dijo.

—¿Dónde está nuestro hogar?

—Tú lo sabes.

—No, justamente no lo sé. Todo iba bien, pero tú elegiste otra vida y otra mujer. Así que ya no tenemos un hogar en común.

Julie se dio la vuelta y se dirigió hacia donde había desaparecido Maxime.

—Es en esta vieja casa, con la encantadora mujer que me golpea con la sartén —le gritó mientras se alejaba.

Julie no reaccionó. Lo que más deseaba era llorar. Pero Maxime la tomó en sus grandes brazos y dijo:

—Te llevaría en palmitas, princesa.

Era reconfortante escuchar eso, aunque no la consolaba realmente. La gente en el gran salón comenzó a moverse poco a poco. La voz de Lena sonó a través de los altavoces; ella estaba en el escenario y pedía a los presentes que tomaran asiento.

—¿Quieres entrar? —preguntó Maxime.

En realidad, no quería. Julie se quedó parada sin rumbo con Maxime en la puerta intermedia, mirando fijamente hacia el salón.

Lena pronunció unas palabras introductorias. Habló con elocuencia sobre la importancia del deporte para discapacitados, el desarrollo positivo en los medios y cómo era responsabilidad de todos los presentes llamar aún más la atención sobre ello. En cuanto al contenido, era muy similar a lo que Maxime había contado antes a los reporteros. Seguramente parte de ello era simple palabrería publicitaria. Pero Lena lo presentaba de manera tan convincente que uno simplemente tenía que estar pendiente de sus labios. Julie miró al suelo. Incluso al lado de Maxime, de repente se sintió increíblemente pequeña.

—Esta noche quiero presentarles a una persona especial —dijo Lena ahora—. Podría pararme aquí durante horas y hablar sobre la igualdad de oportunidades para las personas con discapacidad. Pero esas serían solo palabras vacías. En su lugar, quiero presentarles a alguien que una vez fue uno de nuestros mayores talentos deportivos. Pero luego perdió una pierna en un accidente. Mucha gente perdió la fe en él y, si puedo ser honesta, incluso yo. Pero en lugar de

dejarse vencer, se levantó de nuevo y lucha por sus objetivos a pesar de la discapacidad. Acaba de comenzar a entrenar de nuevo, pero es asombroso el progreso que ha logrado en solo unos días. Damas y caballeros, déjense inspirar por las palabras de Marc Fiedler, tal como me han inspirado a mí.

Se inició un aplauso. Marc se levantó de su asiento y subió los escalones hacia el escenario. La radiante Lena lo abrazó antes de pasarle el micrófono.

—¿No te sientes bien? —preguntó Maxime, que notó la expresión en el rostro de Julie.

—Vámonos —pidió ella.

¡Ya no puedo soportarlo más!

En el vestíbulo vieron a Jean, que venía en su dirección.

—Ah, aquí están. Me distraje por un momento con los deliciosos canapés —dijo—. Oh, ¿no te sientes bien, Julie?

Su abuelo puso su brazo alrededor de ella.

—Quiero irme —dijo Julie.

—¿Tan mal?

En ese momento, Marc alzó la voz. Se le podía entender incluso en el vestíbulo.

—Vengan —dijo Julie y se dirigió hacia la salida.

—Muchas gracias, Lena, por la eufórica introducción. Realmente significa mucho para mí poder estar aquí esta noche —dijo Marc—. Aunque debo mi presencia aquí a ti, Lena, hay alguien más responsable de mi regreso a la vida.

Julie estaba a punto de abrir la puerta de salida. Marc dijo:

—Eres tú, Julie. Sabes que odio el centro de atención, pero esta es mi única oportunidad.

Se detuvo en el movimiento.

—Quiero decirte que te amo y que extraño nuestra casa.

Julie se dio la vuelta. A través de las puertas abiertas hacia el salón, podía verlo claramente bajo los reflectores en el escenario. Tenía lágrimas en los ojos.

—Realmente me has curado —añadió con voz temblorosa.

Un murmullo recorrió la sala. Alguien aplaudió, luego varias personas se unieron. Julie no sabía qué le estaba pasando.

Maxime solo dijo:

—Creo que ahora tienes que ir al frente.

Siempre había pensado que estas cursis demostraciones de amor solo ocurrían en programas de telerrealidad de segunda categoría y ahora, ¿qué? Estaba en medio de una y apenas podía mantenerse en pie.

Sus dos acompañantes la llevaron de vuelta al salón. Julie se sentía como en un sueño. No sabía qué hacer. Se quedó clavada en el borde del salón.

—Creo que esta vez vendré yo a ti —dijo Marc y bajó del podio.

Se puso la mano sobre los ojos como protección contra la luz, ya que no podía verla a través de los reflectores.

Las cámaras giraron en su dirección, los flashes de las cámaras fotográficas iluminaron el salón. Los presentes aplaudían y vitoreaban, señalando a Julie. Maxime la tomó del brazo y la guió por el pasillo en dirección a Marc. Cuando vio a Marc venir directamente hacia ella, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. Julie pensó que se desmayaría si alguien no venía a sostenerla.

Su salvador fue Marc, quien la tomó en sus brazos y la abrazó con fuerza. Julie cerró los ojos. Sintió sus labios sobre los de ella. Los sonidos a su alrededor se desvanecieron. No tenía

idea de cuánto tiempo se besaron. El tiempo y el espacio se disolvieron y el momento duró una eternidad.

Cuando volvió a abrir los ojos, la gente estaba de pie a su alrededor aplaudiendo, como si acabara de ganar una carrera de cien metros estableciendo un nuevo récord mundial. Y así era exactamente como se sentía.

Después del evento, Lena se acercó a ellos.

Marc sostenía a Julie en sus brazos, no la soltaría tan pronto. Maxime y Jean estaban con ellos, conversando.

—Vaya, eso fue un espectáculo llamativo —comentó Lena. Se esforzó por sonreír.

—Espero que no hayamos alterado demasiado tu plan —dijo Marc.

—Bah —Lena hizo un gesto desdeñoso—. Al contrario, las cadenas y revistas podrán crear una gran historia para la prensa del corazón. Esto nos asegurará más contactos con la prensa de los que jamás hubiéramos soñado.

Lena parecía bastante convincente mientras ponía buena cara al mal tiempo. Solo las miradas gélidas que lanzaba de vez en cuando en dirección a Julie revelaban que la jefa de relaciones públicas hervía por dentro.

En ese momento, un equipo de cámaras se acercó a ellas. La reportera dirigió su micrófono hacia Lena.

—¿Podemos grabar unas declaraciones de la organizadora? —preguntó.

La sonrisa forzada de Lena se hizo aún más amplia. —Por supuesto —canturreó.

—Voy a estirar las piernas —susurró Jean al oído de su nieta—. No puedo soportar su cháchara ni un minuto más.

—Usted lleva tiempo apoyando el deporte para discapacitados. ¿Cómo se le ocurrió la idea de organizar esta gala?

—Pero si no fue solo idea mía —dijo Lena con fingida modestia—. Detrás del proyecto hay tantas personas maravillosas...

—Vamos, vámonos —dijo Marc.

Se despidieron de Maxime y volvieron a casa, de regreso a Heidelberg. Jean durmió en la habitación de Marc, mientras que Marc y Julie pasaron la noche en la habitación de ella. Todo era tan hermoso. La vida podía ser maravillosa. Esa noche, todos durmieron muy bien.

A la mañana siguiente, Marc se levantó temprano e hizo tortillas. El aroma de los huevos frescos llegó hasta el dormitorio de Julie.

Jean también estaba despierto. Marc y él charlaban. Julie entró en la cocina en camisón.

—Buenos días —dijo, y les dio un beso a ambos—. ¿Os habéis recuperado bien del día de ayer?

—Ha sido uno de los días más divertidos de mi vida —dijo Jean.

Los otros dos asintieron en señal de acuerdo.

—La risa puede aliviar muchos sufrimientos.

Después del desayuno, Jean dijo: —Marc, quiero que me cuentes todo lo que sabes sobre Anna, todo lo que pasó después de la guerra. Sobre su vida.

Marc asintió, pero primero fue a su habitación. Luego salió con un sobre amarillento en la mano. *Para Jean*, decía.

—Anna-Maria me confió este sobre cuando me mudé con ella —dijo Marc.

—¿Por qué no me lo habías contado? —preguntó Julie.

—Le prometí que solo se lo entregaría a la persona correspondiente —dijo—. Tampoco sé qué hay dentro. Al parecer, ella esperaba que Jean se enterara de su muerte y, si aún vivía,

viniera aquí.

Julie y su abuelo lo miraron asombrados. El anciano tomó el sobre y lo abrió. Dentro había un montón de papeles. Eran las páginas que habían sido arrancadas del diario. Anna-Maria probablemente había esperado que Jean tuviera la oportunidad de leerlas algún día.

—¿Puedo leerlas yo también? —preguntó Julie.

—Naturalmente —dijo Jean—. De todos modos, yo ya no puedo leerlas. Julie, ¿puedes leérmelas en voz alta?

35

MIÉRCOLES, 10 DE ENERO DE 1945

Por todas partes solo hay malas noticias. Ya no se oye nada bueno de la gran ofensiva en el oeste que debía hacer retroceder a los americanos y los ingleses. Mi padre ha sido capturado, mi hermano está herido y yo estoy embarazada. No sé cómo contárselo a mi madre. Me matará. Pero ¿cuánto tiempo más podré ocultarlo? Jean no sabe nada. Nadie debe enterarse jamás. Si no, él estará muerto y nuestro hijo será internado en un orfanato. No quiero eso. Tengo que pensar en algo. Tarde o temprano tendré que contárselo a mi madre.

Últimamente, Herbert aparece cada vez con más frecuencia. Si supiera lo que ha pasado entre Jean y yo, sería el primero en denunciarnos a la Gestapo.

¿Qué puedo hacer ahora? No puedo tener contacto con Jean, pero puedo buscarlo cuando termine la guerra y entonces podremos formar una familia. ¿Tal vez su familia pueda cuidar del pequeño? ¡Oh, si la guerra terminara de una vez!

Pero ¿cómo puedo salir de aquí? No importa qué idea se me ocurra, siempre termino en un callejón sin salida. Si al menos pudiera hablar con alguien sobre esto. Tengo que hablar con mamá.

VIERNES, 12 DE ENERO DE 1945

Por fin me he atrevido y le he confesado todo a mi madre. Estaba sentada en el sillón junto a la estufa, tejiendo.

—Madre, tengo que hablar contigo.

—¿Qué pasa?

—Voy a tener un bebé —dije.

Mi madre dejó a un lado su labor de punto. —¿Qué estás diciendo?

—Voy a tener un bebé y no sé qué hacer, eres la única que puede ayudarme —dije y comencé a llorar amargamente.

Mi madre me miró fijamente. —¿Fue ese maldito francés?

Asentí. —Pero la culpa no es suya, soy yo la única culpable. Él no quería hacerme daño.

—Ah, ¿y cómo te quedaste embarazada entonces?

Aunque mi madre estaba completamente conmocionada, aún usaba la razón. —Que me hagas esto también en estos tiempos difíciles, eso no puedo perdonártelo.

Se quedó callada un rato y pensé que ya no diría nada más. Pero entonces dijo con palabras lentas: —Si quieres salvar al francés, a ti misma y a nosotros, solo te queda una salida. Debes buscarte rápidamente un muchacho aquí en el pueblo y comprometerte con él. Y luego también debes acostarte con él para que piense que el niño es suyo. Cuando nazca el niño, ya estarás casada desde hace tiempo.

Mientras mi madre trazaba el plan para nuestro futuro de manera muy práctica, yo lloraba en silencio. Madre está tan segura de su plan, pero mi corazón se está rompiendo.

¿No hay otra salida?

SÁBADO, 13 DE ENERO DE 1945

He pasado toda la noche despierta pensando en la idea de mi madre. Al principio no quería ni considerarla, pero ahora me doy cuenta de que es la única posibilidad. Esta noche he quedado con Herbert. Aunque mi repulsión hacia él no ha cambiado, si no puedo tener a mi Jean, me da igual qué hombre sea. Y Herbert, como líder campesino local, tiene una gran influencia con la que puedo ayudar a Jean. Simplemente le diré que Jean, como académico, no es de gran ayuda en la granja y que yo, como su prometida, quiero mejor apoyo. Y entonces tendrá que conseguir que sus amigos de la oficina de empleo envíen a Jean al Rin, donde justamente se están preparando para los Aliados. Así ya no estará en peligro aquí cuando Herbert descubra que el bebé no es suyo. Espero que allí sea liberado lo más pronto posible. Espero que pronto esté a salvo.

He llorado mucho. Pero ahora ya no lloraré más. Ahora debo ser fuerte por Jean y por nuestro bebé.

SÁBADO, 20 DE ENERO DE 1945

Jean se ha ido y mi corazón con él.

MIÉRCOLES, 9 DE MAYO DE 1945

La guerra ha terminado. Nadie aquí puede creerlo realmente. Herbert fue el primero en quemar su uniforme nazi y ahora se hace pasar por un inofensivo granjero. Simplemente no puedo soportar estar con él ni un día más. No puedo tolerar su presencia. Eso también se lo he dicho a mamá. Al principio estaba fuera de sí.

—¿Qué dirá la gente si rompes el compromiso? ¡Y encima traes un hijo al mundo tú sola! No

falta mucho para que todos vean que estás embarazada, no importa cuán gruesos sean los abrigos que te pongas sobre la ropa. ¡Y eso en mayo!

Pero cuando se calmó, tuvo una idea.

Le he dicho a Herbert que se acabó lo nuestro. Al principio se hizo el importante, pero cuando le expliqué todo lo que podría contar sobre él a los ocupantes, de repente se volvió muy sumiso.

Volví a casa y acepté el nuevo plan de mamá. Ahora que sé que Jean está a salvo, estoy de acuerdo con todo. ¡La guerra ha terminado y por fin soy libre de nuevo!

MIÉRCOLES, 5 DE SEPTIEMBRE DE 1945

¡Mi pequeña Elisabeth ha nacido! Es tan pequeña y dulce. Tal vez logre criarla sola. Después de que rompí el compromiso con Herbert, mamá me llevó con una pariente lejana, una prima segunda de mi padre, a un pueblo cerca de Karlsruhe. Es viuda y su hijo también ha caído en la guerra. Juntas intentamos consolarla, y mamá le sugirió que yo podría quedarme con ella para ayudarla. No sabía que esperaba un hijo, pero pronto lo notó.

La tía Erna me tolera, pero aun así tengo la sensación de que no está muy contenta con mi presencia. Madre le ha contado que el padre de Elisabeth ha muerto en la guerra, así que la tía Erna podría contarles eso a las personas de su pueblo. Sin embargo, me temo que no cree la historia.

MIÉRCOLES, 12 DE DICIEMBRE DE 1945

Elisabeth tiene tres meses y ya no puedo cuidarla. La tía Erna me echó hace una semana. Dice que ya no puede mantenernos. Creo que en realidad tiene miedo de que la gente de su pueblo hable por causa de la pequeña y de mí. Nadie nos acoge y no puedo hacerlo. No puedo hacerlo.

MARTES, 22 DE JUNIO DE 1948

Hoy he recogido el dinero que me corresponde tras la reforma monetaria. 50 marcos alemanes. Los billetes aún parecen extraños, casi como dinero de juguete. Para mí, son mi dinero de viaje hacia una nueva vida. Nada me retiene aquí. Solo he estado una vez en mi antiguo pueblo natal. Mamá está bien. Papá murió de tifus en el cautiverio, es tan terrible. No lo supimos hasta mucho después. Pero Albi regresó del cautiverio hace unos meses. Está bien. Herbert también sigue en el pueblo. Aunque los americanos lo interrogaron, aún anda suelto. Al menos ya no se atreve a venir a nuestra granja.

Mi madre nunca me perdonó que me quedara embarazada. En el pueblo nadie lo sabe, la tía Erna vive lejos. He encontrado buenos padres para Elisabeth. Ahora tiene tres años y a veces la observo desde lejos. Se me permite visitarla de vez en cuando, pero me duele demasiado. Duele,

duele mucho. Sin embargo, tiene un comienzo más feliz en la vida en una familia de verdad que con su joven y tonta madre, que primero debe salvarse a sí misma. Yo misma soy una niña. Tengo que ser honesta, no puedo cuidar de la pequeña.

A veces me acuesto en mi habitación y miro fijamente al techo. Entonces imagino el futuro que nunca tendré. Somos una familia de verdad. Vivo con Elisabeth en el sur de Francia, el sol brilla, estamos sentadas en una terraza junto al mar. La puerta se abre y él sale hacia nosotras. Mi Jean. En sus brazos lleva una bandeja con su plato favorito, que ha preparado para nosotras. Pero nadie lo sabe.

Su plato favorito es nuestro secreto compartido, del que solo me ha hablado a mí.



Dejaron a un lado las últimas páginas del diario. Detrás había una carta más, escrita con la letra de Anna-Maria. Julie también leyó esta en voz alta:

Querido Jean:

Lamento no haber tenido nunca el valor de decirte que tenemos una hija. Se parece mucho a su madre, enérgica, terca, pero también tiene algo de ti. Es muy inteligente y es una mujer exitosa. Mientras escribo esto, tengo la esperanza de que pronto descubrirás la verdad. Cuando nos vimos aquella vez en Francia, quise decírtelo, pero estabas en medio de los preparativos de tu boda y no quería poner tu vida patas arriba. Fuiste mi gran amor y me alegro de haberlo vivido. ¿Quién tiene ese privilegio? Pocos. Por eso no estoy amargada por mi vida.

Sé que tú también me amas, de lo contrario no me habrías regalado esta hermosa casa. Si antes tenía dudas, ahora sé que nunca me has olvidado. Aunque mi vida está ligada a muchas heridas profundas, no pude vivir ni con mi hija ni contigo, fue hermosa. He participado en la vida de nuestra hija y me he sentido amada por ti. Desde hace algún tiempo tengo un "hijo adoptivo", es un gran regalo para mí. Sería tan bonito si todos pudiéramos reunirnos y comer tu tarta de limón en medio de limoneros.

Quién sabe, tal vez suceda algún día. De lo contrario, creo que nos volveremos a ver en otro lugar aún más hermoso, donde los limoneros florecen eternamente.

Con amor,

Tu Anna-Maria

36

Era un cálido día de octubre. El sol aún estaba alto en el horizonte y las granjas de la Provenza resplandecían bajo una cálida luz dorada. Los limones en la finca de Jean estaban maduros y brillaban con un tono dorado. Bajo el techo de parras en su terraza, se había instalado una larga mesa. Elisabeth y Gabrielle, la hija de Jean, extendían un mantel blanco sobre ella. Gabrielle había dado una cálida bienvenida a la familia a su nueva hermanastra, aunque al principio se había sorprendido cuando su padre le contó su historia. Conversaban sobre su trabajo. El hijo de Gabrielle también había venido con su esposa y sus hijos. Marc y Julie estaban en la cocina, mirando el reloj. Jean estaba sentado en su mecedora justo frente al viejo horno.

—¿No debería salir ya? —preguntó Julie.

Su abuelo negó con la cabeza.

—Paciencia, aún no está listo.

—Pero podemos sacar la limonada —dijo Julie.

Se notaba que estaba emocionada.

—Sí, mi sol, yo llevaré la limonada afuera —dijo Marc.

Le dio un beso en el hombro. Julie llevaba un vestido amarillo con flores para celebrar la ocasión.

—En unos minutos estará lista la tarta de limón —dijo Jean sonriendo.

—Afuera ya está puesta la mesa. —Elisabeth y Gabrielle entraron—. Huele maravilloso.

—Elisabeth, tengo algo para ti —dijo Marc.

—¿Para mí?

—Sí, es de Anna. No solo me confió una carta para Jean... Me dijo que te lo diera cuando nos reuniéramos después de su muerte para celebrar. Creo que esta es la oportunidad.

Fue rápidamente a la habitación contigua y regresó con un paquete. Elisabeth lo abrió con cuidado. Estaba envuelto con cariño en papel de regalo infantil y atado con un lazo rojo. Al abrirlo, encontró una caja un poco más grande. Dentro había muchas fotos y dibujos.

—¡Esa soy yo! —exclamó Elisabeth sorprendida—. ¡Mi primer día de escuela, la excursión! ¿Quién las tomó?

Dio vuelta a las fotografías y vio que tenían notas escritas.

—Elisabeth, primer día de escuela —leyó.

—Creo que las tomó Anna —dijo Marc.

Las manos de Elisabeth temblaban.

—Eras parte de su vida y le importabas mucho. Pero tenía demasiado miedo para darte las

fotos antes. Una vez me mostró las fotos. Podía recordar cada una de ellas perfectamente y contarme qué evento de tu vida era. Estaba increíblemente orgullosa de ti.

Elisabeth no podía creerlo.

—¡Y yo pensaba que no le importaba y por eso no quería tener contacto con ella!

Después de unos momentos de silencio, Jean rompió la calma y dijo: —Bien, ahora podemos sacarla.

Julie sacó la tarta del horno con reverencia. Realmente se veía maravillosa.

—Es curioso —murmuró Elisabeth—. Siempre estuve enojada con mi madre biológica porque no estuvo ahí, pero ahora sé que siempre se interesó por mí. Y nunca podré decirle que la perdono.

—Sí puedes, puedes hacerlo justo ahora —dijo Jean con cariño, mientras se mecía en su silla.

Elisabeth sonrió algo insegura. Julie rodeó a su madre con el brazo. Marc se apoyó en Julie y le dio un beso.

Ella había vuelto a tomar cursos para estudiar trabajo social. Tenía un buen presentimiento de que esta vez podría lograrlo.

Finalmente, todos se sentaron de buen humor alrededor de la mesa. Jean cortó la tarta de limón que estaba en el centro de la mesa. Levantó su copa y dijo: —Por Anna-Maria.

El pequeño grupo levantó sus copas y todos repitieron: —Por Anna-Maria.

Elisabeth añadió en voz baja, tan baja que solo Julie, que estaba sentada a su lado, pudo oírla: —Te perdono.

—Gracias por enviarme a Julie a la gala —dijo Marc.

—Gracias por Marc y la casa —añadió Julie.

—Eres la sabia entre nosotros y tienes razón, mon amour. Algún día nos volveremos a ver —dijo Jean.

Tenía lágrimas en los ojos, eran lágrimas de felicidad, por un lado porque toda su familia estaba a su alrededor, y también lágrimas de anhelo, anhelo por volver a ver pronto a aquella joven alemana.

Jean repartió los trozos de tarta. Él mismo se sirvió un trozo especialmente grande.